

BiCentenario

el ayer y hoy de México

Villa en prisión

El sueño urbano de Maximiliano

Los oficios de la calle



Volumen 5 número 18 2012

“El pasado y el presente son nuestros”

En este número:



< Un peninsular
independentista 6

El suicidio del
diplomático Joannini 12 >



<La desecación de
Catemaco 20



Villa en prisión 26 >



< Lucha libre en México 34



La siderúrgica de
Lázaro Cárdenas 40 >



<La Revolución en las portadas
de *Siempre!* (1960-85) 46



Los oficios de la calle 52 >



< Bustamante y Alamán:
el sitio de Cuautla 58

Cuento: Por la borda 72 >



< El sueño urbano de
Maximiliano 78



Testimonio de
Gilberto Bosques 86 >



BiCentenario

el ayer y hoy de México

Revista trimestral publicada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
Volumen 5, núm. 18, octubre-diciembre 2012

Consejo editorial

Ana Rosa Suárez Argüello, Graziella Altamirano Cozzi,
Diana Guillén, Laura Suárez de la Torre,
Guadalupe Villa Guerrero

Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón

Asistente editorial: Ingrid S. Bivián

Edición: Jesús R. Anaya Rosique

Diseño: Mónica Díez Martínez Day

Web: Ana Perusquía

Redacción, administración y suscripciones:

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan
Mixcoac, Del. Benito Juárez, C.P. 03730 México, D. F.
Tels. 5598 3777 / 3037 Fax 5615 0675

www.mora.edu.mx

Comentarios y sugerencias:

<http://www.revistabicentenario.com.mx>

bicentenario@mora.edu.mx

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Director General: Dr. Luis Antonio Jáuregui Frías

Directora de Investigación: Dra. Cristina Sacristán
Gómez

Director de Docencia: Dr. Alfredo Pureco Ornelas

Director de Vinculación: Lic. Ricardo Reynoso
Serralde

Directora de Administración y Finanzas: Lic. Eunice
Maldonado Sánchez

Titular del Órgano de Control Interno: Ing. Carlos
Ladrón de Guevara Rivero

BiCentenario. El ayer y hoy de México, volumen 5,
núm. 18, octubre-diciembre 2012, es una
publicación trimestral editada por el Instituto de
Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan
Mixcoac, Del. Benito Juárez, C.P. 03730, México, D. F.
Tels. 5598 3777 / 3037 Fax 5615 0675

www.mora.edu.mx

Editora responsable: Ana Rosa Suárez Argüello

Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2010-
101813441800-102, ISSN 2007-2775, otorgados por
el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de
título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849,
ambos otorgados por la Comisión Calificadora de
Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de
Gobernación. Impresión digital en Master Copy, S.A.
de C.V., Av. Coyoacán 1450 bis, Col. Del Valle, 03220
México, D. F. Este número se terminó de imprimir
el 15 de enero de 2013. Los artículos firmados son
responsabilidad de los autores. Se prohíbe la repro-
ducción parcial o total sin la expresa autorización del
consejo editorial de la revista.

SUMARIO

Editorial / 3

Correo del lector / 4

ARTÍCULOS

ANTONIO OMAR ARRIAGA TÉLLEZ

Un peninsular partidario de la Independencia:

José María Fagoaga y Leyzaur / 6

FAUSTA GANTÚS

El sonado caso del ministro Joannini.

Suicidio, política y juego en la ciudad de México, 1879-1882 / 12

ROGELIO JIMÉNEZ MARCE

El proyecto de desecación del lago de Catemaco / 20

GUADALUPE VILLA G.

Pancho Villa en prisión (1912) / 26

MARTÍN JOSUÉ MARTÍNEZ MARTÍNEZ

Entre discriminaciones, sudor y sangre

El origen de la lucha libre en México / 34

FRANCISCO ZAPATA

Una siderúrgica en medio de un palmar / 40

LARA CAMPOS PÉREZ

A lomos de la Revolución.

Las portadas del semanario *Siempre!* en los aniversarios
del 20 de noviembre (1960-1985) / 46

DESDE HOY

DAVID ISRAEL PÉREZ AZNAR

Un día en los oficios de la calle / 52

DESDE AYER

Testimonios

Dos miradas al sitio de Cuautla: Bustamante y Alamán / 58

Imágenes

El Zócalo de la ciudad de México en los siglos XIX y XX / 70

CUENTO

SILVIA L. CUESY

Por la borda / 72

ARTE

SERGIO ESTRADA REYNOSO

La ciudad que soñó y proyectó Maximiliano / 78

ENTREVISTA

Recordar para comprender: Gilberto Bosques Saldívar.

Testimonio de un defensor de los derechos humanos (1892-1995) /

Fragmentos de una entrevista realizada por Graciela de Garay /86

Fuentes y créditos de la iconografía / 96

EDITORIAL

Con el mismo entusiasmo de siempre hemos preparado un nuevo e interesante número de la revista para nuestros lectores. Las historias que contienen sus páginas recorren diferentes tiempos, escenarios y personajes de México entre los siglos XIX y XX. Están dedicadas a revelarnos temas que seguramente harán la delicia de quienes las hojeen y lean.

El propósito que nos guía es seguir presentando una visión histórica nueva, con distintos asuntos; ágil y emocionante, que lleve a nuestros lectores a disfrutar la historia, a mirarla con interés, a conocer con otras miradas a personajes y pasajes de nuestro pasado o a descubrir lo que no se había contemplado como parte de él. Además, nos esforzamos por incorporar imágenes novedosas que complementen los textos; ilustraciones en blanco y negro o a color que puedan dar idea del ayer, de los personajes y la gente común, de los sitios, de los objetos o de las representaciones que refieren los textos.

En este número, recorreremos el espacio geográfico a través de asuntos varios que nos mostrarán una visión novedosa de la historia de México. Nuestra primera estación es la Ciudad de México. Algunos de los proyectos para transformar la urbe nos revelarán al emperador ocupado en engrandecer a la ciudad. Los cambios dispuestos por Maximiliano nos permitirán entender el sentido que para él cobraría la capital del imperio. Nos acercaremos también al Zócalo en los siglos XIX y XX y nos entretendremos con el sonido y el quehacer cotidiano de numerosos personajes que siguen dando vida a la ciudad con sus pregones y con sus oficios necesarios para la vida diaria.

Iremos a Catemaco, ese mágico lugar en los Tuxtlas, en donde se desarrollarían las intenciones tecnológicas de un ingeniero francés que las autoridades y los habitantes lograron detener. Nos trasladaremos al otro extremo de la costa, en el Pacífico para conocer el desarrollo de la siderúrgica Lázaro Cárdenas, entre los palmares de la costa de Michoacán.

La guerra insurgente estará presente a través de un peninsular, José María Fagoaga, “adicto a las ideas liberales y hombre de bien”, que para los realistas se convirtió en el “americano más insurgente”, y por medio de dos testimonios sobre el sitio de Cuautla que nos harán ver el episodio a través de la percepción y las posturas opuestas de los autores.

La Revolución se ocupará de Villa en la cárcel, un episodio poco conocido que nos habla del héroe. Las portadas de la revista *Siempre!* nos darán la pauta para mirar la gesta revolucionaria desde la visión de los años 1960-1985, cuando ya institucionalizada los dibujantes hicieron de ella un caballito de batalla.

Las relaciones diplomáticas nos mostrarán sus diversos ángulos. El del embajador italiano en México, Luis Joannini Ceva, quien tuvo un funesto desenlace al combinar la política y el juego. En tanto que el del ministro plenipotenciario Gilberto Bosques nos permitirá visualizar el ámbito diplomático desde la defensa de la paz y los derechos humanos.

La actuación de Yaqui Joe en Texas nos adentrará en la xenofobia y nos llevará de la mano para conocer los escenarios en los que se desarrolló la lucha libre en México. Y un entretenido cuento nos permitirá conocer al amor de Silvestre Revueltas, en medio del océano Atlántico.

Son artículos varios que construyen una mirada del ayer desde distintos enfoques, que rehacen una parte del rompecabezas que constituye nuestro pasado. Sirvan estas páginas para recorrer la historia de México de manera amena y para conocer la riqueza de nuestro ayer.

LAURA SUÁREZ DE LA TORRE
INSTITUTO MORA

CORREO DEL LECTOR

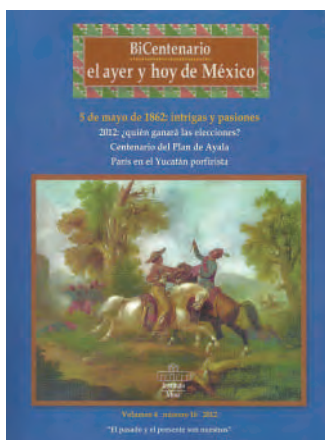


Cartas

Los felicito por el número 16. ¡Quedó bellísimo! Me agradó que el contenido abarcara de Texas hasta Yucatán, lo que me parece una labor excelente de integración nacional.

Rosalía Pérez Ramírez, Puebla

Gracias por tus comentarios.



Hola, ¿en la revista han publicado algún artículo relacionado con el golpe de 1913?

Alma L. Parra, DEH-INAH

Recomendamos la revisión del "Diario de la Decena Trágica", de Kumaichi Horigoutchi, el entonces el encargado de ne-



gocios de Japón en México (BiCentenario núm. 4) y el artículo de Graziella Altamirano: "El fantasma de la intervención: las

argucias del embajador Henry Lane Wilson" (BiCentenario núm.13).

Leí "El juego de pelota vasca en México en los siglos XIX y XX". ¿Podrían sugerirme algunas lecturas respecto a los padres camilos, que gustaban de jugarlo?

Linda Moreno

Héctor Olivares, autor del texto, respondió que el juego de pelota de los padres camilos se menciona en Memorias de mis tiempos, de Guillermo Prieto, La vida en México en 1810, de Luis González Obregón y Relajados o reprimidos; diversiones públicas y vida social en la Ciudad de México durante el Siglo de las Luces, de Juan Pedro



Viqueira y que sobre los camilos, el mejor trabajo es el de Mónica Verdugo: "Usos y ocupaciones del conjunto conocido como ex-convento de los padres camilos" (tesis de maestría de la Universidad Iberoamericana, 2006), el cual se puede consultar en internet.

Comentarios en Facebook

Les transmitimos algunos comentarios que surgieron ante dos fotos aparecidas en nuestra revista y publicadas en los números 11 y 16. Una es la de Benito Juárez y Margarita Maza el día de su boda: "¡Qué bárbaro, qué interesante fotografía!" y "¿Por qué será que el tiempo no causa estragos al Benemérito y se agiganta cada vez más, pese a los ataques de retrógrados e ignorantes?"

Otra es la foto de Carmen Ro-

mero Rubio de Díaz, que causó una plática: "¡Woow! ¡La que educó al general Díaz!" "Creo que no tuvo mucho éxito,



porque ni lo educó ni tampoco le enseñó a hablar inglés, que ése fue el pretexto de su padre para acercarla a Díaz". "¿Se sabe dónde está enterrada?" "Tengo entendido que en el Panteón Francés de La Piedad, aunque creo que sí tuvo éxito y además el inglés no era primordial en su época. Mucho del gusto francés de Díaz fue por la influencia de ella; tengo entendido que Carmen Romero tenía más gusto por los 'gringos' que por los franceses, a quienes su padre detestaba". Un tercero agregó: "Pues como señorita de sociedad, le enseñó algunos modales al general Díaz; recordemos que éste ejerció varios oficios para mantener a su familia, que su interés era sobrevivir y no ser un dechado de buenas maneras".



¿SABÍAS QUE...?

En Zacatlán de las Manzanas, estado de Puebla, existe el Museo de Relojería "Alberto Olvera Hernández", en honor del fundador (1892-1980) de "Relojes Centenario", que fue la primera fábrica de relojes monumentales en América Latina, la cual aún opera. El museo se propone enseñar a los visitantes algunos de los procesos de producción relojera, además de proporcionarles un panora-

ma general de las diferentes formas en que se ha medido el tiempo, exhibiendo clepsidras, instrumentos de medición egipcios, cuadrantes solares, relojes de arena o de fuego, relojes monumentales antiguos, de pared, y así en forma cronológica hasta llegar a los relojes de cristal de cuarzo.

POR AMOR A LA HISTORIA

En honor del extraordinario pintor y científico que fue José María Velasco, la villa de Temascalcingo, en el estado de México, construyó en el solar en el que Velasco nació el taller que éste pudo haber tenido. Allí tienen una pequeña muestra de sus pinturas y cada 6 de julio, aniversario de su nacimiento, se inaugura una exposición fotográfica, cuyo tema es el paisaje del valle de México. Entre las actividades que sobresalen, las visitas de personas de la tercera edad al Museo Nacional de Arte en la ciudad de México, para que puedan admirar de cerca los originales de su paisano.



RELOJ DE ARENA

1812-XI-12— El virrey Francisco Xavier Venegas promulga en la Nueva España el decreto real del 11 de noviembre de 1810, por el cual las Cortes de la Real Isla de León resuelven la libertad de imprenta, atendiendo a que “la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos



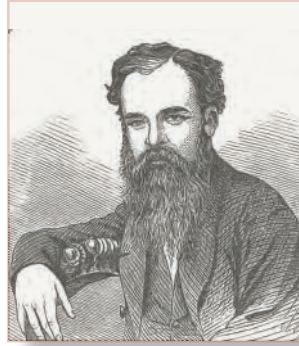
e ideas políticas, es no solo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar a la nación en general, y el único camino para llevar al conocimiento de la verdadera opinión pública”.

1862-XI-22— Matías Romero, ministro de México en Washington, comunica al gobierno de Juárez que recién se entrevistó con William H. Seward, el secretario de Estado del gobierno de Abraham Lincoln, y la conferencia “fue sin duda la de carácter más desagradable desde que estamos en guerra con la Francia”. Romero acudió a protestar por la autorización de que el ejército de este país pudiera adquirir materiales bélicos en Estados Unidos y cuando Seward le explicó que, según las leyes de su país, esa compra no era ilegal, manifestó su sorpresa pues tal cosa era igual a que los puertos de Estados Unidos estuviesen abiertos para Francia y cerrados para México.

1912-X-12— Félix Díaz se rebela contra Francisco I. Madero en Veracruz. Trata de legitimar su movimiento en un ma-



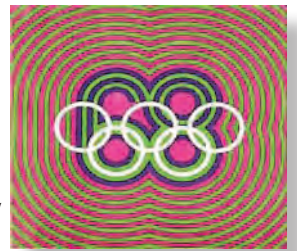
nifiesto en el que afirma que sus propósitos son dar “Paz a la Nación, honor al Ejército y Armada”, y que por ellos está



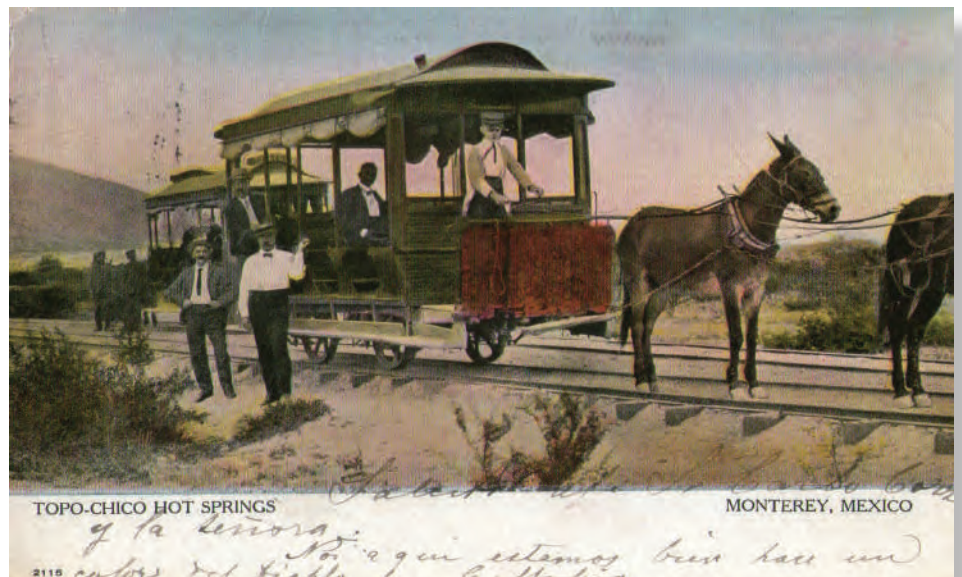
dispuesto a luchar con las armas en la mano y con la justicia como norma. Asegura que su objeto no es *destruir*, sino “reparar tantos y tantos daños como han ocasionado y siguen causando a la República los hombres que, con el engaño de promesas utópicas han burlado cruelmente al pueblo que cegado los siguió en la revolución de 1910”. Su

movimiento es derrotado el día 24. Un consejo de guerra lo sentencia a muerte, pero la pena fue conmutada por cadena perpetua.

1962-XII-7— Para apoyar su candidatura como sede de los Juegos Olímpicos, el Departamento del Distrito Federal presenta un libro en francés, inglés y español titulado *México Demande-Requests-Solicita al Comité Olímpico Internacional*. Además de responder al cuestionario oficial, se hace en él una semblanza histórica de la ciudad de México, una lista de los eventos deportivos verificados con anterioridad, un informe de las instalaciones competitivas disponibles y que habrían de construirse y otro de las condiciones climáticas, varias opiniones médicas sobre los posibles efectos de la altura y un estudio de los sistemas de comunicación con que se cuenta.



DEL SECRETER DEL ABUELO



UN PENINSULAR PARTIDARIO
DE LA INDEPENDENCIA:



JOSÉ MARÍA
FAGOAGA Y LEYZAUR

ANTONIO OMAR ARRIAGA TÉLLEZ

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

El camino que lleva a Veracruz vio pasar en 1815 el carruaje de un prisionero, acusado de ser *adicto* a la insurgencia, tener relaciones con los insurrectos y no apoyar a la Corona española, entre otros. En el puerto tomaría el barco que lo conduciría a España, al exilio. Como las acusaciones en su contra resultaban insuficientes para desterrarlo al otro lado del Atlántico, Félix María Calleja se había valido de una vieja ley que asentaba que con base en su propio juicio, el virrey podía determinar la culpabilidad de un acusado. El hombre que viajaba en ese carruaje no era un campesino que se hubiera levantado en armas, ni uno de los caudillos líderes de la revuelta insurgente, ni siquiera uno de los guerrilleros que proliferaban en la Nueva España. Más bien era un abogado y empresario español muy rico, integrante de una de las familias más prestigiosas y poderosas que hubiesen conocido la Nueva España y quizá todo el imperio español. Tenía el nombre de José María Fagoaga y Leizaur, era vasco de nacimiento, pero desde la edad de ocho años se había formado como todo un novohispano.

De lo anterior surgen varias preguntas: ¿por qué alguien de la clase social de José María Fagoaga había sido condenado al exilio? Si era español, ¿no debería haber apoyado a los realistas? Para responder es preciso regresar a 1808, cuando su familia y en especial él optaron por dejar un poco de lado sus haciendas para involucrarse en la vida política de la colonia. Los cambios habían comenzado en el mes de mayo, cuando la familia real española fue hecha prisionera por Napoleón Bonaparte y por primera vez en tres siglos las colonias americanas se quedaron sin rey. ¿Qué hacer? El ayuntamiento de la ciudad de México se puso a la obra y discutió varias propuestas. Una fue la de autonomía, que planteó la organización de una junta mexicana que ayudara a gobernar el reino y pediría a los novohispanos jurar lealtad al virrey José de Iturrigaray.

Algunos miembros de la familia de José María, como su suegro Francisco, primer marqués del Apartado, así como José Juan y José Mariano Fagoaga Arozqueta apoyaban la idea de ser fieles a la Corona, aunque ésta se hallare cautiva, mientras que otros, como el mismo José María, y su cuñado José Francisco Fagoaga Villaurru-

tia, segundo marqués del Apartado, sustentaban la idea de la autonomía. A los dos últimos se les acusaría en 1811 de ser parte de una conspiración que pretendía quitar del poder al virrey Francisco Xavier Venegas, debido a lo cual el segundo marqués del Apartado escapó hacia Londres, si bien José María permaneció en la ciudad de México, de seguro para no descuidar sus propiedades y negocios, además de que alguien debía estar atento a los eventos y ver qué tanto podían afectar a los intereses familiares.

Hay que decir que José María Fagoaga era uno de los invitados a las juntas privadas que organizó en su casa José Mariano de Sardaneta y Llorente, marqués de Rayas, a cargo de los intereses de Iturrigaray después de que éste fuera depuesto por el golpe de Estado en su contra en 1808, para discutir sobre los problemas que aquejaban al virreinato y en general a la monarquía. José María era invitado por ser alcalde de corte, cargo en el ayuntamiento de la ciudad de México para alguien con estudios de leyes, como él, y no por ostentar un título nobiliario, aunque sí estaba muy relacionado con la élite novohispana desde hacía casi tres décadas. Es más, al inicio del



ACTA DE INDEPENDENCIA QUE INCLUYE LA FIRMA DE FAGOAGA.



CARICATURA
DE JOSÉ
BONAPARTE
(1808).

movimiento insurgente, tal vez más acorde con el protocolo que por convicción, había apoyado la causa realista. Así por ejemplo, en 1810, colaboró con distintos comerciantes, hacendados y el propio virrey Venegas en una organización que tenía como objeto reunir fondos para premiar a los militares distinguidos en las primeras luchas.

Un tiempo después, José María sería vicepresidente de la primera junta de censura que se estableció en la ciudad de México, a fin de marcar los límites de las publicaciones y de acuerdo con la recién proclamada Constitución de Cádiz que entre sus muchas innovaciones había proclamado la libertad de imprenta y la elección de representantes de cada provincia para las juntas de censura. Pero su compromiso con el régimen constitucional aumentó cuando llegó el momento de elegir diputados que figuraran en nombre de la Nueva España en las Cortes de Cádiz, él, junto con José Miguel Guridi y Alcocer, fue elegido para representar a la provincia de México; sin embargo esto no se realizó debido al regreso de Fernando VII a España en 1815 y con él la restauración del absolutismo en ese año.

Para él, sin duda, el constitucionalismo significó el efímero tiempo en que estuvo vigente la oportunidad de mostrar sus cualidades como abogado, cuando todo iba viento en popa para

en España como en América, trastornando los proyectos de muchos individuos, como nuestro personaje.

Se sabe que aproximadamente hacia 1813 José María Fagoaga organizó un grupo de la logia masonica escocesa que se formó por entonces en el virreinato y sería secundada, entre otros, por el comerciante Tomás Murphy y el sargento mayor José García Illueca. A Fagoaga le enviaban desde Londres, y de manera clandestina, algunos diarios prohibidos por su carácter crítico del régimen peninsular, como *El Español* de José María Blanco White, así como cartas de hispanoamericanos liberales residentes en Europa, con información de lo que allá acontecía.

Estas actividades secretas despertaron sospechas por parte de los realistas. Se conoce así el fragmento de una carta de los Guadalupe –grupo secreto favorable a la autonomía– a José María Morelos, donde describen a Fagoaga como un “europeo de nacimiento, pero criado y educado en el reino, el que es muy adicto de ideas liberales y hombre de bien, siendo esto lo que más sintieron nuestros enemigos, pues para ellos es peor Fagoaga que el americano más insurgente”. Fue lógico que, pasado un tiempo, de ser una figura neutral se convirtiera en blanco del sucesor de Iturrigaray: Félix María Calleja.

él, no sólo era rico y reconocido, sino se convertía en un hombre público que daba de qué hablar. Desafortunadamente, las circunstancias cambiarían tanto en el Viejo Continente como en la Nueva España y su carrera política parecería terminar, pues al desconocerse a las Cortes y la Constitución de Cádiz, todos los que las habían apoyado empezaron a caer tanto

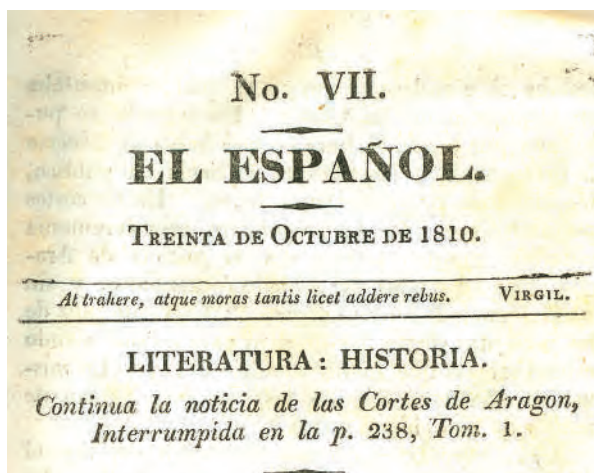


NAPOLÉON
A LAS
PUERTAS DE
MADRID
(1808).

Ahora bien, si Fagoaga pensaba que tener a los realistas en su contra constituía un fuerte escollo para sus proyectos, no imaginó que también iba a recibir ataques por el lado opuesto. Si bien los Guadalupes lo consideraron en un principio como americano y lo apoyaron, no tardaron en surgir las sospechas entre ellos, en particular cuando recordaron que, después de todo, José María era un *gachupín* y sospecharon que poseyera vínculos con el virrey. Lo paradójico fue que el propio Calleja lo denunciaría como implacable

enemigo de España. Nuestro personaje no gozó por un tiempo de sostén o de simpatías en ninguna parte; por momentos, los peninsulares lo veían como uno de los suyos y por tanto como un español defensor de la Corona, otras veces le reprocharon por no ayudarlos. Por su parte, Guadalupes e insurgentes le reconocían su prestigio y experiencia en política, sobre todo en lo relativo a la Constitución de Cádiz, y por haber sido electo como representante de la junta de censura y después como diputado por México, aunque sólo lograra desempeñar el primer nombramiento.

Y es que en las elecciones de 1812 para elegir a las Diputaciones Provinciales a quienes serían los representantes en las Cortes españolas se reavivó con fuerza la pugna que desde hacía años se venía dando entre dos sectores americanos: los autonomistas y los europeos afectos al régimen colonial. ¿A cuál pertenecía Fagoaga? Él era europeo pero fue electo como si fuese americano. De allí que los vecinos de Oaxaca presentaran una reclamación, de ningún modo de acuerdo con su nombramiento como vocal por su provincia y la solicitud de que mejor lo fuera alguien de su





FCO. DE GOYA.
"FERNANDO
VII"
(1814-15).

localidad. A pesar de que la Junta Electoral demostró la legalidad del nombramiento, Fagoaga comprendió las razones del malestar y optó por dejar el cargo.

Mientras en 1815 el rey Fernando VII y el absolutismo volvían a la metrópoli, en la Nueva España el virrey Félix María Calleja ordenaba la búsqueda y persecución de todos aquellos que pudieran estar relacionados con los insurgentes. Una de las víctimas fue José María Fagoaga, quien ya tenía antecedentes de estar en contra de la Corona. Luego de una serie de investigaciones, el 28 de febrero de 1815 fue arrestado por infidencia, esto es, por deslealtad, por el alcalde del crimen José Isidro Yañez. Se le encerró en la Ciudadela de la capital para después ser trasladado a Veracruz y terminar con la deportación en España, además del embargo de todos sus bienes. Las conexiones precisas que ligaban al inculcado con Ignacio López Rayón, José María Morelos, José María Cos, Andrés Quintana Roo y otros líderes de la insur-

gencia nunca fueron demostradas, pero aun así se decidió acusar y encarcelar al abogado y empresario novohispano. Es probable que el arresto se hiciera para reivindicar la autoridad del virrey, pues al encarcelar a tan distinguida figura se enviaba a los demás el mensaje de que la represión tocaría a todos por igual. José María tuvo la mala fortuna de ser aprehendido por el bando que tenía el mando, pero es posible suponer que si en ese momento los triunfadores hubieran sido los insurgentes o los Guadalupeños, lo habrían acusado a su vez de oponérseles y de estar a favor de la Corona. En suma, que a fin de cuentas y ganare quien ganare, a él le iba a ir mal.

El fiscal del Crimen citó a una serie de personas entre el 18 de mayo y el 16 de junio de 1815, a fin de interrogarlas sobre José María Fagoaga, indagar acerca de los procesos electorales en los que había participado y más que nada, de sus posibles vínculos con insurrectos. Sobre la composición de los testigos llamados a declarar, se puede decir que

eran de dos tipos: sus amigos o sus socios y que ninguno hizo declaraciones que pudieran perjudicarlo de manera significativa. Sin embargo, un oficial realista, el alférez de Regimiento de caballería o Dragones, sí testificó en su contra, informando tener conocimiento de que un reconocido rebelde, don Carlos María de Bustamante, le había enviado una carta. Con ello se tenía una prueba de un militar de alto grado que vinculaba a Fagoaga con la insurgencia.

Por su parte, el acusado trató de que se le extendiera un certificado sobre la trayectoria que había llevado, siempre apegada a la ley. El ministro de Real Hacienda de las Cajas de Guadalajara, Antonio de Medina y Miranda, se lo dio en diciembre de 1814, pero fue en vano. Por lo demás, tanto él como varios de sus parientes eran sospechosos de haber entablado relaciones con José Beye de Cisneros, un diputado americano que representó a la ciudad de México en las Cortes de 1812 y expuso sus ideas favorables a la autonomía

y en contra del golpe de Estado que derrocó en 1808 al virrey Iturrigaray.

Fagoaga fue finalmente notificado de la “gravedad” de sus actos, siendo su esposa y prima hermana Josefa María Fagoaga quien se encargara de defender sus bienes en el momento de su arresto, en parte por ser matrimonio, pero también porque ella, junto con él, era heredera de ricas haciendas que les garantizaban estabilidad económica, cortesía del primer marqués del Apartado, padre de la novia y tío del novio, sin mencionar la enorme cantidad de \$250 mil pesos que el mismo marqués entregó a su yerno y sobrino por los contratos nupciales. El incesto era algo muy común entre los miembros de las clases altas en aquella época y en el fondo muchos matrimonios eran arreglos de negocios.

El destierro de Fagoaga le permitió unirse a un grupo de amigos en Europa. Antes de ello, se reunió en Cuba con su primo y cuñado José Francisco, segundo marqués del Apartado, y con Lucas Alamán, de donde emprendieron la marcha al Viejo Continente donde efectuaron un largo y enriquecedor periplo de 1815 hasta fines de 1819. Al parecer pudo volver a la Nueva España gracias a la ayuda de Alamán, quien le consiguió el permiso de las autoridades para que retornara. Fagoaga abordó junto con Alamán el bergantín



EL VIRREY
VENEGAS.

L'Amitié, el cual partió de un puerto francés en diciembre de 1819 y tocó suelo veracruzano en febrero de 1820. Volvía al lugar donde se encontraban las personas que en algún momento lo desprestigiaron, tanto americanos como españoles. Pero el ambiente era distinto al de años atrás; tal parecía que las cosas habían dado la vuelta, pues el restablecimiento del constitucionalismo en la península a partir del movimiento de Rafael de Riego en 1820 pondría en peligro los intereses de las clases altas novohispanas, como la Iglesia o el ejército, que vieron la necesidad de separarse de España y su liberalismo radical. Esto permitiría a Fagoaga tener una participación mayor en el terreno político y convertirse una de las principales figuras que apoyaron a Agustín de Iturbide y su idea imperial, fijando la mira en la monarquía constitucional. Firmó el acta de Independencia y se convirtió en presidente de la junta provincial gubernativa, la cual daría paso al Congreso del Primer Imperio.

EL VIRREY
JOSÉ DE
ITURRIGARAY.

PARA SABER MÁS:

GRACIELA GAYTÁN HERRERA, “Trayectorias singulares” en http://132.248.9.9/libroe_2007/1053142/A05.pdf

SALVADOR MÉNDEZ REYES, *Las élites criollas de México y Chile ante la independencia*, México, Centro de Estudios sobre la Independencia de México, 2004.

LAURA PÉREZ ROSALES, *Familia, poder, riqueza y subversión: los Fagoaga novohispanos 1730-1830*, México, Universidad Iberoamericana, 2003.

*“Insurrectos, José María Fagoaga”, Cápsulas del Bicentenario: <http://www.youtube.com/watch?v=roxWgEcGJPQ>



**El sonado caso
del ministro Joannini
Suicidio, política y juego en
la ciudad de México, 1879-1882**

Fausta Gantús

Instituto Mora

Escena inicial

El sonido de un balazo atravesó el aire. Eran las diez y media de la mañana del 20 de marzo de 1882. El cuerpo de Luis Joannini Ceva, conde de San Miguel, ministro plenipotenciario de Italia en México, yacía tendido en el piso de su estudio en medio de una gran mancha de sangre que fluía desde el orificio abierto en la sien derecha provocado por una bala que acababa de dispararse con la pistola que un poco antes compró en una armería de la ciudad.



PAUL
CÉZANNE,
"JUGADORES
DE CARTAS"
(1893).

Arribo, presentación y éxito social

El baile de máscaras había sido un éxito rotundo. El ministro italiano y su esposa realmente se esmeraron en hacer de esa la recepción más elegante e importante del año, tanto así que el esplendor de la fiesta alumbraría aún por mucho tiempo a la sociedad mexicana y varios años más tarde seguiría siendo recordada en los anales de la prensa, como en los "Ecos dominicales", de *La Patria Ilustrada*, en su edición del 15 de febrero de 1886.

Aunque lo cierto es que en su momento el baile de fantasía no había dejado satisfechos a todos por igual, y había quien, como en el caso de Juvenal, sobrenombre de Enrique Chavárri, el famoso escritor de *El Monitor Republicano*, opinaba en su sección del 22 de agosto de 1880 que el evento no satisfizo las expectativas que había generado. Aseguraba que no fue tan fastuoso como se esperaba, que el hecho de la proximidad de otro acontecimiento parecido ocasionó que los trajes no fueran tan notables aunque, él mismo aclaraba, sí fueron de buen gusto y "dignos de mencionarse". Otros, en cambio, consideraron que fue una fiesta concurrida, llena de buen gusto y elegancia y dejó "gratisimos recuerdos y el deseo de que se repitiera", como anotaban los redactores de *El Siglo Diecinueve* unos días antes, el 16 de agosto. Lo cierto es que esa noche, la del sábado 14 de agosto, los anfitriones se esmeraron en atender a sus invitados, entre quienes se hallaba lo más granado

del mundo de la política, así como lo mejor de la sociedad capitalina.

Al terminar la celebración el conde debió estar muy contento. La ciudad de México era una promesa de futuros éxitos, como el de la noche que recién concluía. Es probable que entonces recordara el banquete diplomático celebrado en Palacio Nacional unos meses atrás, en enero de ese mismo año de 1880, con el cual habían sido obsequiados por las autoridades mexicanas los cónsules de Bélgica, Guatemala y él mismo en su carácter de ministro plenipotenciario del reino de Italia, y en el que conviviera con muchos de sus pares, como los de Estados Unidos, Alemania, España y Bélgica, entre varios otros. Por supuesto, ahí departió también con los secretarios de estado, Eduardo Pankhurst, de Gobernación, Ignacio Mariscal, de Relaciones, y Carlos Pacheco, de Guerra; estaban también Ignacio Vallarta, presidente de la Suprema Corte de Justicia, así como algunos gobernadores, entre ellos el del Distrito Federal, Luis Curiel. Casi todos los periódicos dieron cuenta de la recepción diplomática, durante el mes de enero, en los días posteriores al evento.

Desde su llegada a México el conde Joannini tuvo una apretada agenda que incluía la asistencia a diversos eventos sociales, entre ellos el banquete que la colonia italiana preparó en su honor los primeros días del año de 1880 o su participación en el programa organizado por la Sociedad



PAVEL
FEDOTOV,
"JUGADORES"
(1852).

Allard, al que se integró en la presentación pública mostrando sus dotes artísticas al piano; con los miembros de esa misma sociedad también se ocupó de ofrecer varios conciertos en su propio domicilio. Sus aptitudes musicales pronto hicieron que fuera considerado como "un consumado diletante", que se le apreciara como "un músico de primer orden" y fuera tenido por un notable crítico musical; además de que se distinguía también por sus cualidades como conversador. Al parecer Joannini era bien apreciado entre sus colegas del mundo de la política tanto como por varios periodistas, como Filomeno Mata, el famoso director de *El Diario del Hogar*, quienes le tenían cordiales deferencias.

El desenlace: un suicidio

"Adiós María, adiós hijos míos, perdonadme y olvidadme" fueron las últimas palabras que el destituido ministro escribió en su nota suicida para despedirse de su familia. Tras conocerse la funesta noticia, estuvieron al lado de la condesa las señoras de Mariscal, cónyuge del ministro de Relaciones, y de Morgan, esposa esta última del embajador de Estados Unidos, Philip H. Morgan, prestándole consuelo y apoyo. "El cortejo fúnebre fue imponente", relataba un diario, en tanto otro señalaba la generosidad de las autoridades mexicanas que habían asumido los gastos de la inhumación. Asistieron al velorio importantes funcionarios del gobierno mexicano, como Igna-

cio Mariscal, de las delegaciones extranjeras y un nutrido contingente de miembros de la colonia italiana quienes se volcaron a ofrecerle el último adiós al infortunado conde.

Por aquellos días en los que la atención estaba puesta en el suicidio de Joannini algunos periódicos registraron en una pequeña nota de gaceta, de apenas tres líneas, el suicidio de un gendarme que se dio muerte en el callejón de Camarones ignorándose los detalles del caso, como lo hizo *El Nacional* el 21 marzo. A diferencia de la muerte del conde, la del gendarme no causó conmoción ni ocupó las pri-

meras páginas de diario alguno. Evidentemente ocurría así porque el tema del suicidio no era una novedad y el gendarme un simple desconocido.

El suicidio era un asunto que preocupaba desde hacía mucho y las noticias locales y muchas internacionales daban cuenta de ello. Por ejemplo, entre marzo de 1879 y marzo de 1882 un solo periódico de la capital informó de al menos 18 casos, uno de un comerciante extranjero. Constantemente la prensa consignaba noticias sobre muertos encontrados en la capital y en otros estados de la República, ultimados a tiro de pistola, por consumo de venenos (como la estricnina), a puñaladas, arrojándose a las acequias, tirándose al vacío desde la ventana de un hotel o desde alguna de las torres de la catedral, echándose a las vías del tren; algunos se consumaban con éxito, otros resultaban fallidos; quienes lo acometían eran los mismo de origen nacional que extranjeros que residían en el país o estaban de paso por alguna circunstancia.

Respecto al nivel socio-económico, según notas de los diarios provenían de los estratos más diversos, desde gente de los sectores populares (como sirvientes, obreros o soldados) hasta miembros de familias distinguidas o importantes integrantes del mundo de la política. Las motivaciones para quitarse la vida eran muchas, se suicidaban por culpa de la pobreza, de la deshonra, de la miseria, de los celos, del abandono, de los amores no correspondidos, por malversación de

fondos, por enajenación mental y hasta por causa de la leva. Si los suicidas acometen el acto fatal por un egoísmo extremo o por una cobardía insuperable, resulta difícil, casi imposible de determinar. Pero sus deudos han de cargar con el pesar de la incertidumbre por el resto de sus vidas, eso es un hecho sobre el que se tiene mayor certeza.

El tema de los suicidios era una preocupación que había empezado a cobrar relevancia un par de décadas atrás, en la década de 1860. Muchos intelectuales, científicos y políticos se ocupaban del asunto en diversos escritos en los que se trataba de explicar, entender y detener la proliferación de esa práctica, asociada con el ámbito citadino y considerada por algunos una consecuencia negativa de la modernidad. La ley no estuvo ajena a las disertaciones, emisión de disposiciones, e intento de regularlo, aunque el suicidio había perdido su carácter delictivo en el Código Penal del Distrito Federal de 1871 y en términos legales sólo era considerado ya como una ofensa para el propio suicida.

También los periódicos se sumaron al esfuerzo de exponer las razones que podían provocar los actos suicidas y llamaban reiteradamente a la necesidad de ponerles freno mediante diversas estrategias, incluida la propuesta de suprimir publicidad a tales actos dejando para ello de consignarlos en sus páginas, lo que, sin embargo, no sucedió. *El Tiempo*, un periódico independiente en su posición política pero francamente católico en lo religioso, apuntaba en julio de 1877 que “el suicidio es una muerte furtiva y vergonzosa, es un robo que se hace al género humano”. Por su parte, en el contexto del suicidio de Joannini, los redactores de *El Diario del Hogar*, reconocidos liberales, anotaban el 26 de marzo: “El misterio pavoroso del suicidio preocupa hondamente y sea que se compadezca o se acrimine al suicida, el corazón se conmueve siempre al dar su fallo [...] el suicida es digno de lástima porque para nosotros obra siempre en virtud de un arrebato de demencia”. Estas notas ilustran de manera notable dos de las posiciones más importantes que



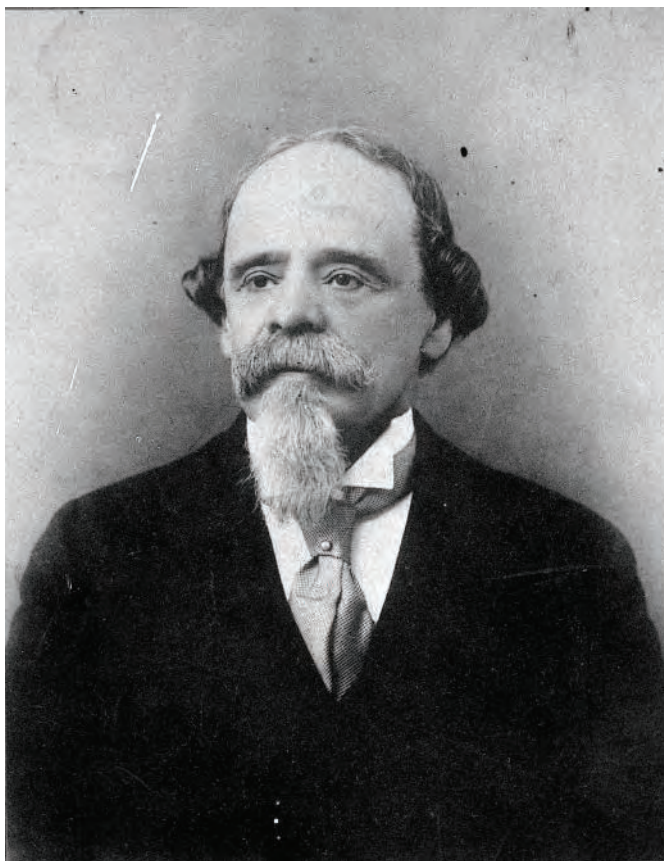
PAUL CÉZANNE, “JUGADORES DE CARTAS” (1893).

imperaban en la época, pues si bien ambas consideraban al suicidio un acto terrible, unos optaban por el franco repudio y la condena por cuestiones morales en tanto los otros, más en la sintonía del discurso científico, intentaban comprender las motivaciones que conducían a un hombre a optar por esa acción radical.

Rumores

Las malas lenguas murmuraban que ante la deshonra que amenazaba con hacer presa de su casa y su apellido, Joannini no tuvo más opción que la de poner fin a sus días. Las voces maledicentes decían por lo bajo que el juego había sido su perdición. Personas menos malevolentes solo apuntaban que su suicidio se debía al “desastre financiero privado”. Algunas que lo apreciaban poco se encargaron de hacer saber que la verdadera razón era que había sido destituido de su cargo por el gobierno italiano y sintiéndose afrentado por tal decisión había apretado el gatillo. Pocos, los más benevolentes, dirían que se había matado presa de la más profunda tristeza porque no fue capaz de superar la muerte del más pequeño de sus hijos, ocurrida meses atrás. Otros más intentaron negar el suceso y para ello lanzaron la hipótesis de que lo ocurrido había sido en realidad un triste y trágico accidente sucedido mientras el conde examinaba su arma.

Por su parte, en un primer momento, el gobierno y parte de la prensa italiana se darían a la



IGNACIO
MARISCAL.

tarea de desmentir tales versiones y fortalecer la idea de que la desgracia fue consecuencia de su falta de planeación económica. Sin embargo, un par de meses más adelante, en Roma circularía un extenso artículo, mismo que sería traducido y reproducido en México en junio por *El Siglo Diecinueve*, en el que se señalaba que “El conde Joannini no era rico, pero sus costumbres fueron siempre algo dispendiosas. Aquellas costumbres al fin y al cabo lo condujeron a la catástrofe deplorabilísima [*sic*] que se efectuó en México”. En esas páginas también se reconocía que el gobierno italiano puso en receso al conde sin haberlo prevenido y se admitía que “el gobierno habría debido llamarlo primeramente, y después tomar las providencias que hubiese creído más conformes con sus propios intereses, sin demasiado perjuicio para Joannini”. Según este relato, al ministro se le anunció sorpresivamente la decisión del rey de retirarlo de su encargo “con una pensión proporcional a su sueldo de 5,500 libras”. Sin embargo, ningún periódico explicaba por qué el conde había sido de pronto notificado de su destitución, cuáles eran los verdaderos motivos que llevaron

al gobierno italiano a tomar la decisión y a proceder de manera poco ortodoxa, nadie se preguntó ni aclaró si había alguna razón de orden político que hubiera afectado las relaciones entre ambos países o si el ministro había cometido algún error táctico en el desempeño de sus funciones. ¿Por qué había sido destituido Joannini, un hombre de tan sólo 47 años de edad de los cuales 26 los había dedicado a servir a su país en la carrera diplomática?

La versión de la destitución se reprodujo en varios periódicos y era evidente que para el conde esa noticia implicaba una humillación y la deshonra. Algunos afirmaban que tras abrir la carta con los sellos del ministerio de Negocios Extranjeros del gobierno de Italia y enterarse de que había sido retirado del cargo y un nuevo ministro había sido designado para sustituirle fue presa de la desesperación y no pudiendo lidiar con tal estigma adquirió un arma, escribió un par de líneas para su esposa y sus hijos y se pegó un tiro.

¿Y el asunto del juego?

Pocos, casi ninguno de los periódicos mencionaron o aludieron al escabroso tema del juego y el papel central que pudo haber tenido en la muerte de Joannini. Sólo *El Correo del Lunes*, un impreso cuyo director, Adolfo Carrillo, no era muy bien visto por cierto sector de la propia prensa, pues se asumía que tenía vínculos con el gobernador del Distrito, por entonces Ramón Fernández, a cuyos intereses servía desde las páginas de su publicación, dio cuenta de una carta firmada sólo con las iniciales F.P.T., en la que se denunciaban las posibles “causas que motivaron el lamentable suicidio del Ministro de Italia en México”.

En efecto, el 27 de marzo de 1882, *El Correo del Lunes* reprodujo la historia que narraba una persona que declaraba haber trabajado como tallador en una casa de juego, cuyos datos precisos omitía, y de donde había sido despedido apenas unos días atrás sin que conociera los motivos, aunque, sospechaba que el mismo estaba relacionado con la trágica muerte de ministro italiano.

El anónimo autor refería como el embajador era un asiduo visitante de ese lugar, al que acudía varias veces por semana, ganando unas veces y perdiendo otras; daba cuenta de que Joannini había dejado de asistir por espacio de un mes pero que en los días próximos al trágico suceso había regresado y la noche del viernes anterior a su suicidio “jugó desde las siete hasta las doce de la noche, perdiendo, según yo observé, tres mil pesos”. Pidió un crédito de mil pesos a la casa, que después de concedido también perdió con “lama baraja”, lo que significaba que había sido víctima de las “fullerías y pilladas”, de las trampas con la que en esos sitios se esquilma a los clientes. Asimismo, apuntaba que el ministro se retiró del lugar comprometiéndose a pagar su deuda el domingo siguiente. Para recoger los mil pesos, los dueños del lugar comisionaron al denunciante, quien pasó al domicilio del conde, puntualmente. Habiéndose presentado, narraba que el diplomático lo recibió “muy agitado y estru[jando] en aquellos momentos una carta”, pero que le entregó la suma acordada expresándole: “Diga vd. al Sr. *** que esto es lo único que me queda. Me agrada saldar mis cuentas y no quiero que en México se murmure contra mí”.

Cierta o falsa la versión que el periódico reproducía, tocaba un tema por demás álgido y conflictivo en la historia del gobierno del Distrito Federal: el relativo a la existencia de casas de juego que funcionaban en la clandestinidad bajo el amparo solapado de las autoridades. Los reclamos, las críticas, las exigencias de buena parte de la prensa a quienes detentaban los mandos en el municipio de México, en el gobierno del Distrito Federal, en el ministerio de Justicia y, en ocasiones, al mismo presidente para que pusieran freno a su existencia fueron una constante que venía de varios años atrás, continuaron en la administración de Manuel González y siguieron durante buena parte del periodo porfiriano sin obtener resultados favorables. Las denuncias sobre lo pernicioso que resultaban esos centros de vicio para la sociedad capitalina, los casos expuestos por los



CARLOS ROMERO, “RETRATO ECUESTRE DE PORFIRIO DÍAZ” (HACIA 1900).

impresos en los que se daba cuenta de cómo el juego arruinaba a las personas y destruía a las familias llenaron incontables páginas. Sin embargo, al parecer, en opinión de los representantes de la prensa, poco se hizo desde las altas esferas del poder para ponerle freno, al contrario épocas hubo en las que proliferaron descaradamente pues del contubernio entre los propietarios y las autoridades sacaban provecho y se enriquecían unos y otros.

Epílogo

La política, el juego y el suicidio se entretajan en la historia del breve paso y trágica muerte del ministro plenipotenciario de Italia en México, que inició en diciembre de 1879 cuando presentó sus credenciales al presidente de la República y concluyó el 20 de marzo de 1882 cuando con una detonación de pistola puso fin a su existencia. Las leyes y disposiciones oficiales que a lo largo de todo el siglo XIX reiteradamente prohibían la existencia de casas de juegos de azar no fueron



ALEXANDRE
BENOIS,
"EN LA CASA
DE JUEGO"
(1910).

suficientes para evitar la presencia de varias que operaban en la clandestinidad. El supuesto contrabando de las autoridades políticas con los propietarios de esos centros fue una denuncia reiterada por la prensa aunque no comprobada. Lo que es cierto, al parecer, es que esos negocios operaron de manera habitual sin que nadie los clausurara.

El caso Joannini pone de manifiesto las consecuencias más dramáticas a las que el vicio del juego podía arrastrar a sus víctimas y muestra también que pobres y ricos, artesanos y ministros, plebeyos y aristócratas podían, por igual, caer en la trampa que constituían las apuestas y recurrir al suicidio como vía de escape. Si Joannini corrompió su desempeño oficial por causa de su inclinación al juego no es algo de lo que se tenga noticia pero alguna sospecha despierta el hecho de que *El Foro* diera cuenta, tan sólo un mes después del triste suceso, de que había llegado a la aduana un paquete solicitado por el ministro de

Italia, que por su contenido importaba el pago de más de seis mil pesos de aranceles, siendo que una vez instalado un embajador la ley sólo le permitía importar un máximo de tres mil pesos. En



J. G. POSADA, "CORRIDO DE LA MUERTE DE MANUEL GONZÁLEZ", DETALLE (1893).

atención a la viuda, el presidente Manuel González, aprobando la opinión de Ignacio Mariscal y de Jesús Fuentes Muñiz, concedió que le fuera entregado el mismo sin cobrársele los impuestos correspondientes. Sin embargo, la señora Joannini, agradecida, rechazó la dispensa alegando que “los efectos no habían sido pedidos por su esposo” y que no podía aceptar las mercancías para no “comprometer” la memoria de su difunto marido y devolvió los bultos sin abrirlos.

¿Qué contenían esos paquetes? Imposible saberlo. ¿Los había solicitado el ministro a pesar de negarlo su viuda? Todo parece indicar que sólo él pudo hacerlo. ¿Para qué fin? Si bien no podemos afirmarlo con certeza porque no contamos con fuentes para ello, si podemos suponer que el conde, orillado por su crítica situación económica provocada por las pérdidas en el juego, probablemente se había enredado en acciones fraudulentas aprovechándose de su cargo diplomático y que, descubierto por las autoridades italianas, procedieron a retirarle su autoridad antes de que sus acciones empañaran la reputación del gobierno que representaba.

Finalmente, si bien el suyo no es el único caso de figuras sobresalientes del espacio público que optaron por matarse, pues ahí está antes el conocido caso del poeta romántico Manuel Acuña, sin embargo la muerte de Joannini constituye una interesante pista para tratar de entender los razo-

nes que podían conducir a un individuo a optar por el suicidio, así como observar las variadas posiciones desatadas en su entorno como reacción a tal acto, mismas que iban desde el rechazo y el repudio hasta las actitudes comprensivas y solidarias. Ante la amenaza de la deshonra y el deshonor, imposibilitado para reparar sus equívocos, atrapado en los valores culturales y sociales de la época, el conde sólo tuvo un camino para resarcir sus errores, evadir la afrenta pública, salvar el nombre de su familia y escapar al castigo de la justicia y de las leyes, aunque no al rumor y la maledicencia: el suicidio.

PARA SABER MÁS:

ALBERTO DEL CASTILLO, “Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la ciudad de México. Las mujeres suicidas como protagonistas de la nota roja”, en CLAUDIA AGOSTONI Y ELISA SPECKMAN (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio del siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, 2001, pp. 319-338.

MIGUEL ÁNGEL ISAIS CONTRERAS, “Suicidio y opinión pública en la Guadalajara de fines del siglo XIX: representaciones y censuras” en JORGE ALBERTO TRUJILLO, FEDERICO DE LA TORRE, AGUSTÍN HERNÁNDEZ Y MARÍA ESTELA GUEVARA (eds.), *Anuario 2005*, México, Universidad de Guadalajara /Centro Universitario de los Altos-Seminario de estudios regionales, 2007, pp. 107-133.

VICENTE MORALES, Gerardo. *Historia de un jugador* (1874), en http://www.bicentenario.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=368:gerardo-historia-de-un-jugador-1874&catid=93:la-matraca ILÁN SEMO, (coord.), *La Rueda del Azar. Juego y jugadores en la historia de México*, México, 2000.



EL PROYECTO DE DESECACIÓN DEL LAGO DE CATEMACO



ROGELIO JIMÉNEZ MARCE

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA-PUEBLA

Introducción

En la actualidad, la población de Catemaco, ubicada en el sureste de la zona central de la gran planicie costera del golfo de México, es identificada por dos factores: las referencias a las prácticas mágico-religiosas que realizan diversos personajes de la región y su lago que se ha convertido en un importante polo de atracción turística. De hecho, el lago es la primera imagen que aparece cuando se busca Catemaco en las páginas de internet. Éste se originó, de acuerdo con Gabriela Vázquez, por la formación de una cuenca a causa de derrames de lava que interceptaron el drenaje natural de un valle tectónico de rocas sedimentarias del Terciario Medio. El lago se ubica a 330 metros sobre el nivel del mar, posee 7 437 hectáreas de extensión y una profundidad que varía entre siete y once metros. Los especialistas lo consideran uno de los más productivos del país por la cantidad de peces que se pueden obtener. En la segunda mitad del siglo XIX, el lago de Catemaco comenzó a ser apreciado como un “regalo de la naturaleza” por sus habitantes y algunos viajeros que llegaron a la población, por lo que resulta curioso que en 1905 se hubiera planteado un proyecto para desecarlo, el cual no obtuvo los resultados deseados debido a que las autoridades de la población se opusieron a que se realizara.

El proyecto

El 16 de marzo de 1905, Francis Louvier, personaje del que sólo sabemos que era ingeniero electricista, escribió una carta al secretario de Fomento para manifestarle que había realizado algunos estudios que le permitieron elaborar un proyecto para desecar el lago de Catemaco, acción que consideraba que resultaría benéfica para el estado debido a que se dispondría de una mayor extensión de tierras, con lo que se fomentaría la agricultura. Louvier solicitaba que se le otorgara la concesión para emprender las obras y en compensación a los gastos que tenía que efectuar, se le debía otorgar la propiedad de los terrenos desecados así como el derecho de utilizar el remanente de las aguas del lago para irrigación y fuerza motriz. El discurso de Louvier reproducía una parte del pensamiento de los liberales decimonónicos mexicanos que consideraban que el estancamiento del agua y las inundaciones representaban

un obstáculo para la economía de los pueblos, motivo por el que propusieron diversos proyectos de desecación, desagüe y canalización de ríos, lagunas y zonas pantanosas con la intención de potenciar el desarrollo económico, a través del estímulo de la agricultura, el comercio y la repartición de las tierras drenadas. Los proyectos de desecación tenían tres objetivos: aumentar la base de pequeños propietarios, ampliar los terrenos de cultivo y privatizar la propiedad comunal. La propuesta que realizaba el francés no se podía considerar aventurada o novedosa, pues en la segunda mitad del siglo XIX se había emprendido el desecamiento de las lagunas de Chalco y del Alto Lerma en el estado de México, la de Huejutla en Hidalgo, la del Rosario en Tlaxcala y porciones de la de Chapala en Jalisco. Los argumentos que se esbozaron para justificar las distintas obras reproducían la misma matriz. Así, por ejemplo, en Tlaxcala los vecinos de los pueblos y de las fincas decidieron hacerlo para ganar terrenos en beneficio de la agricultura, además de que se buscaba evitar enfermedades ocasionadas por la putrefacción de las aguas estancadas.

Las autoridades de Huejutla aducían que con la desecación se podría cultivar una gran extensión de terrenos, pues las inundaciones ocasionaban la miseria de los pueblos. Sin embargo, los vecinos protestaron porque afirmaban que afectaba el interés público de la comunidad. En el caso de las del Alto Lerma, se decía que el desagüe permitiría mejorar la salud al eliminar las aguas de la zona cenagosa y se lograría un importante desarrollo de la agricultura y la ganadería, merced a la fertilidad de los suelos desecados. La propuesta de Louvier recibió apoyo del secretario de Fomento, quien pidió que el secretario de Comunicaciones le informara si las aguas eran de jurisdicción federal, solicitud que fue contestada el 12 de abril de 1905 y en la que se indicaba que el lago era de jurisdicción federal, pues se tenían referencias de que era navegable. El secretario manifestaba que no tenía inconveniente en que se accediera a lo solicitado, siempre y cuando no se perjudicara a terceros, se comprobara la debida utilización del caudal de agua que contenía y se asegurara, por medio de canales y de obras adecuadas, la comunicación entre los predios y los pueblos ribereños. Ante tal hecho, el secretario de Fomento comuni-



CATEMACO
(HACIA 1950).

có al gobernador de Veracruz que no existía ningún inconveniente para que Louvier llevara a cabo la obra de desagüe. Para cumplir con los requisitos de ley, se pidió al ingeniero francés que publicara su petición en el *Periódico Oficial del Estado de Veracruz*, lo cual se hizo el 2, 4 y 6 de mayo de 1906, misma que, por cierto, apareció unos días antes en el *Diario Oficial* de la Federación. La propuesta de desecación del lago no fue bien recibida en Catemaco. El alcalde de la población remitió una carta al jefe político del Cantón de los Tuxtlas, el 10 de julio de 1905, a fin de manifestarle que la solicitud de Louvier estaba plagada de “inexactitudes” y que de aprobarse la obra, lo único que se conseguiría era el “aniquilamiento y la muerte moral y material de la población” por varias razones.

En primer lugar, se debía tener en cuenta que el agua del lago era la única fuente de abastecimiento del pueblo. El alcalde manifestaba que existía una gran dificultad para abrir pozos en la región, debido a que la población se ubicaba a una altura considerable además de que existía una gran capa de roca que impedía profundizar las horadaciones. En segundo lugar, era inexacta la idea de que con la desecación del lago se lograría tener más tierras,

pues se había descubierto que su fondo no sólo era irregular, sino que tenía muchas rocas y formaciones de lava volcánica. Ante este hecho, era evidente que las tierras desecadas sólo producirían “nopal” y “espinas” y aun en el caso de que resultaran de buena calidad, existía el inconveniente de que su número sería muy limitado. El alcalde destacaba que el gobierno federal no debía perder de vista que en el Estado existían “inmensos terrenos” que nunca habían sido cultivados, por lo que, más bien, se debía poner atención en atraer personas para colonizarlos o contratar compañías que los cultivaran. En tercer lugar, se debía tener en cuenta que la desecación generaría un problema de salubridad pública, puesto que la forma irregular del fondo provocaría que se formaran pantanos “cuyas emanaciones pútridas” pondrían en peligro a la población. En cuarto lugar, el alcalde mencionaba que el desagüe del río alimentaba el salto de Eyipantla cuya potencia lo ubicaba como “el primero del país”, motivo por el que podía aprovecharse como fuerza motriz para la industria. Desecar el lago implicaba que la cascada perdiera ímpetu y con ello, lo que podría haber sido un “progreso” para San Andrés Tuxtla se tornaría en el “completo final de esperanzas” para toda la co-

marca. En quinto lugar, y por encima de los anteriores argumentos, el alcalde destacaba que la belleza del lago y la cascada eran admiradas por “propios y extraños”, por lo que su conservación como objeto de “ornato” manifestaría el “estado de cultura” en el que se encontraba el país, el cual estaba en concordancia con el “espíritu progresista” que animaba al gobierno federal.

El que el alcalde interpusiera el tema natural sobre el económico y el sanitario, revelaba la importancia que el lago tenía en el imaginario de los tuxtecos, imaginario que se transformó a lo largo de los años. Así, por ejemplo, en una de sus primeras descripciones, realizada por el alcalde mayor Juan de Medina e incluida en la *Relación de Tlacotalpa y su partido*, escrita en 1580, se subrayaba que la laguna tenía “20 leguas de boj” y en ella había pescado en “muchas cantidad”, además de que en los montes existían venados y armadillos. En 1831, José María Iglesias remitió un informe sobre el Departamento de Acayucan, al cual se adscribió el Cantón de los Tuxtlas en 1825 después de que se conformó el estado de Veracruz, en el que señalaba que la laguna se situaba en la mesa de la serranía y estaba cercada por un muro peñascoso que se extendía hasta San Pedro Xotepan. Ésta medía diez leguas de circunferencia, tenía una profundidad de 90 pies (27 metros) y se podía obtener “excelente pescado” y sardinas (jopote). En 1853, Juan Soto escribió un artículo sobre Catemaco que se incluyó



CATEMACO
(HACIA 1960).

en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, el cual corregía los datos aportados por Iglesias pues decía que la laguna tenía tres leguas de longitud, dos de latitud y doce de circunferencia. La principal actividad a la que se dedicaban los pobladores era la pesca, pues, de acuerdo con el autor, 150 cayucos surcaban el lago para atrapar una gran variedad de mojarra, el topote, el cuatopote, el pepesca, el moquille, el juile y el mogüile, además de que había lagartos y tortugas a las que denomina “galápagos”. La apreciación de Soto no resultaba exagerada, pues de acuerdo con Gabriela Vázquez, el aislamiento de los sistemas acuáticos de los Tuxtlas, ocurrido en el plio-pleistoceno, ocasionó el endemismo en los peces y de 31 especies identificadas en 41 sitios, que incluían lagos, ríos, arroyos y cascadas, 13 eran propias del lago de Catemaco, el único cuerpo lacustre con mayor riqueza específica.

A diferencia de los anteriores autores que sólo enfatizaban las dimensiones y los productos que se

podían obtener de la laguna, Soto presentaba una visión paradisíaca del lugar, pues mencionaba que las “colinas revestidas de vegetación, ya natural y ya artificial” mostraban “la hermosa variedad del verde en toda su escala; esta bella vista, y el aspecto del lago, apacible y delicioso cuando presenta el segundo una planicie tersa y planteada, imponente y majestuosa”. Por estas características,

CATEMACO
(HACIA 1960).





SALTO DE
EYIPANTLA,
VER.

Soto no dudaba de que la laguna de Catemaco debía considerarse como “uno de los mayores y más magníficos lagos de la República”. La descripción de Soto evidenciaba cierta influencia del romanticismo europeo, el cual propugnaba por entender la experiencia concreta de la “naturaleza elemental” para grabar “emociones perdurables” en las almas de los hombres. Los románticos planteaban que la naturaleza debía interiorizarse y convertirse en una fuente de enriquecimiento espiritual para la humanidad. En 1859, el viajero francés H. Remy recorrió una buena parte del estado de Veracruz, experiencia que quedó plasmada en su texto *Tierra Caliente. Impresiones de viajes*. Cuando el francés llegó a Catemaco se mostró sorprendido del “pequeño pueblo indio” cuyas cabañas se diseminaban “al azar sobre la ladera de la montaña”. Su posición privilegiada le permitía tomar “el sol en plenitud para avivarse con sus rayos y hacer florecer mejor sus tamarindos, sus laureles rosados, sus jazmines y su rosa de palo”. Remy indicaba que Catemaco era famoso por su virgen y por su lago, el cual proporcionaba “excelentes pescados” que variaban en sus “formas y colores”. Esta misma visión paradisíaca se encuentra en varios artículos publicados en *El Correo del Sotavento*, uno de los periódicos más importantes de la región. Así, el 30 de marzo de 1884 apareció un artículo en el que se decía que el lago de Catemaco era el “más bello de la república”, belleza que sólo era comparable a la de los lagos de Suiza, motivo por el que éste se convertiría en un “lugar escogido por las personas acomodadas y de gusto para veranear”.

El 29 de junio de 1884 se publicó una nota de

una persona que firmaba como “Norié”, en la que se destacaba la belleza del lago y se enfatizaba que uno de sus principales atractivos era la pesca del pez denominado topotillo. El 4 de diciembre de 1884 se reprodujo una noticia sobre los Tuxtlas que publicó Ignacia P. de Piña en el periódico *Las violetas del Anahuac*, la cual comparaba el lago de Catemaco con el de la población italiana de Como. A decir de la escritora, la perspectiva del lago no podía ser “más de-

liciosa y risueña”, pues estaban las “pequeñas casitas blancas” que habitaban los pescadores, “fincas de campo con sus interminables calles de cafeteros” así como “verdes colinas y bosques vírgenes”. Lo anterior la llevaba a afirmar que el lago de Catemaco era un “verdadero oasis (...) cubierto por una vegetación tropical” en el que se podía descubrir el verde en todas sus tonalidades, el “aterciopelado” del naranjo y el dorado de los cañaverales”. Como se puede apreciar en la mayor parte de los testimonios, la pesca constituía una de las actividades principales de la población pero el alcalde se abstuvo de mencionar el hecho. Su silencio mostraba que lo económico no constituía un asunto prioritario cuando se buscaba afectar su principal referente natural, el cual, por cierto, era alabado tanto por los habitantes del lugar como por los viajeros. Las cinco razones esbozadas por el alcalde fueron secundadas por el jefe político, quien a su vez se las comunicó al gobernador Teodoro Dehesa. El 5 de septiembre, A. Camacho informó al ministro de Fomento que las razones expuestas por el ayuntamiento de Catemaco mostraban que se debía negar la concesión, pero se requería comprobar los hechos que se presentaban para identificar las ventajas e inconvenientes, por lo que sugería que se realizara un estudio técnico con la intención de concluir los trámites de ley, estudio que, por otra parte, debía correr a cargo del interesado.

Finalmente, el 19 de febrero de 1906 la Secretaría de Fomento llegó a la conclusión de que no se podía acceder a la petición del ingeniero francés por tres razones: se ocasionarían “perjuicios” a Catema-



co; resultaría afectada la concesión de agua que se le había otorgado a Celso Ortiz, un poderoso personaje de la región que durante un tiempo se desempeñó como jefe político del Cantón; y porque el estudio no mostraba con claridad en qué lugar se haría el desagüe del lago. Con ello, se daba punto final a la tentativa de Louvier. No se tiene certeza de cuáles fueron las razones que motivaron a Louvier para proponer la desecación del lago, ofrecimiento que estaba en consonancia con los ideales de los liberales decimonónicos pero que no había tomado en cuenta la opinión de los habitantes de Catemaco, quienes concebían de una manera distinta su relación con el lago. Ésta no sería la primera ocasión en que había fracasado un proyecto de este tipo, pues en el estado de México se había dado marcha atrás en los proyectos de desecar las lagunas del Alto Lerma, debido a que los habitantes prefirieron continuar con el usufructo colectivo del recurso. En el caso de Catemaco no fue necesario que los pobladores intervinieran, pues las autoridades locales fueron las primeras que trataron de evitar que se llevara a cabo el proyecto, apuesta que sería exitosa gracias al apoyo que recibieron de la autoridad cantonal y estatal. Sin embargo, si el proyecto hubiera avanzado es plausible pensar que los catemaquenses hubieran

protestado, debido a que el lago constituía una de sus principales fuentes de ingresos y se le consideraba un bien comunal. El que las autoridades, en todos sus órdenes, se hubieran pronunciado contra la resolución, evidenciaba la importancia simbólica que había adquirido el lago, no sólo en lo relativo al ámbito natural sino también asociado al culto de la virgen del Carmen, culto que, como señalaba Remy, le había dado fama a la población y que sigue vigente en nuestros días.

PARA SABER MÁS:

GLORIA CAMACHO PICHARDO, *Agua y liberalismo. El proyecto estatal de desecación de las lagunas del Alto Lerma. 1850-1875*, México, CIESAS-Archivo Histórico del Agua-Conagua, 2007.

ALBA GONZÁLEZ JACOME, *Humedales en el suroeste de Tlaxcala. Agua y agricultura en el siglo XX*, México, Universidad Iberoamericana, 2008.

ALEJANDRA OJEDA SAMPSON, FRANCISCO COVARRUBIAS Y MARÍA GUADALUPE ARCEO, "El proceso de antropización del lago de Chapala" en *Secuencia* número 71, Instituto Mora, mayo-agosto de 2008, pp. 103-129.

LOURDES ROMERO NAVARRETE, *El río Nazas y los derechos del agua en México: conflicto y negociación en torno a la democracia, 1878-1939*, México, CIESAS-Universidad Autónoma de Coahuila, 2007.

CECILIA SHERIDAN Y MARIO CERUTTI, *Usos y desusos del agua en cuencas del norte de México*, México, CIESAS-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.



PANCHO VILLA EN PRISIÓN (1912)

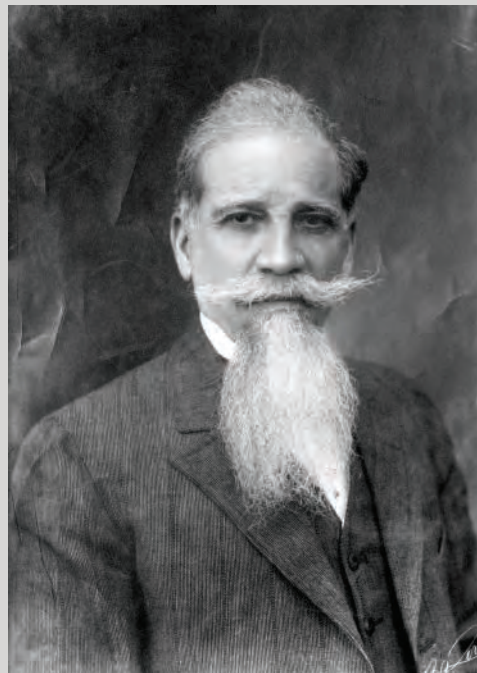
**Guadalupe Villa G.
Instituto Mora**

Apenas iniciado su gobierno, Francisco I. Madero tuvo que hacer frente a una oleada de rebeliones que buscaban su derrocamiento. El 16 de noviembre de 1911 el general Bernardo Reyes lo desconoció como presidente, siguiéndole pocos días después Emiliano Zapata; cuatro meses más tarde Emilio Vázquez Gómez y Pascual Orozco y, en octubre de 1912, Félix Díaz. Madero, no obstante, subestimó a sus enemigos al considerar que neutralizando a los dirigentes, el problema quedaba resuelto.

Bernardo Reyes

El general Reyes había gozado del apoyo y la confianza de Porfirio Díaz por varias razones, entre ellas mantener el control político y social en el estado de Nuevo León durante sus diversas gestiones gubernamentales; también estuvo temporalmente al frente de la secretaría de Guerra y Marina y fue elegido por los opositores de Díaz, para disputarle a éste la primera magistratura a través del Partido Democrático, aunque acabó por no aceptar la postulación. En cambio, cuando Díaz había partido ya al destierro, contendió en las elecciones presidenciales contra Madero, logrando el apoyo de hacendados y empresarios en diversas zonas del país.

Efectuadas las elecciones, triunfó la fórmula Madero–Pino Suárez, aunque a nivel nacional



BERNARDO REYES.

pronto circularon fuertes rumores de un nuevo movimiento armado iniciado por elementos reyistas, defraudados en sus esperanzas de elevar al poder al general.

En el estado de Morelos, Zapata y muchos otros que también habían brindado su apoyo a la revolución maderista se sintieron decepcionados por la política agraria del presidente y en lo sucesivo se mantendrían en pie de lucha para lograr la devolución de las tierras arrebatadas por la Ley de Terrenos Baldíos invocada por el líder demócrata.

Pascual Orozco

En Chihuahua Orozco, quien se adhirió a la lucha democrática encabezada por Madero, se sintió humillado cuando el líder ordenó el licenciamiento de las tropas revolucionarias y le negó la posibilidad de gobernar su estado natal, relegándolo al cargo de jefe de la Primera Zona Rural. Por otra parte, los proyectos de reforma agraria que el gobernador Abraham González pretendía implantar, con el respaldo del ejecutivo federal, alarmaron a la élite local que, sintiendo amenazados sus intereses, cooptó al antiguo arriero haciéndolo el instrumento mediante el cual derrocarían a Madero.

El gobierno intentó suprimir la revuelta antes de que cobrara fuerza más allá de sus fronteras. El general José González Salas fue el encargado de combatir a Orozco, pero fracasó en su cometido. Fue enton-



PASCUAL OROZCO.



FÉLIX DÍAZ
EN SU
OFICINA
(HACIA
1906).

ces cuando Francisco Villa, a instancias de Madero, se unió a la División del Norte Federal comandada por Victoriano Huerta. En sus memorias, aquel señaló que el presidente le había dado la orden para que se pusiera a las órdenes del general Huerta. “No era ese mi programa” —dice Villa—, “pero ante todo estaba mi obediencia al señor Madero”.

El resultado es conocido: acusado por Huerta de insubordinación y robo, Villa fue puesto frente al paredón, perdonado y enviado a la Penitenciaría de la ciudad de México. El 5 de junio de 1912 Huerta telegrafió a Madero:

En este momento parte el tren que lleva con el carácter de procesado, debidamente escoltado hasta esa capital, al general Villa. El motivo que he tenido para mandarlo con el carácter de preso a disposición del ministerio de la Guerra, es el hecho de haber cometido faltas graves en la división de mi mando [...] A Villa le he perdonado la vida ya estando dentro del cuadro que debía ejecutarlo, por razón de haberme suplicado lo oyera antes de ser pasado por las armas, de cuya entrevista resultó el que yo resolviera abrir una averiguación previa y remitirlo con dicha averiguación, poniéndolo a la disposición de la secretaría de Guerra.

Félix Díaz

El sobrino de don Porfirio declaró, a mediados de mayo de 1912, al periódico neoyorkino *The Sun* que la popularidad de Madero estaba perdida, acrecentándose día con día la opinión pública en su contra, debido a que muchos pensaban que una

vez obtenido el triunfo, éste sólo había servido para el medro personal y egoísta de la familia Madero, dejando incumplidas las promesas hechas.

Díaz conspiraba activamente a pesar de la nube de agentes que lo vigilaban de cerca en Veracruz. El 15 de octubre, el jefe supremo del movimiento militar efectuó el pronunciamiento, cuyo propósito era “restablecer la paz por medio de la justicia”.

Contra todo vaticinio, el movimiento fue rápidamente sofocado y su dirigente capturado, hecho que causó gran sorpresa en todo el país. Por instrucciones de Madero, se formó un Consejo de Guerra Extraordinario que habría de juzgar a los principales implicados en el movimiento. El tribunal sentenció a Díaz a la pena máxima, sin embargo se logró que la Suprema Corte de Justicia lo amparara puesto que ya no pertenecía al ejército. Después de



VILLA ANTE
EL PELOTÓN
DE FUSI-
LAMIENTO
(1912).

haber pasado un tiempo en la prisión de San Juan de Ulúa, fue trasladado a la ciudad de México e internado en la Penitenciaría el 24 de enero de 1913.

Los grupos contrarios a Madero, se multiplicaron desde el interior del propio gobierno; miembros del ejército federal bajo las órdenes de Victoriano Huerta se sumaron a la rebelión; Alberto García Granados, secretario de Gobernación, aseguraba tener pruebas de que el gobernador de Coahuila,



VISTA
DE UNA
SECCIÓN
DE LA PENI-
TENCIARÍA
DE LECUM-
BERRI.

Venustiano Carranza, estaba preparado para iniciar la revuelta contra el mandatario y de que Miguel M. Acosta, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas era el encargado de recaudar fondos para dicho movimiento. El descontento general pronto se extendió por todo el país.

La lealtad puesta a prueba

La estancia de Villa en la Penitenciaría fue prolongada y difícil y a tres meses de su confinamiento aún no se le juzgaba. Estaba consciente de que su encarcelamiento era político y que había gente trabajando para evitar su liberación. En una carta enviada a Madero el 21 de septiembre, escribió: “A muchos de sus enemigos les cae como anillo al dedo que yo esté preso, pues he tenido ofrecimientos innumerables, pero si yo soy fiel, el tiempo se lo dirá”.

Es interesante subrayar que uno de los mitos relacionados con Villa es que no sabía leer ni escribir y que durante su estancia en prisión aprendió gracias a las enseñanzas del ideólogo zapatista, Gildardo Magaña. Lo cierto es que sí sabía leer y escribir, las cartas escritas en prisión son muestra fehaciente de ello. Obviamente su redacción tanto como su ortografía eran deficientes, pero es claro que había tenido una rudimentaria enseñanza escolar y en el caso de que hubiera conocido a Magaña —hay discrepancias al respecto—, lo más que pudo hacer fue darle a conocer las razones de la lucha zapatista y tal vez ayudarlo a mejorar su escritura y su lectura.

En la correspondencia enviada por Villa a Ma-

dero desde la penitenciaría, nunca obtuvo ninguna respuesta directa del presidente; éste se dirigió en dos ocasiones al reo a través de su secretario Juan Sánchez Azcona y no intervino para conseguir su excarcelación.

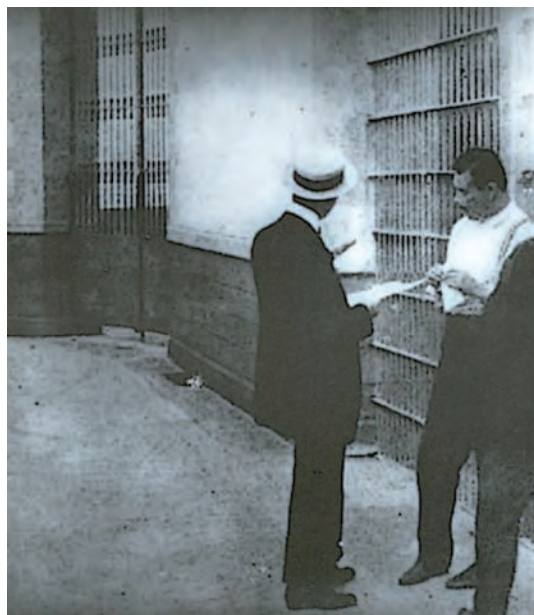
El 7 de octubre Villa había suplicado al mandatario trasladarlo a “algún cuartel de esta ciudad, toda vez que causas muy poderosísimas, que a su tiempo explicaré, me obligan a solicitar esa gracia”. Es posible que otros reos políticos estuvieran intentando atraerlo al movimiento que se estaba preparando para derrocar al gobierno constitucional. Los abogados José Bonales Sandoval y Antonio Castellanos, a quienes Villa comisionó para hablar con Madero, formaban respectivamente parte del proyecto de Félix Díaz y Bernardo Reyes sin que, hasta ese momento, él lo supiera.

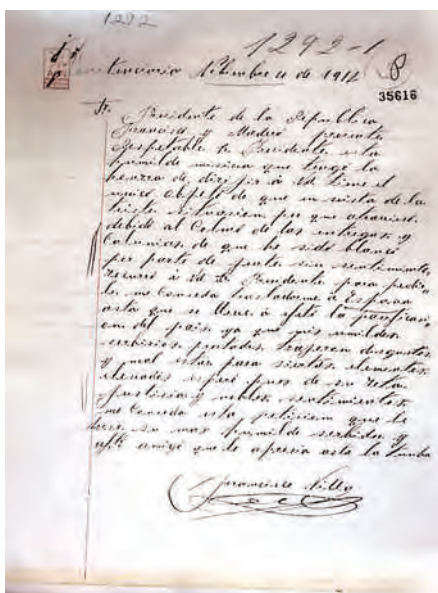
Un mes más tarde, Sánchez Azcona comunicó al general Villa que “obsequiando los deseos expresados por su defensor el Sr. Bonales Sandoval [el señor presidente ha dispuesto] que sea trasladado a la prisión militar de Santiago Tlatelolco”.

En su nueva prisión, Villa tuvo oportunidad de conocer al general Bernardo Reyes y quizá de enterarse de sus planes subversivos. Luz Corral escribió después que ella acompañaba a su esposo todo el día y algunas veces, Reyes comió con ellos.

En la prisión militar, Pancho Villa escribió detalladamente los servicios que prestó, a lo largo de la revolución maderista, hasta la caída de Ciudad Juárez.

VILLA EN
LECUMBERRI
(1912).





CARTAS
DE VILLA A
MADERO
(1912).

rez en mayo de 1911. Según cuenta en las *Memorias*, el documento lo realizó como parte de un ejercicio mecanográfico, “sin otro maestro que su firme deseo de aprender”.

Ante los oídos sordos de Madero, a sus reiteradas súplicas de justicia y auxilio, Villa optaría por fugarse de Santiago Tlatelolco y traspasar la frontera mexicana. No obstante que el general protestó lealtad al mandatario, permaneció fiel a su causa y siempre le mostró su admiración y respeto, no encontró reciprocidad en Madero, fue, como bien señala el historiador Friedrich Katz, *un amor no correspondido*.

Las hojas de servicio

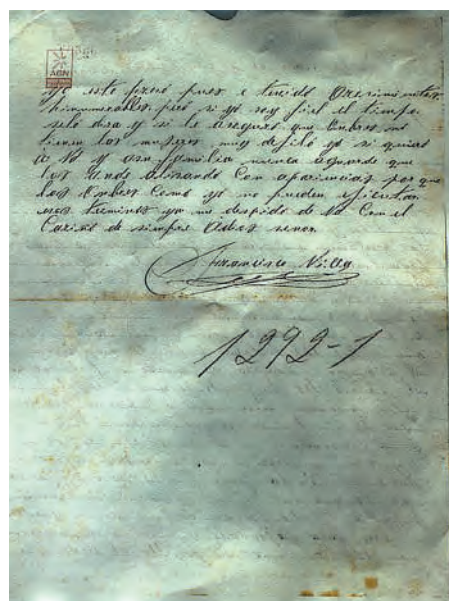
Es necesario aclarar que una versión de lo contenido en los papeles escritos a máquina fue recogida por Manuel Bauche Alcalde, quien se encargaría de escribir las memorias de Villa a principios de 1914. El manuscrito de Bauche tiene básicamente la misma información de las hojas de servicio, pero está más completo porque se subsana lo que al reo le fue difícil recordar y que ya en calma, seguramente auxiliado por compañeros y amigos, pudo corregir. También está más pulido porque Bauche era un hombre culto, había ejercido el periodismo y hablaba varios idiomas. Las hojas de servicios son reveladoras de la personalidad de Villa, de sus sentimientos, manera de ser y expresarse.

Como Chihuahua fue el territorio en el que Villa operó durante la revolución maderista, en su hoja de servicios se destaca su relación con Abraham

González, su encuentro con Francisco I. Madero, los hechos de armas en los que participó y todas las dificultades que tuvo que superar para hacerse respetar y ganar adeptos.

El relato comienza prácticamente el 17 de noviembre de 1910, cuando González acudió a comer a casa de Villa para definir el plan que consistió en el reclutamiento de tropas: el primero en el norte del estado y el segundo en el sur.

Sin duda, la asombrosa facilidad con la que Villa reunió 375 hombres en cinco días admira a cualquiera. ¿Qué impulsó a estos hombres a dejar hogar y familia para embarcarse en una aventura in-



cierta? Cada uno de ellos tenía una historia detrás. ¿Era gente conocida con anterioridad? ¿Estaban en deuda con él? ¿Deseaban proteger sus tierras? ¿Hacerse de ellas? ¿Tenían esperanzas de acabar con la oligarquía terrateniente y elegir libremente a las autoridades? ¿Ganar acceso a puestos de elección popular? ¿Les faltaba el trabajo? Es seguro que hubo una combinación de todo esto.

En los primeros enfrentamientos, Villa recibió su primera herida como revolucionario y tuvo que enfrentarse a los problemas que le planteaba su nuevo *status*: garantizar la paga a sus hombres y el continuo suministro de armamento, vituallas y vestimenta, así como la curación de los heridos en combate.

El escrito nos hace imaginar las vicisitudes por las que pasaron los revolucionarios en estos inci-



MADERO Y
SU SECRETARIO
PARTICULAR
(1911).

y municiones. Las haciendas consideradas propiedad de los enemigos de la Revolución, sirvieron también para abastecer a los revolucionarios. Tampoco faltaron administradores a favor de la causa que pusieron a su disposición trojes repletos de maíz para la caballada, ganado para alimentar a la tropa y tortillas hechas por mujeres en las casas de cuadrillas. Pero hubo ocasiones en que Villa tuvo necesidad de entrar subrepticamente a Chihuahua, para proveerse de artículos de primera necesidad como azúcar y café para sus hombres. Estar pendiente de las necesidades de su gente lo convirtieron en una figura paternal.

Uno de los episodios destacados por Villa en las hojas de servicio, fue su primer encuentro con Francisco I. Madero en la hacienda de Bustillos: "Nombre Pancho Villa que muchacho eres, yo que te creía tan viejo, pues quería conocerte para darte un abrazo por lo

piantes meses de lucha en los que la organización fue primordial. Los hombres que formaban el contingente revolucionario de Chihuahua eran todos buenos jinetes, avezados en el manejo de armamento, pero sin experiencia en enfrentar a un ejército de línea.

La improvisación de los primeros tiempos de lucha propinó varios reveses a los revolucionarios pues en la Sierra Azul, donde tenían su refugio, pasaron no sólo hambre, sino mucho frío por falta de ropa adecuada y cobijas para soportar las intensas nevadas. Había que aprender a no dejarse sorprender por el enemigo y a no dejar armas ni municiones expuestas a pérdida o abandono. La necesidad de contar con buena caballada podía también hacer toda la diferencia entre la vida y la muerte.

En esta época descrita por Villa, uno de los problemas mayores fue tratar de unificar el armamento pues lo había de diferentes marcas y calibres, lo que complicaba el correcto abastecimiento de cartuchos

mucho que se habla de ti y lo bien que te has portado, ¿qué tanta gente tienes?" Para entonces Villa había aumentado su contingente en 700 hombres, pero como él mismo dijo estaban "mal armados".

En abril de 1911 durante la marcha hacia Ciudad Juárez, plaza fronteriza que los revolucionarios esperaban tomar y controlar, ocurrió el primer conato de sublevación de la gente de Pascual Orozco en contra del presidente provisional, cuando los jefes José Inés Salazar, Luis A. García y Lázaro Alarcón trataron de desconocer a Madero. Orozco había rehusado acatar las órdenes dadas por el mandatario para que desarmara a sus hombres, argumentando que podría haber un alto costo en vidas.

Por órdenes de Madero, Villa controló la insubordinación "sin que hubiera habido un solo muerto y sí uno que otro golpeado, de los que trataban de oponer resistencia". También de acuerdo con el mandatario, entregó el armamento y parque a Orozco. Estas fueron las inconsistencias del presi-

JOSÉ C.
DELGADO,
VICTO-
RIANO
HUERTA Y
ABRAHAM
F. RATNER.

dente provisional, conservar a su lado a hombres levantiscos, sin medir los riesgos futuros.

Los revolucionarios llegaron al rancho de Flores, cerca de Ciudad Juárez, situado a orillas del Río Bravo, donde según el escrito fueron recibidos cariñosamente por las familias del lugar: Madero “caminaba a pie al igual de todas las fuerzas. Parte de estas hicieron jornadas más cortas para servirle de escolta y hacerle menos penosa la travesía. Él iba tapado con un sarape pinto que le hacía confundirse entre el grueso de la tropa, entre la cual se le podía haber tomado por un simple soldado y no por el C. presidente de la República”.

La opinión del general Benjamín J. Viljoen de que era imposible tomar Ciudad Juárez dada la fortificación de la plaza decidió a Madero retirar las tropas hacia el sur para evitar complicaciones internacionales. Villa y Orozco insistieron en que, por dignidad, se debería procurar el asalto “pues era vergonzoso retirarnos sin siquiera haber intentado dicho ataque”. El 8 de mayo ocurrió una inesperada ofensiva a Juárez; Madero ordenó cesar el fuego pero su mandato no fue escuchado, dado que existía el acuerdo entre Pascual Orozco y Francisco Villa para tomar la plaza. Al día siguiente los revolucionarios empezaron a tomar posiciones para el asalto final. El 10 con los cuarteles federales rodeados, exhaustos por el cansancio, el hambre y la sed, los defensores se rindieron. Villa describe la magnitud de la sorpresa de Madero cuando se enteró de que Ciudad Juárez había caído en manos de los revolucionarios.

Uno de los problemas que tuvo que resolver Villa, después de recoger a sus muertos y darles sepultura, fue procurar alimento para los vencidos y para su propia gente:

Y aunque comprendía que mis fuerzas estaban en iguales condiciones de hambre que ellos, creí de mi de-



ber como vencedor, procurar primero a los vencidos, quienes al verme entrar con dicho comestible [costales de pan] me aclamaron llenos de gratitud. De ahí me fui a hacer igual operación con mis soldados, más como no alcanzara el pan para todos, organicé escoltas con sus respectivos oficiales y clases, con orden de salir a buscar alimentos.

Lo más increíble de la narración es que Villa se dirigió al cuartel general donde estaban prisioneros los oficiales y se llevó a nueve de ellos a El Paso, Texas, “donde comimos con la mayor fraternidad”. Lo inconcebible no fue que los hubiera invitado a comer, sino que los oficiales vencidos en campaña regresaran a territorio mexicano. Era una época en que la palabra de honor valía y se respetaba.

Villa cierra las hojas de servicio tocando dos aspectos más: el connato de sublevación que intentaron él y Orozco en contra de Madero, por haberse opuesto al fusilamiento del general Juan N. Navarro. Tarde descubrió Villa el ardid de Orozco quien habiéndole ordenado desarmar a la

BILLETE
CON LAS
EFIGIES DE
MADERO Y
ABRAHAM
GONZÁLEZ.





"PANCHO VILLA", MURAL EN EL PALACIO DE GOBIERNO DE CHIHUAHUA.

guardia de Madero, ignoró el hecho en el momento mismo, haciéndolo aparecer como el instigador de la insurrección.

Por considerarse "hombre de sentimientos y vergüenza", Villa puso punto final a su actuación revolucionaria, en esa primera etapa, entregando a Raúl Madero el mando de sus tropas.

El epílogo

De la sencillez de Madero, de su carácter bondadoso, de su desprendimiento, surgieron la admiración, el respeto y la lealtad que Villa le profesaría hasta su muerte. El hecho de que Madero fuera rico terrateniente y empresario y arriesgara su comodidad y su fortuna en una empresa que se antojaba titánica le valió su incondicionalidad.

Abraham González jamás dudó de la lealtad de Pancho Villa y es posible que Madero tampoco dudara, sin embargo, cabe preguntarse ¿qué orilló al mandatario a distanciarse de su antiguo aliado? ¿Cómo fue que Villa cayó en desgracia? Aquella felicitación que envió Madero luego de sus triunfos sobre Orozco, poco antes de que Huerta intentara fusilarlo en Jiménez, Chihuahua, había perdido todo sentido: "Estoy verdaderamente satisfecho de

tu conducta y te aseguro que además de la legítima satisfacción que has de sentir de servir una causa justa y de ser leal conmigo, haré de modo de recompensar debidamente los servicios que has prestado a la República".

Abraham González trató de hacer valer su influencia con Madero para ayudar a Villa y puso todo lo que estuvo de su parte para liberarlo. La actitud del presidente fue distinta, pues confió más en el ejército federal que en aquellos que lo habían llevado al poder.

Villa escapó de la prisión militar de Santiago Tlatelolco y mantuvo con firmeza su lealtad al presidente y al gobernador de Chihuahua, quienes poco después fueron traicionados por Victoriano Huerta y asesinados por órdenes suyas. En adelante, Villa se empeñó en una lucha, la constitucionalista, para vengar la muerte de aquellos benefactores y amigos suyos.

PARA SABER MÁS:

FRANCISCO L. URQUIZO, *La ciudadela quedó atrás*, México, Summa mexicana, 2009.

GUADALUPE VILLA y ROSA HELIA VILLA, *Pancho Villa. Retrato autobiográfico 1878-1914*, México, Taurus, 2005.

* *Cuartelazo*, Alberto Isaac, dir. Imcine, dvd.



Entre discriminación, sudor y sangre

El origen de la lucha libre en México

Martín Josué Martínez Martínez

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

En el centro del cuadrilátero José Francisco, mejor conocido como Yaqui Joe, luchador mexicano oriundo de Guaymas, Sonora, logró poner al estadounidense Ted Hawks con la espalda contra la lona. Una vez más utilizó sus piernas musculosas, que como dos enormes tenazas de acero envolvían el torso del oponente, inmovilizándolo. Los intentos de éste por desprenderse fueron inútiles, el cas-

tigo le producía gran sufrimiento que se reflejaba en su rostro y en sus gritos. El réferi se apresuró a tocar con la palma de la mano los tres segundos reglamentarios que convirtieron a Hawks en una cifra más de la larga lista de derrotados que acumulaba el Yaqui.

Concluida la función de lucha libre —encuentro deportivo entre dos atletas, en el que se trata

de vencer al rival mediante prensas dolorosas—, el oponente abandonó el encordado. El Yaqui se puso de pie, dominó la respiración que se encontraba agitada por el enorme esfuerzo que acababa de realizar, las manos le temblaban por la adrenalina y el sudor le cubría todo el cuerpo. Su sonrisa de satisfacción y amabilidad contrastó con los ojos profundos, con el rostro áspero, cuyas cicatrices y nariz desviada debido a los golpes, atestiguaban una vida de castigos. De repente la sonrisa desapareció; el réferi no tuvo tiempo siquiera de levantar la mano del sonorense en señal de victoria, cuando los asistentes a la arena en Huling, Texas, comenzaron a acercarse de forma violenta al *ring* con el único objetivo de cobrar con sus propias manos el agravio que había dañado su honor.

El público encolerizado lanzaba vasos, desprendía sillas, soltaba una retahíla de insultos. Los únicos gritos que daban orden al caos fueron los de “¡Atrápenlo! ¡Atrápenlo!” Los pocos elementos de seguridad del lugar fueron insuficientes para evitar que los furiosos espectadores se subieran al *ring*. Las injurias contra el luchador siguieron: “¡Un indio no puede vencer al campeón!, ¡Toma tus cosas y lárgate a tu país!”

De un momento al otro el Yaqui se encontró en medio de una turba iracunda, sus fornidos brazos no pudieron contener a los espectadores excitados que se habían convertido en fieras llenas de violencia. Algunos golpes lastimaron su cabeza y el cuerpo; la patada que le propinó uno de los aficionados dio en el blanco y de su boca comenzó a manar sangre. De las cerca de 4,000 personas que ese día se habían congregado en la arena de Huling, muy pocos eran los mexicanos que, indignados, buscaron defender a su paisano. La competencia deportiva se convirtió en una batalla campal. Cuando todo parecía perdido la luz se apagó, el desconcierto fue aprovechado por el sonorense que se apresuró a abandonar el cuadrilátero a punto de convertirse en una piedra de sacrificio. El luchador salió de la arena solo con su calzoncillo y las botas que eran la vestimenta común usada entonces por los luchadores.

Lo ocurrido en Texas la noche del 1º de septiembre de 1933, fue la gota que derramó el vaso.



No era la primera vez que un luchador mexicano era presa de vejaciones por parte del público estadounidense, cuyo nacionalismo se había visto encendido por la severa crisis económica por la que atravesaba Estados Unidos, así como por la campaña xenofóbica que en el ámbito deportivo fue encabezada por los promotores y comisionados que buscaban consolidar sus intereses económicos generando una atmósfera de intolerancia y corrupción.

Desde las filas del periódico mexicano *La Afición* se daba cuenta de la grave situación por la que atravesaba el deporte en Estados Unidos debido a los malos manejos de los directivos. En las primeras planas aparecían los nombres de los atletas que habían sido presa de abusos; entre ellos figuraban los boxeadores Chico Cisneros, Manuel Villa, Kid Azteca, así como los luchadores Manny Sánchez, Martínez Larrea y Francisco Charro Aguayo, peleador rudo que decía ser un ex Dorado de Francisco Villa y se caracterizaba por subir a los encordados con un elegante traje de charro. Se trataba de los mejores representantes en su peso y a pesar de haber conseguido sus títulos con sudor y sangre, les habían sido arrebatados, acusados de ganar a través de peleas sucias, violación de las reglas y por lo tanto denigrar su disciplina con actitudes antideportivas.

La batalla dejó el *ring* para pasar a la opinión



pública. *La Afición* decidió contraatacar y brindar su apoyo total, se convirtió en la trinchera desde la cual buscaron defender los derechos de los *paisanos* dedicados al boxeo y a la lucha. Durante los primeros meses de 1933 fueron constantes los encabezados en los que se evidenciaba a promotores así como a gerentes de las arenas por concertar encuentros desiguales, mostrar favoritismo entre manejadores y *arreglar* las peleas. Las demandas presentadas por manejadores extranjeros ante el Dr. Harry Martin, presidente de las tres comisiones que dirigían el boxeo en Estados Unidos, a las que México estaba afiliado, dejaban ver la crisis interna que venía en detrimento tanto de la calidad de los espectáculos y los encuentros deportivos como de los atletas.

Los esfuerzos del periódico *La Afición* parecieron no dar frutos pues la situación empeoró en la segunda mitad de 1933. En los meses de agosto y septiembre las acusaciones contra los gladiadores de origen mexicano fueron en aumento y además, comenzaron a ser vetados por las comisiones de box y lucha en diversas arenas de Estados Unidos. El boicot se inició en Phoenix, Arizona; habría de seguirle Albuquerque, Nuevo México, y posteriormente El Paso, Texas, en estados donde tenían gran popularidad dos de los luchadores mexicanos más conocidos: el fornido Yaqui Joe y Francisco Charro Aguayo, quien incluso vería

peligrar su vida arriba de un cuadrilátero, no por estar enfrentando a un musculoso contrincante, sino por un *sheriff* que lo amenazó con pistola en mano si no abandonaba el lugar. El golpe final lo asestó Harry J. Landri presidente de la Asociación Nacional de Lucha de Estados Unidos, quien decretó la suspensión total de los luchadores mexicanos.

Por si fuera poco, y como si se tratara de un intento por terminar con los mexicanos relacionados con el deporte, en Texas se promulgó una nueva ley de boxeo y lucha, donde se estableció que para obtener la licencia de promotor o manejador se tenía que ser ciudadano y habitante del estado; además, se subrayó que las personas que no cumplieran con los dos requisitos no podrían colaborar ni siquiera como ayudantes de los promotores, pues de hacerlo ambos serían acreedoras de un severo castigo por felonía.

Entonces comenzó la diáspora de los luchadores mexicanos. Desde las filas del periódico *La Afición* se puso la mirada en el sonorense Yaqui Joe. Se mostró su duro transitar, las narraciones de sus peleas tuvieron como finalidad eviden-

ciar que la mezcla que poseía entre agilidad y fuerza lo convertían por mucho en el mejor del mundo, y que esto le había permitido coronarse como campeón. Su historia condensaba el sufrir de cientos de mexicanos que buscaban una vida mejor en Estados Unidos y a la par habían ganado también humillaciones y maltratos. La nota del periódico *La Afición* del 23 de septiembre de 1933 rezaba lo siguiente:

En su mirada se refleja la tristeza de todo aquel que ha sufrido en tierra extraña. Esa mirada la tienen nuestros propios braceros que durante nuestra revolución marcharon a los campos yanquis con la espe-



YAQUI JOE.

ranza de ganar dólares a raudales. Y ganaron unos pocos de ellos; pero ¡a cambio de qué penalidades, de que vejaciones! [...] Así, Joe se ha hecho, mortajado por la intriga, por el odio racial.

Poco a poco, el mismo luchador que fuera agredido por el público estadounidense y al que le arrebataron el campeonato por motivos xenofóbicos, se convirtió en el símbolo de la liberación, en el representante no sólo de los luchadores sino de todo aquel mexicano que busca una vida mejor. La estrategia emprendida por el periódico deportivo *La Afición* conmovió a sus lectores, quienes apoyaron la idea de construir una arena nacional para que los luchadores tuvieran en su país lo que les era negado en el extranjero.

Las súplicas hechas desde la trinchera de *La Afición* fueron escuchadas por el jalisciense Salvador Lutteroth González, ex revolucionario y fracasado empresario, que estaba cansado de dedicarse a cobrar a los clientes de la mueblería que había puesto en la Ciudad de México. Fue entonces que recordó el viaje que realizó a Estados Unidos, comisionado por el general Álvaro Obregón, en donde admiró una función de lucha en el Liberty Hall de El Paso, Texas. En ese momento, además de impresionarse con la imponente figura del griego Gus Papas, quedó prendado de la magia de la lucha libre y atestiguó el éxito de los atletas mexicanos, en una época en donde podían ejercer su oficio con total libertad.

Lutteroth González decidió asociarse con el empresario Francisco Ahumada, quien brindó una fuerte suma de dinero, ambos decidieron traer de El Paso, Texas, a Miguel Corona, un joven que había servido como manejador durante varios años en Estados Unidos y Ciudad Juárez, pero que tras el boicot estaba sin trabajo. La sociedad contaba ya con el capital y los conocimientos técnicos para efectuar funciones de lucha, aun cuando le faltaba el espacio adecuado. Lutteroth se dio a la tarea de buscar un sitio apropiado y para dicho efecto acudió a dos magnates del boxeo, Carlos Lavergne y James Fitten, dueños de la Arena Nacional ubicada en la calle de Iturbide en la Ciudad de México, obteniendo sólo rotundas negativas.

El ánimo de Salvador Lutteroth no decreció;



SALVADOR
LUTTEROTH
GONZÁLEZ.

sabía que para instaurar su empresa tendría que luchar contra los que monopolizaban los deportes del encordado. Por fin, después de buscar opciones en terrenos baldíos y arenas abandonadas pudo rentar a Víctor Manuel Castillo la vieja Arena Modelo, un local con capacidad para 5,000 personas ubicado en la calle Río de la Loza número 94 en la colonia Doctores. Se trataba de una arena derruida, pues había sido abandonada desde 1931, debido a que al ser construida de manera improvisada no contó con las medidas básicas que permitieran su conservación. El cuadrilátero apenas tenía forma, estaba podrido por las inclemencias del clima, y las gradas eran sólo un montón de tablones apolillados. Los trabajos de remodelación dieron inicio el 31 de agosto de 1933 y a marchas forzadas los trabajadores comenzaron a dar forma al caos, se construyó el *ring* y las gradas, se resanaron los múltiples hoyos por donde entraban el aire y el agua que además de molestos resultaban perjudiciales para el inmo-

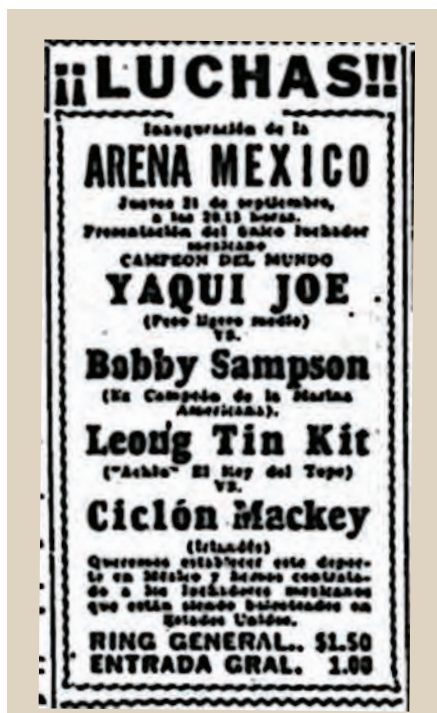
liario y por último, se puso un techo de lona para que sirviera en toda su capacidad.

Un mes después llegó la tan anhelada inauguración de la que sería bautizada como la Arena México. Con bombos y platillos siendo las 20 horas con 15 minutos del jueves 21 de septiembre de 1933, la historia de la lucha libre en México comenzó a escribirse, pues no sólo se inauguró un espacio destinado de manera especial al también llamado deporte-espectáculo, sino que se fundó la EMLL (Empresa Mexicana de Lucha Libre),

que tuvo como principal objeto la generación de luchadores en su propia escuela a cargo del profesor Gonzalo Avendaño. Lo más importante fue que en ese momento se abrió un espacio que albergó a los luchadores que estaban siendo presa de la intolerancia en el extranjero.

Ese día, las calles de la colonia Doctores fueron testigos mudos de algo inusual: poco a poco la gente comenzó a arremolinarse desde la tarde para poder adquirir un boleto. Por el precio de \$4.00 pesos en el ring numerado y \$1.00 peso por la entrada general, los asistentes pudieron apreciar con sus propios ojos lo que venía anunciándose en diarios y carteles: la presentación de los luchadores mexicanos boicoteados en Estados Unidos, enfrentándose a los mejores del mundo. Era una función estelar a cargo de Yaqui Joe, quien se mediría contra Bobby Sampson, considerado el segundo mejor luchador del mundo en su categoría y a quien se anunciaba como el *Ex Campeón de la Marina Americana*. En el cartel de inauguración también figuraron luchadores extranjeros de gran renombre como el chino Leong Tin Kit *Achiu*, conocido como *El Rey del Tópe*, quien se enfrentó en el combate semifinal contra el irlandés Ciclón Mackey; además, se efectuaron luchas preliminares protagonizadas por los jóvenes estudiantes de la Arena México.

El público que se congregó en el local de la



colonia Doctores fue partícipe de una lucha que dejó de ser libre para convertirse en una justa por el honor nacional, en una batalla cargada de significaciones. El Yaqui Joe no podía darse el lujo de perder en su tierra; era su obligación vencer al californiano, demostrar el espíritu aguerrido de los mexicanos y confirmar que no eran inferiores a los estadounidenses. El más ferviente nacionalismo se apoderó de los asistentes, que a la par que consumían vaso tras vaso de cerveza y daban bocanadas a sus cigarrillos desgarraban

sus gargantas con los gritos de apoyo al sonorense “¡Vamos Yaqui! ¡Viva México! ¡Queremos ver sangre!”

El Yaqui subió al encordado en medio de alabanzas y de aplausos, y cuando se presentó el retador los abucheos se escucharon al unísono. El referi dio el grito de inicio de la gran batalla de la noche: “¡Lucharán a vencer dos de tres caídas sin límite de tiempo!” De inmediato comenzó el intercambio de golpes y de prensas que buscaban rendir al contrario. Los gestos, las mandíbulas apretadas y las venas de los brazos que parecían estallar evidenciaban la fuerza de ambos, el sonorense trataba de rendir al californiano mediante *candados a la cabeza*, pero su esfuerzo fue inútil, el extranjero dominó la situación y terminó venciendo en la primera caída.

Los gritos cesaron; en los rostros comenzó a dibujarse la preocupación, pues el mexicano estaba perdiendo en su propio país. En el descanso Miguel Corona —manejador de los luchadores de la Arena México—, se acercó apresurado a aconsejar al Yaqui que usara sus poderosas piernas, arma letal que le había permitido obtener varios triunfos. Los dos episodios siguientes fueron dominados sin ningún problema por el mexicano. Al final de la lucha, el honor de los asistentes se había resarcido cuando vieron al californiano completamente rendido, indefenso y saliendo en

camilla del cuadrilátero. El público rompió en gritos de felicidad, “Yaqui Joe bajó del *ring* en medio de una gran ovación. ¡México al fin tiene un gran luchador!” Un nuevo deporte había sido establecido con seriedad.

Atrás quedó una época en la que los luchadores sólo aparecían como un mero relleno en teatros como el Colón, el Principal, el Arbeu y el Tívoli, como intermedio en los cines o como elemento de comicidad y asombro en el famoso circo Orrín donde alternaban actos de fortaleza con peleas contra osos o personas del mismo público. Con el paso del tiempo, las carpas improvisadas y los cuadriláteros rentados fueron desapareciendo conforme las arenas se multiplicaron e invadieron barrios y colonias. Surgió la primera generación de gladiadores mexicanos que conquistó el gusto del público y dejó fuera a los extranjeros que habían dominado la escena desde finales del siglo XIX y principios del XX, cuando la lucha libre no existía de manera formal.

Con el tiempo, también, la lucha libre se nutriría de elementos folclóricos y definió su propia personalidad. Las funciones se convirtieron en la representación del conflicto cósmico entre el bien y el mal, encarnado por los luchadores rudos y técnicos, que se diferenciaban por su vestimenta, nombres y forma de pelear. Durante las décadas de 1950 y 1960, el deporte-espectáculo vivió su época de Oro, se construyeron más arenas en la Ciudad de México y en el interior de la República, de donde surgieron grandes estrellas como El Cavernario Galindo, El Lobo Negro y Wolf Ruvinskis, quienes además saltaron del *ring* a la televisión, la fotonovela y el cine, lo que permitió que algunos se convirtieran en verdaderos mitos como El Santo (*El Enmascarado de Plata*) y Blue Demon. Llegaron inclusive a fundar un género cinematográfico único en el mundo: el cine de luchadores, cargado de múltiples historias que desbordaban la imaginación, en donde los atletas además de enfrentarse en el cuadrilátero tenían que vencer el mal que ponía en jaque al mundo entero y provenía del espacio exterior o del inframundo.

La lucha libre se ha convertido en uno de los deportes predilectos de las clases populares urba-



nas en México. Los espectadores interactúan de manera directa con los luchadores, entre gritos, aplausos e inclusive insultos. En cada función se instaura un nuevo orden en donde se lleva a cabo una inversión de las normas que guían la convivencia social. Los golpes, la humillación del luchador odiado y la victoria del ídolo son las formas en las que el público obtiene la justicia de que muy pocas veces disfrutan en la vida real. A pesar de la introducción de nuevos elementos como las acrobacias y lances, la lucha libre mexicana no perdió la esencia nacionalista que tuvo desde su origen. Hoy en día, cuando los luchadores mexicanos se enfrentan contra extranjeros, el grito que refuerza la idea de identidad hace retumbar los muros de la Catedral de la Lucha Libre la Arena México: ¡México! ¡México!

PARA SABER MÁS:

RAÚL CRIOLLO y JOSÉ XAVIER NÁVAR, *¡Quiero ver sangre! Historia ilustrada del cine de luchadores*, México, UNAM, 2011.

ÁLVARO A. FERNÁNDEZ REYES, *Santo, el Enmascarado de Plata. Mito y realidad de un héroe mexicano moderno*, México, Conaculta-El Colegio de Michoacán, 2004.

LOURDES GROBET, *Espectacular de Lucha libre*, México, UNAM-Trilce Ediciones, 2005.

JANINA MÖBIUS, *Y detrás de la máscara... el pueblo. Lucha libre un espectáculo popular mexicano entre la tradición y la modernidad*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2007.

* http://www.cml.com/historia_cmll.htm

* *100 rifles*, Tom Gries, Estados Unidos, 1969, 110 min., dvd.

UNA SIDERÚRGICA EN MEDIO DE UN PALMAR

FRANCISCO ZAPATA

EL COLEGIO DE MÉXICO



El desarrollo del proyecto de la desembocadura del río Balsas guarda una relación estrecha con lo que fuera la estrategia de la industrialización por sustitución de importaciones. En los años iniciales del proceso de toma de decisiones (1968-1969), el estado mexicano se encontraba en la encrucijada de decidir nuevos caminos para el adelanto nacional.

Una de las decisiones centrales fue dar curso a la iniciativa que el general Lázaro Cárdenas había promovido desde que fuera gobernador de Michoacán (1932-1934) y presidente de la república (1934-1940), relativos a la valoración de los yacimientos de mineral de hierro de Las Truchas a través de la construcción de una planta siderúrgica.

Esa decisión, tomada en 1969 por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, fue refrendada en agosto de 1971 cuando el presidente Luis Echeverría acordó la instauración de la empresa Siderúrgica Las Truchas (SITSA) que, a la muerte del general Cárdenas en octubre de 1970, pasaría a llamarse Siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas (SICARTSA), su nombre actual.

Vale la pena recordar aquí que lo ocurrido entre 1968 y 1969 fue solo la culminación de procesos de toma de decisión relacionados con otros aspectos como fue la valoración del valle del río Tepalcatepec y del río Balsas mientras el general Cárdenas fue vocal ejecutivo de las comisiones de desarrollo de ambos ríos.

En efecto, los proyectos de irrigación generados por esas comisiones tuvieron gran importancia en la estrategia de desarrollo regional vinculada a las cuencas hidrológicas. Asimismo, en paralelo a la ejecución de esos proyectos hidráulicos, la Comisión Federal de Electricidad (CFE) había puesto en marcha la construcción de dos plantas hidroeléctricas en el curso del río Balsas: la de Infiernillo (en 1964) y la de La Villita (bautizada más tarde como José María Morelos, en 1971).

De manera que cuando se tomó la decisión de construir una planta siderúrgica en lo que fuera entonces el municipio de Melchor Ocampo del Balsas (rebautizado Lázaro Cárdenas en 1971), el escenario para que su viabilidad estuviera asegurada estaba montado. Faltaba todavía trazar carreteras de acceso desde Zihuatanejo y desde Nueva Italia, ampliar el aeropuerto y sobre todo planear



la distribución territorial en el propio municipio, tareas que se cumplieron entre 1971 y 1975, mientras se construía la siderúrgica que fue inaugurada en septiembre de 1976.

Es de interés mencionar aquí que la construcción de la planta fue dirigida por el ingeniero Adolfo Oribe de Alba, quién en ese momento tenía una larga trayectoria en el gobierno federal. Había sido uno de los creadores de la Comisión Nacional de Irrigación durante el sexenio cardenista y posteriormente secretario de Recursos Hidráulicos en el gobierno del presidente Miguel Alemán Valdés. Haber sido nombrado director general de SICARTSA en el momento de su construcción y haber compartido esa dirección con el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del general, sugiere que el proyecto descansó en una alianza política no siempre reconocida en México, la de cardenistas y alemanistas.

Esta imagen retrospectiva de la forma en que se fueron construyendo las diversas obras que permitieron que se produjera acero en la costa del estado de Michoacán permiten subrayar el carácter geopolítico del proyecto, dado que todo indica que se buscaba, no solo producir acero,



EL PRESIDENTE GUSTAVO DÍAZ ORDAZ (1967).

sino también integrar dicho territorio al espacio económico nacional. La estrecha vinculación entre las decisiones sobre irrigación, generación de energía eléctrica, fabricación de acero, construcción de carreteras y aeropuerto demuestra que lo que en la época aparecía desordenado, incoherente, fruto de delirios desarrollistas tuvo en realidad una lógica cuyo peso en el progreso del país se puede apreciar claramente hoy en día.

No obstante, a la luz del proceso descrito, y más allá de las decisiones relacionadas con la planta siderúrgica, hubo efectos inesperados, no previstos, como por ejemplo la intensificación de la migración hacia la desembocadura del Balsas, sin que ello fuera anticipado por los planes que se habían puesto en marcha. Tampoco se previó que esas migraciones iban a generar ocupaciones de terrenos y marginación. En efecto, no todos los que se fueron a la costa lograron conseguir empleo en la construcción y en la operación de la siderúrgica. Ya a partir de 1975, cuando todavía no comenzaba a operar la planta, empezaron a observarse las consecuencias inesperadas sobre el territorio, la disponibilidad de agua, el comportamiento del subsuelo marino, los flujos de contaminantes derivados de la producción de acero, en suma sobre todo lo que no estaba directamente vinculado al proyecto siderúrgico.

Apareció en ese momento la dimensión vo-

luntarista que poseían las decisiones en la etapa de la industrialización que se pretendía producir en la región, que tenían más que ver con prioridades nacionales que con el desarrollo local. Dichas decisiones emanaron de instancias del estado, por definición centralizadas, que focalizaban su atención en las repercusiones nacionales de los proyectos de desarrollo y no consideraban los impactos regionales y locales que esas decisiones podrían tener, inscritas más en la problemática del creciente déficit en la producción de acero de

México y por lo tanto en el imperativo de corregir esa situación a través del aumento de la capacidad instalada.

Existían además otros imperativos, ligados al aumento del consumo de electricidad, a su vez resultante del aumento de población en el país y su concentración en grandes ciudades. Y no por eso menos importante, se habían generado también frustraciones, desequilibrios entre el desarrollo económico y el desarrollo social que habían dado pie a la aparición de focos guerrilleros en Chihuahua (1965), al movimiento estudiantil de 1968 y al resurgimiento de la guerrilla en 1972, encabezada por el maestro rural Lucio Cabañas. Estos síntomas de insatisfacción por el modo de funcionamiento del sistema político que se ubicaron en la sierra de Guerrero, cercana a la desembocadura del Balsas, explican también el énfasis geopolítico que asumió el proyecto.

Lo señalado contribuye a dar contexto a la racionalidad con la que, en esos años, se buscó dar nueva vida a la industrialización por sustitución de importaciones, lo cual reflejaba la crisis de dicho modelo de desarrollo, que entró en su fase terminal en 1982 cuando se abrió un nuevo escenario, en el que las decisiones estatales cambiaron radicalmente de dirección. En efecto, las medidas de ajuste económico que se llevaron a cabo entre este año y 1988, en un clima de gran ines-

tabilidad macroeconómica pero también en un momento de transformaciones políticas, como la coyuntura electoral de 1988, implicaron a partir de 1989 una restructuración radical de la acción económica del Estado, una redefinición de su intervención en el desarrollo regional y el planteamiento de la privatización de las empresas estatales, en particular de las dos plantas siderúrgicas del país, Altos Hornos de México y SICARTSA,

la distribución de petróleo y la ampliación de las instalaciones del puerto. Estas decisiones fueron más allá de lo que había sido el proyecto original porque cambiaron el énfasis exclusivo en la satisfacción de la demanda nacional de acero, la que se cumplió con creces, sobre todo después de que en 1986 se cerrara la Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey. El polo fue uno de los lugares en que la economía mexicana se vinculó con



todo lo cual modificó las premisas sobre las cuales se habían construido las obras en la desembocadura del Balsas.

Así, entre 1989 y 1991, se decidió privatizar la planta siderúrgica, el puerto, la planta de fertilizantes y otras empresas de propiedad estatal. Al mismo tiempo, el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari, como parte de la estrategia de restructuración de la economía mexicana, apoyó nuevas inversiones en el polo de desarrollo Lázaro Cárdenas-Las Truchas. Entre éstas sobresalió la construcción de una planta de generación de electricidad en Petacalco, el fortalecimiento de

el nuevo escenario de globalización. Se amplió su horizonte al poner todas sus actividades productivas en el marco de la dinámica de la economía internacional.

SICARTSA.

Por ello es que se puede entender que la operación de la planta siderúrgica adquiriera una dimensión orientada hacia el exterior, transformándose en exportadora de acero a países tan lejanos como Arabia Saudita. También se puede entender que el puerto, originalmente diseñado para recibir materias primas para la operación de la siderúrgica, como el carbón, se transformara a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio

con Chile en 1991 en un eje de la política de liberalización comercial que culminó en 1993 con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

El polo de Lázaro Cárdenas-Las Truchas se convirtió en un laboratorio del cambio de modelo de desarrollo, cerrando el ciclo de la industrialización por sustitución de importaciones y abriendo el de la transnacionalización del mercado interno. Esta evolución se hizo todavía más visible cuando en 2001, quienes habían adquirido la siderúrgica en la dinámica privatizadora del comienzo de los años 1990, la vendieron a Mittal, empresa multinacional de nacionalidad india, lo que no hizo sino reforzar la dinámica exportadora de la planta, colocándola en un espacio global en dónde lo que produce está estrechamente vinculado a la estrategia mundial de la empresa, sin que ello implique que no siga abasteciendo el mercado interno.

En cuanto al impacto social del polo, cabe recordar que las transformaciones demográficas, agrarias y urbanas que se iniciaron en 1974 se profundizaron y dieron lugar a la formación de un espacio densamente poblado por la inmigración masiva, a raíz de lo cual el municipio aumentó su población de 20 mil a 150 mil habitantes en el período 1970-1990. La preparación de la privatización de las plantas estatales incluyó decisiones para despedir personal, las que fueron selectivas y estuvieron enfocadas en áreas no ligadas de forma directa a la producción. Afectaron sobre todo a los trabajadores no calificados y a los jóvenes, tanto en edad como en antigüedad y contribuyeron a agravar las condiciones de marginación de todos aquellos sin un vínculo formal



con el trabajo industrial. No obstante, es importante mencionar que muchos de los trabajadores despedidos entre 1989 y 1991 no abandonaron la región. Muchos fueron recontratados por las empresas contratistas a cargo del mantenimiento, la limpieza, el transporte y otras actividades que fueron desligadas de las responsabilidades productivas directas. La subcontratación permitió lograr mayor flexibilidad en la administración de los recursos humanos, en especial respecto a la contratación y el despido, así como en la capacitación. Permitió también la flexibilización de las condiciones de trabajo: salarios, horas de trabajo, seguridad social y otras prestaciones que no estaban limitadas a los mínimos legales ni estaban sujetas a cláusulas contractuales, porque los subcontratistas no tenían sindicatos.



EL RÍO
BALSAS A LA
ALTURA DE
COYUYA DE
CATALÁN,
GRO.

Al mismo tiempo, la modernización tecnológica que había tenido lugar entre 1982 y 1990 implicó que la empresa conservara a los empleados cuya formación técnica aseguraba su operación eficiente. Además, el carácter continuo del proceso productivo impuso restricciones a la flexibilización de la fuerza de trabajo porque la planta requería personal permanente que pudiera supervisar los equipos de cómputo en tiempo real y que pudiera mantener el flujo del proceso en áreas como el alto horno y los laminadores.

Es a partir de la evolución del microcosmos que fue la construcción de una planta siderúrgica en un territorio cargado de historia política, como es Michoacán, que se puede concluir que las decisiones que parecen tener solo connotaciones económicas deben ser siempre contextuali-

zadas en el espacio político en el que se toman, especialmente en el caso de México.

PARA SABER MÁS:

ILÁN BIZBERG, *La acción obrera en Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1982.

ILÁN BIZBERG y FRANCISCO ZAPATA, "Conciencia obrera y participación sindical en Las Truchas", *Estudios Sociológicos*, 1984, en http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/QLJL8EUBKLTG6ULME-G53P3KA2EF7CG.pdf

RAINER GODAU SCHUCKING, *Estado y acero. Historia política de Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1980.

NELSON MINELLO y ARÍSTIDES RIVERA, *Siderúrgica Lázaro Cárdenas. Historia de una empresa*, México, El Colegio de México, 1982.

FRANCISCO ZAPATA *et al.*, *Las Truchas: acero y sociedad en México*, México, El Colegio de México, 1978.

* También existen varios artículos en revistas como *Comercio Exterior*, *Estudios Sociológicos*, y otras.

A lomos de la Revolución

Las portadas del semanario *Siempre!* en los aniversarios del 20 de noviembre (1960-1985)

Lara Campos Pérez

Escuela Nacional
de Antropología
e Historia/
Universidad
Complutense
de Madrid



Como todo proceso histórico convertido en argumento político, la Revolución de 1910 ha experimentado, a más de cien años de su estallido, múltiples y variadas lecturas. Las sucesivas reinterpretaciones en torno a qué fue y qué significó este acontecimiento en la vida presente del país y qué consecuencias iba a tener en sus expectativas de futuro fueron encontrando momentos de cristalización en las conmemoraciones anuales de su inicio, cada 20 de noviembre, pues éstas brindaban el espacio simbólico adecuado para este tipo de reflexiones. Si durante los años siguientes al final de la fase armada, debido tanto a la inestabilidad política como a las múltiples lecturas de que fue objeto, la atención a este recién creado mito político fue escasa, a partir de la década de los 30, cuando se institucionalizan oficialmente los festejos conmemorativos, fue adquiriendo cada vez mayor espacio en el imaginario, hasta llegar a ocupar un lugar he-

gemónico en las décadas de los 60 y 70. Sin embargo, al mismo tiempo que se consolidaba como mito contemporáneo de la nación mexicana fueron surgiendo opiniones discrepantes, tanto respecto a lo que había sido la Revolución en sí, como a los usos que de ella hacía la clase gobernante en turno.

Una de esas voces discordantes fue la que quedó plasmada tanto en los textos como en las imágenes del semanario *Siempre!*. Esta revista, que se sigue publicando todavía hoy y que ha contado entre sus dibujantes con figuras tan relevantes como Antonio Arias Bernal, Jorge Carreño o Jorge Aviñas, fue fundada en 1953 por el periodista José Pagés Llergo. Desde que salió a la luz, lo hizo con la intención, como señaló su director en el primer número (27 de junio de 1953), de ser imparcial y crítica en los

asuntos sociales y políticos que iría abordando a través de sus páginas; una crítica que se fue volviendo paulatinamente más dura y descarnada en relación al grupo en el poder que se había arrogado el privilegio de gestionar la memoria y la herencia de la Revolución de 1910. Las portadas del semanario *Siempre!*, conocidas y comentadas por aquellos sectores sociales interesados en la vida política del país, muestran, en el periodo que transcurre entre 1960 y 1985, las metáforas visuales más habituales con las que este medio de comunicación identificó a la Revolución, al mismo tiempo que nos permiten percibir las transformaciones que se produjeron respecto tanto a su significado, como a los usos políticos que se hicieron de ella.

Sin duda, la metáfora visual más recurrente para representar la idea de la Revolución en esta publicación fue el caballo. Este animal, que ya contaba con una tradición en la representación de este momento histórico y que además formaba parte casi indiscutible de la imagen de dos de sus grandes protagonistas populares –Emiliano Zapata, la mayoría de las veces representado como jinete, y Francisco Villa, convertido en el *centauro* (mitad hombre, mitad caballo) del Norte– presenta una serie de características que permitían al ilustrador de las portadas de esta revista jugar respecto a sus interpretaciones. Como animal domesticado, el principal servicio que el caballo proporciona al hombre reside en su fuerza, tanto para cargar cosas o personas, como para arrastrar otros objetos como carruajes; a diferencia de otros animales, el caballo parece carecer de una inteligencia propia, es manso y obediente y, por tanto, necesita de alguien que tire de sus riendas para que no equivoque el camino; pero cuando se desboca y queda fuera de control llega a ser peligroso, pues esa misma fuerza que normalmente está al servicio del hombre se vuelve de forma repentina en su contra.

El caballo como metáfora de la Revolución protagonizó 8 de las 25 portadas que estamos analizando. Sin embargo, este noble animal no siempre presentó el mismo aspecto. En 1962, pocos meses después de que, tras su visita al país, Kennedy declarara que México y Estados Unidos compartían los mismos objetivos tanto políticos como económicos, el semanario *Siempre!* publicó, con motivo del





aniversario del 20 de noviembre, la siguiente ilustración (figura 1, en pág. 46 izq.). Sobre el escueto texto *Ahora otros montan el caballo de la revolución* se mostraba un caballo, fornido en su envergadura, aunque con gesto suspicaz, a cuyo lomo estaban subidos tres individuos. Por su gesto y vestimenta, estos tres hombres estaban muy lejos de la imagen del revolucionario de 1910. Se acercaban mucho más, por el contrario, a la del burgués capitalista contra el que la Revolución se había —teóricamente— alzado en armas, pero que parecía estar regresando con esa supuesta identificación entre los sistemas económicos de México y Estados Unidos. Sus gafas de pasta, la robustez de sus cuerpos y, sobre todo, el puro que el primero de ellos se lleva a los labios responden, sin lugar a muchas dudas, al estereotipo de este segmento de la sociedad. Completando la escena, en la esquina inferior izquierda, se sitúa la imagen del personaje que sí remite —aunque con bastante ironía— a la figura del revolucionario clásico y que podríamos identificar con la idea de pueblo. Con sus huaraches, sus cananas, su sombrero y su fusil, este hombre mira con asombro a los nuevos jinetes de la Revolución. Ya bajado del caballo, su único poder reside en que sigue siendo él quien lleva las riendas y parece contar, además, con la aquiescencia del caballo (de la Revolución en su espíritu), que no parece estar muy contento con los nuevos personajes que se le han echado encima.

Dos años más tarde, en 1964, coincidiendo con el final de la presidencia de López Mateos, el

caballo de la Revolución presentaba un aspecto bien distinto (figura 2, pág. 46 der.). Convertido en un objeto inanimado, en un balancín de pequeñas dimensiones, el caballo había perdido por completo una de sus principales cualidades: su capacidad de fuerza y de movimiento autónomo, que habían quedado supeditadas en esta escena al orondo personaje que lo montaba, quien además, tiraba también de sus riendas. Este personaje, de nuevo identificado con la idea del burgués capitalista por las gafas, el puro y el anillo que brilla en su dedo meñique, parece haber arrebatado de forma indebida el juguete (es decir, la Revolución y su valor simbólico) al niño —representación del pueblo mexicano— que tiene en frente, quien lo mira con indignación e impaciencia.

La pasividad de ese caballo revolucionario se puso, sin embargo, en cuestión en 1973, cuando, debido a las protestas estudiantiles que venían produciéndose desde 1968, para el ilustrador de las portadas de *Siempre!* había cabida para un resurgimiento del brío y la fortaleza del animal. En ese año (figura 3, pág. 47, arriba)), la portada del semanario mostraba un caballo semi-desbocado del que salían volando las figuras de los burgueses que en ilustraciones anteriores lo habían montado. La potencia del animal quedaba representada no sólo en la polvareda bajo sus patas delanteras o en la coza que estaba propinando con las traseras, sino en el gesto





iracundo de sus ojos y de su hocico. La Revolución aquí no estaba jugando y lanzaba fuera de su lomo a los jinetes que indebidamente se le habían subido. A pesar de su bravura, el caballo estaba sujeto por una rienda, que asía con tranquilidad el personaje identificado con el pueblo situado en segundo plano.

Sin embargo, este arranque de pasión revolucionaria se esfumó poco tiempo más tarde. En 1975, la portada que *Siempre!* dedicaba al aniversario de la Revolución, volvía a recurrir a la metáfora del caballo, pero en este caso, con un aspecto mucho más enclenque (figura 4, pág. 47 en medio). Haciendo verdaderos esfuerzos para mantenerse parado sobre sus cuatro patas, el animal cargaba sobre sí ya no sólo a los burgueses que se había quitado de encima dos años antes –sobre cuyos hombros y cabezas había subidas a su vez otras figuras–, sino también al trabajador obrero, que, sin espacio en el lomo sobre el que sentarse, se había trepado al cuello; y al campesino, es decir, el pueblo mexicano, que, significativamente situado en la grupa del animal, estaba volteado hacia el lado contrario en el que éste caminaba, dando a entender las direcciones opuestas que habían tomado la Revolución en cuanto que actuación política respecto de la Revolución como realidad social.

Seis años más tarde, en 1981, en la antesala de las elecciones presidenciales que darían la victoria por octava vez al candidato del PRI, la Revolución aparecía nuevamente representada como un ser

inanimado –y, por lo tanto, inexpresivo–, un caballo de madera con las patas clavadas sobre una tarima, que cargaba sobre sí a un número excesivo de jinetes (figura 5, pág. 47 abajo). A diferencia de lo visto en otras ilustraciones, quienes estaban en esta ocasión subidos a lomos de la Revolución eran los representantes de los partidos políticos que se estaban disputando la victoria en los siguientes comicios. Todos ellos eran mostrados como niños, aunque con edades distintas, quizás en alusión al tiempo de existencia del partido dentro de la arena política. El primero de los jinetes, identificado con el PRI por la gorra, se aferraba con obstinación al cuello del animal, mostrando no sólo su clara negativa a bajarse, sino también su desagrado por tener que compartir el juguete.

Para el 75 aniversario de la Revolución, la posición de la revista *Siempre!* respecto a la instrumentalización que habían hecho de ella los gobernantes era evidente (figura 6, pág. 48 arriba)). En la portada de ese año, sobre el escueto texto *Otra vez se subió al caballo*, se representaba un animal famélico y con las patas a punto de quebrarse, que sostenía sobre su lomo a un hombre extremadamente obeso. Con una indumentaria distinta a la del burgués de las décadas anteriores, este orondo personaje había colocado sobre su ropa a la moda aquellos elementos que lo identificaban de forma simbólica con la Revolución de 1910: las cananas y un sombrero en



el que había una referencia expresa a la efeméride que se celebraba; sin embargo, ambas cosas parecían tener un aspecto impostado, como de disfraz; la solemnidad del mito fundacional había servido para engordar a quienes habían sabido gestionar su memoria a través de la política, mientras que el pueblo, representado a través de la figura situada en la grupa, era aplastado, asfixiado y, prácticamente, sacado del lomo del animal. A ese pueblo ya ni siquiera le quedaba el poder de llevar las riendas.

Aunque esta metáfora ecuestre fue, como señalábamos, la más frecuente en estos 25 años, hubo también otras que, por su significado y recurrencia, merecen la pena ser mencionadas: una de ellas fue la identificación de la Revolución con un hombre viejo (a la que se le dedicaron cuatro portadas) y otra, la de una mujer (tres portadas). Respecto a lo primero, la figura del hombre viejo, lejos de aludir a la experiencia o al conocimiento que proporciona el paso de los años, esta imagen fue utilizada por regla general de manera muy irónica para mostrar el distanciamiento emocional que se estaba produciendo entre la manera en que se estaba gestionando la idea y la memoria de la Revolución y las transformaciones de identidad que estaba experimentando la sociedad mexicana. La portada del aniversario del 20 de noviembre de 1984 da buena cuenta de ello (figura 7, pág. 48 abajo). En el primer plano de la ilustración, la figura del revolucionario —medianamente modernizado en su indumentaria, puesto que ha dejado la ropa de manta y lleva una camisa de colores y un pantalón de mezclilla— encoje los hombros en gesto de asombro e incompreensión respecto a lo que aparece a su espalda, donde un grupo de jóvenes con el cabello largo, la camisa abierta y las guitarras eléctricas parecen protagonizar esa *nueva revolución*, en la que ya no habría espacio para la imagen anticuada y desfasada del revolucionario con su guitarra acústica. La misma figura del revo-

lucionario viejo durmiendo el *sueño imposible* había sido publicada un año antes, en 1983 (figura 8, pág. 49 arriba), en este caso haciendo alusión a la escasa presencia de los principios revolucionarios en la resolución de los problemas presentes del país.

Una idea semejante, pero sin la presencia del hombre viejo, había quedado plasmada ya en 1976 mediante la identificación de la Revolución con un dinosaurio (figura 9, pág. 49 abajo). Esta metáfora, que será empleada posteriormente con asiduidad para hacer referencia a la presencia del PRI en el poder, situaba los acontecimientos de 1910 no sólo como objetos para museo, sino como pertenecientes a un tiempo remoto y, por lo tanto, alejados de cualquier posible empatía con el presente. El dinosaurio, que posa con cananas, fusil y sombrero sobre un pedestal del INAH, es observado por un grupo de visitantes relativamente jóvenes que se acercan a él con expresión anodina o, cuando mucho, suspicaz. Lo que ven ahí, en todo caso, no parece despertarles ningún entusiasmo.

Una vuelta de tuerca respecto a esta idea quedó reflejada en la portada de 1980 (figura 10, en esta página). En esta ocasión ya no es sólo indiferencia, sino abierta oposición y hostilidad lo que expresa el grupo de jóvenes que forman parte de la escena. La Revolución, representada a través del monumento dedicado a ella, es un edificio imponente y macizo que se eleva hacia un cielo lleno de nubes negras, tal vez como augurio de su porvenir. Sobre sus paredes, los jóvenes que se alejan con paso decidido y enojado, han dejado expresado en *grafittis* su opinión sobre ella. El mito de la Revolución ya no solamente produce alejamiento entre las generaciones jóvenes de mexicanos nacidos décadas después de los años de la guerra y de la posguerra, sino franca indignación y sensación de hastío.

La otra metáfora recurrente, la de la figura femenina, contaba con cierta tradición como representación alegórica de este acontecimiento histórico.



Igual que en el siglo XIX había ocurrido con la idea de nación, la Revolución —o incluso más, la idea de una nación revolucionaria— respondía fácilmente (ya desde el género mismo del sustantivo) a este tipo de representaciones. Sin embargo, es claro que las figuras femeninas alegóricas de la Revolución, igual que los caballos antes analizados, no presentaron siempre el mismo aspecto.

En 1960, año de conmemoración de un aniversario redondo, el cincuentenario, y en pleno desarrollo de la Guerra Fría en el orden mundial, la portada de *Siempre!* representó a la Revolución a través de la imagen de una mujer joven con cananas sobre el pecho, fusil en la mano y cabello suelto (figura 11, en esta pág. arriba). Esta figura, que recuerda en gran medida los estereotipos que la industria cinematográfica había alentado en las décadas previas, aparecía en un movimiento que parece sugerir un baile, mismo que estaría ejecutando entre las dos pequeñas figuras masculinas que se encuentran a sus pies y que fácilmente podemos identificar por su indumentaria con el comunismo y el capitalismo. En esta imagen, la Revolución mexicana, identificada con una mujer solemne, aguerrida y libre, se podía permitir elegir la pareja con quien quería bailar en el escenario



con ello a la degradación en la idea de la Revolución que hemos visto en las series de imágenes anteriores—, sino también al hecho de que la escena en la que aparecía inserta hacía referencia a la política interior del país (figura 12, abajo izq.). En esta portada de

1979, la Revolución es una mujer obesa y frívola, a la que reconocemos por las cananas, el fusil y el gorro, que parece utilizar a modo de adorno, igual que los anillos, pulseras y colgantes que lleva pue-



tos. Frente a la opulencia de esta figura, contrasta el personaje pequeño y delgado que la sostiene sobre sus hombros y que vendría a ocupar el lugar que el caballo en otras ilustraciones. Este hombrecillo vestido de blanco, identificado con el pueblo, presenta un gesto en su rostro entre el esfuerzo y el enojo, que contrasta asimismo con la actitud risueña y animosa de la oronda Revolución.

En este acercamiento a la construcción visual de la idea de Revolución en México en los 25 años transcurridos entre 1960 y 1985, las portadas del semanario *Siempre!* nos permiten conocer no sólo algunas de las metáforas más recurrentes que se emplearon para identificar este hito histórico, sino también cómo fue cambiando la percepción general que se tenía de él en el segmento ideológico del que se hacía eco esta revista. Si a principios de la década de los 60 la imagen de la idea de la Revolución todavía expresaba cierta dignidad, al iniciar la década de los 80 se había perdido todo el respeto hacia un mito histórico que ya no parecía representar a muchos y además se había convertido en una carga demasiado pesada.

PARA SABER MÁS:

JAVIER GARCÍA DIEGO, “La Revolución mexicana: distintas perspectivas”, *Historia mexicana*, vol. LX, n° 2, 2010.

DAVID E. LOERY, “The problema of Order and the Invention of Revolution Day, 1920s-1940s”, en WILLIAM BEEZLEY y DAVID E. LOERY (coords.), *¡Viva México! ¡Viva la Independencia! Celebrations of September 16*, Delaware, A Scholarly Resources, 2000.

JAIME SOLER FROST (ed.), *Los pinceles de la historia. La arqueología del régimen: 1910-1955*, México, Munal, 2003.

* Película: *Reed. México insurgente*, dir. Paul Leduc, 1973.

Un día en los oficios de la calle



David Israel Pérez Aznar

Curador del Museo de Arte Popular

La identidad de un país tiene que ver con sus olores, sus sabores, sus sonidos, su cultura y su gente. En las particularidades de una urbe como México destacan los sonidos de aviones cruzando el cielo, el claxon de impacientes automovilistas, el rugido de las motocicletas, el silbato de los agentes de tránsito, y el pregón de quienes aún encuentran espacio para el desempeño de sus oficios: el vendedor de camotes que acompaña el anuncio de su mercancía con el silbido de su carrito; el de tamales, que ya no usa su propia voz, sino una grabación que puede amplificar el llamado a los clientes en decibeles que las cuerdas vocales no podrían alcanzar; el de pan, cuya canasta –raras veces sobre su cabeza–, descansa ahora en un triciclo con mayor estabilidad que la bicicleta; el afilador de cuchillos y tijeras que emite un peculiar sonido; el voceador que en cada esquina ofrece sus periódicos, o el vendedor de helados que recorre las calles con sus tintineantes campanillas. Aunque son varios los oficios que aún forman parte del paisaje citadino, lo cierto es que muchos ya se fueron para siempre.

En México los oficios tal y como hoy los conocemos provienen de la época virreinal, cuando gran parte de la vida laboral se segmenta y aparecen los gremios o las cofradías de oficios, modelos importados del sistema laboral europeo. Fueron organizaciones de profesionales que hacia el exterior velaban por el bien hacer de los cofrades, combatían a quienes no sabían ejercer el oficio y estaban alertas a los precios de venta del producto que manufacturaban.



SERENO
(SIGLO XIX).



Hacia su interior eran jerárquicos y algunas llegaron a ser muy poderosas, como la de los plateros.

El tiempo de aprendizaje de un oficio, para llegar a conseguir la licencia de oficial, dependía de lo complejo de la especialidad y la aptitud del aspirante. Aunque es cierto que los maestros contaban siempre con transmitir su conocimiento a sus hijos o allegados, dando de esta forma origen a las tradicionales sagas familiares, esta actitud, lejos de ser romántica, tuvo como fin primordial evitar la competencia.

Los oficios surgieron junto con los seres humanos, para cubrir sus necesidades, y nuestra evolución como sociedad ha sido responsable de su auge o desaparición. Quien ejerce un oficio ha de ser dúctil porque su trabajo se rige por las estrictas leyes de la oferta y la demanda impuestas por el consumidor; si no está dispuesto a cambiar quizá se acabe silenciosamente y por eso no ha de extrañarnos que, por más que los recordemos con nostalgia, algunos hayan desaparecido. Dos claros ejemplos son los aguadores y los serenos. Los primeros abastecían de agua a las casas, acarreándola desde las fuentes más cercanas; su extinción fue un hecho en el instante mismo en que se planeó y ejecutó una red de bombeo de agua corriente desde Xochimilco a la ciudad

ZAPATERO
REMENDÓN
(SIGLO XIX).

de México en 1913. Los segundos eran trabajadores al servicio del Ayuntamiento de la capital, que durante las noches vigilaban determinadas calles dentro de una colonia y por eso debían mantenerse *sere-nos* (despiertos); algunos llegaban incluso a tener las llaves de los pórticos de las casas. Sin embargo, algo tan natural para nosotros como es la iluminación nocturna de la ciudad liquidó a todas las personas que se dedicaban a ello. Otro oficio extinto es el de colchonero; antaño los colchones estaban rellenos de lana que se apelmazaba, después de un uso con-

AFILADOR.

tinuado; era entonces cuando intervenía aquel cuyo trabajo consistía en extraer el relleno y *varearlo* (sacudirlo con varas) para devolverle la comodidad del primer día. La llegada de los materiales sintéticos y la invención de los colchones de muelles lo sumieron en el olvido.

Otros oficios han evolucionado para poder sobrevivir, debido a su

necesidad insustituible o porque la tecnología los ha llevado a una reconversión obligada. Un ejemplo es el del barbero, cuya labor ha sufrido variantes a lo largo de los siglos. En sus orígenes era posible afeitarse con ellos, sacarse muelas, vendarse úlceras e incluso, hacerse sangrías curativas. Con la aparición de especializaciones universitarias —como la de cirujano dentista—, los barberos se ocuparon únicamente del cabello y la barba de sus clientes. En la actualidad la comercialización de instrumentos para afeitarse en casa los relegó de hecho al exclusivo cuidado del cabello masculino con un estilo tradicional. La irrupción en el mercado laboral de la mujer terminó por arrinconarlos, siendo ella quien se puso a la vanguardia al innovar y desarrollar estilos de corte y peinado más contemporáneos y hasta modi-

ficando la denominación de peluquería por estética.

Se podría hablar también del fotógrafo, oficio que ha ido de la mano de la innovación tecnológica y debe a ella sus transformaciones y existencia. La fotografía que nació como un artículo exclusivo de las clases más pudientes: poco a poco fue integrándose en la vida diaria y conforme avanzó su desarrollo, nuevas especializaciones profesionales fueron colándose, como la fotografía periodística o la documental, además del retrato tradicional.

La evolución del oficio de fotógrafo ha sido tan-

to en los procesos como en las aplicaciones. El fotógrafo que trabajaba con cámaras réflex hacía combinaciones de sensibilidad y exposición que iban después acompañados de un arduo trabajo de laboratorio, lo cual está prácticamente en desuso. Así, los fotógrafos químicos están desapareciendo debido a que las tecnologías digitales han democratizado la fotografía hasta llevarla al “hazlo tú mismo”. Quedan todavía unos cuantos practicantes de la técnica gelatina/plata



al igual que de la complicada iluminación con óleo de las fotografías en blanco y negro, especialidades que ahora se hallan en franco retroceso comercial, pero están siendo utilizadas como medio de expresión artística, como ocurrió con los litógrafos al inventarse la impresión *offset*. El arte de la iluminación de fotografías es algo de verdad excepcional; el proceso puede alargarse un mes y medio desde que se realiza la toma y se ven las pruebas para seleccionar cuál se revelará en blanco y negro al tamaño deseado. Después se debe virar a tono sepia y entonces comienza la delicada tarea de la iluminación, es decir, de aplicar color a una fotografía que carece de él.

Un ejemplo de todo lo anterior es el señor Fernando Ochoa, quien en su pequeño local de la avenida Arcos de Belén en la ciudad de México ha foto-



grafiado desde 1943 a centenares de quinceañeras, matrimonios, graduados, bebés y familias.

La exposición: “Maistro ¿y si no puede? Se lo invento. Un día en los oficios de la calle”, presentada en el Museo de Arte Popular de la ciudad de México, mostró el devenir en las vidas de muchos oficios de Tepito, suerte de refugio para varios de ellos, así como lo estoico, el empuje y el sacrificio por mantener su dignidad de quienes los desempeñan.

El barrio de Tepito es curioso porque ejerce sobre el visitante una especie de sentimiento ambivalente: fascinación y rechazo. Es un lugar intrincado y conflictivo, como si cierta parte de la civilización no hubiera penetrado y su transformación no se hu-

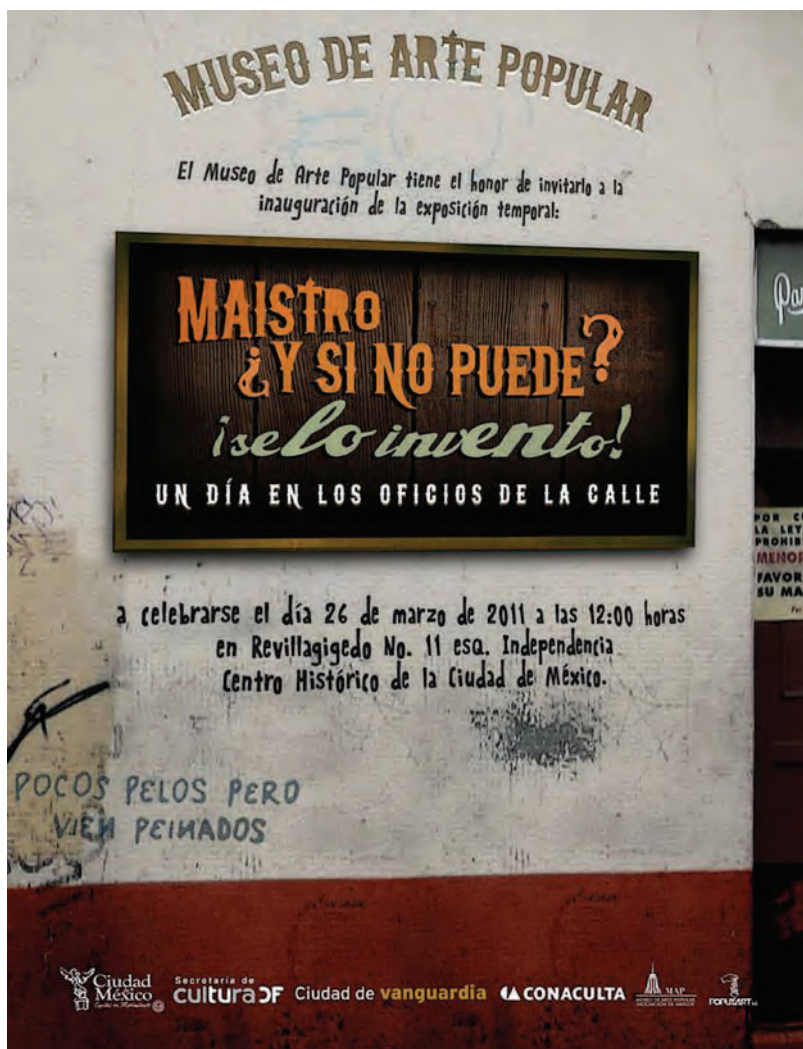


biese dado en paralelo a la del resto de la ciudad. La realidad es que esta zona comercial, antes preñada de pequeños talleres de toda naturaleza, se ha visto degradada por la irrupción de negocios bastante más lucrativos, pero no tan dignos. La reclamación de una asociación cultural del barrio era en ese sentido: los jóvenes al no tener oficios ni educación se lanzan a los brazos del dinero fácil, sirven de carna-



da, acabaron con una generación de chavos que han encontrado en el negocio ilegal (de cualquier índole) su forma de vida, ya no producen nada, no crean, sólo intercambian mercancía.

Sin embargo, en los recorridos por el barrio aún se encuentra a gente verdaderamente ejemplar. Allí, en el corazón de Tepito vive y trabaja Silvia Hernández, una de las últimas afinadoras de los tradicionales organillos. Es nieta de *Pomposo Ganoa*, quien llegó a tener 250 de ellos en México y que los rentaba por día a los organilleros. Silvia realiza la misma labor hoy en día, además de que los arregla y los cuida con primor, pero ya sólo cuenta con trece porque con el paso del tiempo se han estropeado o “me los han robado” —decía con tristeza. Estos instrumentos llegaron importados de Europa a finales del siglo XIX y desde entonces han sido fondo sonoro en muchas conversaciones que se sostienen en las calles y los cafés del centro histórico de la ciudad.



cercanos; aunque él no trabajó en las calles como sus antepasados, sí conserva una piedra montada sobre una suerte de armazón de madera que la hace móvil y compró a un afilador gallego que vino de Chile a México, trabajando en todos los lugares por donde pasó en su camino.

Frente al local de Gilberto Bueno se encuentra la zapatería Shibata, dirigida por Cristina Galicia, especialista en diseño y fabricación de calzado para baile, a la medida. Hay zapatos discretos, pero por lo general son una fiesta, los brillos charolados se combinan con pieles exóticas, tacones vertiginosos y punteras reforzadas para que puedan resistir largas jornadas de baile en los salones tradicionales de danza como Los Ángeles o el California.

En la misma calle se encuentra Salvador Gallardo, ejemplo de renovación laboral. Su historia es curiosa; en su juventud fue ebanista y en la década de 1950 abrió un

Cerca de Silvia Hernández se halla Ramiro, oriundo de Michoacán, quien lleva 40 años de residir en la calle Aztecas, donde en un impoluto establecimiento ofrece a su distinguida clientela una frugal selección de tacos. Gusta de sentarse con los visitantes y amenizarles la comida con sus habilidades de gran conversador, desde luego haciendo honor a la frase que tiene por lema en su restaurante: “Es agradable ser importante, pero es más importante ser agradable”.

A varias cuadras, en la calle Peralvillo, está Gilberto Bueno, afilador de tercera generación, quien siente auténtica devoción por su oficio; el cuidado y la destreza con la que trabaja los cuchillos son dignos del escultor que trabaja el mármol máspreciado. En su local recibe los cuchillos de los mercados

almacén de refacciones para automóviles estadounidenses, pero la victoria de la electrónica en el diseño automotriz destinó muchas de aquellas refacciones al desahucio. Salvador, como persona creativa, reutilizó el material y gracias a su conocimiento de la



ebanistería, comenzó a diseñar y construir muebles con los objetos ya inútiles en desuso. Las mesas y sillas no son ergonómicas ni las más cómodas del mundo, si bien es cierto que sirven. Todos los muebles que tiene en su domicilio están hechos de este material singular.

Hay que mencionar a Raciél Gómez, rotulista muy conocido en el ambiente tepiteño; diestro pintor que puede reproducir la más compleja tipografía en el tamaño deseado por el cliente y sobre cualquier material. Y es que asombran el trazo ágil y sobre todo la capacidad matemática con que a ojo los rotulistas encajan y multiplican su modelo para adaptarlo al espacio donde han de representarlo. Su oficio es otro de los que está cayendo en desuso, sobre todo en las ciudades, siendo sustituido por la impresión en *offset*, serigrafía o digital. Es “otro muralismo”, como lo llamó una revista especializada, el cual forma parte del paisaje plástico del país.

No hay que olvidar a José Luis Jerónimo, merengero de profesión y vendedor excepcional; su taller se encuentra en el cerro del Peñón de los Baños, junto al aeropuerto capitalino. Diariamente, a las 7 de la mañana, comienza su liturgia de producción, a fin de hacer los 150 merengues que a diario suele ofrecer, una vez que baja caminando con su mercancía hasta el mercado de la Merced. Probar un *gaznate* resulta algo espectacular: la suavidad del merengue contrasta con lo crujiente de la masa frita en el paladar y a esto debe añadirse un olor amable y fresco. José Luis suele añadir pulque fresco a la mezcla, bendición necesaria para poner las claras de huevo a *punto de turrón*, es decir que claras y pulque se baten enérgicamente, luego se les agrega azúcar en tandas, sin detener el batido. Los tres productos forman una espuma cuya textura, a la vez vaporosa y compacta, se introduce en “duyas” de plástico para



Masa para gaznates

Se hace una masa sin agua con media libra de harina de flor, doce yemas de huevos, un poco de sal y otra poca de mantequilla: esta masa se extiende con el palote y se fríe enroscada en mantequilla templada; y se rellena de la pasta que se quiera.

Nueva cocinera mexicana:

ó, Excelente colección de las mejores recetas, México, Luis Heredia, 1841.

facilitar el relleno de los gaznates. Agregamos a esta receta otra para preparar la masa, originaria de 1841.

Sirvan estos ejemplos para mostrar la compleja y tupida red de oficios aún existente, gracias a estos pequeños empresarios, estructura que de acuerdo con los datos del

Instituto Nacional de Estadística y Geografía es la que sigue: “en México existen aproximadamente 4’ 015,000 unidades empresariales, de las cuales 99.8% son PYMES que generan 52% del Producto Interno Bruto (PIB) y 72% del empleo en el país”.

Las cifras son reveladoras.

Tanto los oficios que aún se practican en la ciudad como sus trabajadores forman parte del paisaje de nuestra ciudad, que ya muchos no se molestan en mirar. Pero nada de lo dicho fue inventado, todo está en la calle, todos ellos están para atender al cliente que les da trabajo. Se acusa a los grandes centros comerciales y al frenesí de la vida citadina de ser responsables de la extinción de los oficios y del pequeño comercio en general, pero en realidad la gran culpa es del público. Somos nosotros quienes decidimos quién nos arregla los zapatos, dónde compramos el pescado, quién nos surte el periódico, el jugo de la mañana, o si elegimos comer un tamal o pedir una *pizza*.

PARA SABER MÁS:

“¿Y si no puede?” Se lo invento. Un día en los oficios de la calle, en MADAME CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida en México: durante una residencia de dos años en ese país*, México, Rey Lear, 2007.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN, *Las calles de México*, México, Botas & Alonso, 2005.

<http://www.youtube.com/watch?v=sjmVH-RvRao>

SALVADOR NOVO, *Nueva Grandeza Mexicana*, México, Conaculta, 1999.

ARMANDO RAMÍREZ, *Fantasmas*, México, Océano, 2011.

ARTEMIO DEL VALLE ARIZPE, *El canillitas*, México, Conaculta, 2007.

DOS MIRADAS
AL SITIO DE CUAUTLA:
Bustamante y Alamán





José María Morelos y Pavón era, en 1812, el dolor de cabeza de las autoridades peninsulares. La muerte de Miguel Hidalgo el año anterior había enardecido más la guerra contra las huestes insurgentes, con Morelos al frente. El orden en sus tropas, la táctica militar bien llevada, las victorias continuas hicieron que el virrey designara al destacado militar Félix María Calleja como su perseguidor. Fue así que éste se concentró en él y su ejército como únicos objetivos. Siguió sus pasos, estudió sus movimientos, le dedicó tiempo y cuando Morelos y sus hombres se asentaron en Cuautla, decidió enfrentarlos. Los sitió, los obligó durante 72 días a vivir entre la muerte, el hambre y el sufrimiento, del 19 de febrero al 1° de mayo de 1812. Los dos jefes, el insurgente y el realista, pusieron en marcha sus mejores talentos para oponerse como enemigos, para alcanzar el triunfo.

< MORELOS POR CLAUDIO LINATI (1828).

Ese pasaje de nuestra historia fue captado por dos escritores que narraron en sus obras dos versiones de lo que aconteció entonces y del significado de ese episodio que mostró la lucha de dos hombres por sus ideales: para uno la insurgencia, para otro, la fidelidad a la metrópoli.

CARLOS
MARÍA DE
BUSTAMANTE (1836).

Veamos pues como nos describen este hecho Carlos María de Bustamante en su Cuadro histórico de la Revolución Mexicana, y Lucas Alamán en la Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente [1840].

**Guadalupe Villa y Laura
Suárez de la Torre**
Instituto Mora

La mirada de Bustamante

Carlos María de Bustamante fue un abogado, periodista, político e historiador nacido en Oaxaca en 1774. Fundó diversos periódicos, entre los que destacan el *Diario de México* y *El Correo del Sur*. Se sumó a la guerra de Independencia y fue diputado al Congreso de Chilpancingo, sitio en el que escribió el discurso inaugural pronunciado por Morelos el 14 de septiembre de 1813. Tuvo una vasta producción historiográfica entre la cual resalta el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana* (1823-1827), donde narra episodios que vivió y otros que le fueron contados de primera mano, pues conoció a los líderes del movimiento insurgente. Murió en 1848.



LIT. DE MURQUIA. 7741.

Iglesia parroquial de Cuautla—Morelos.

La mañana del 17 [de febrero supo Morelos...] que Calleja estaba en camino para Cuautla [...].

Serían las siete de la mañana [del 19] cuando Calleja avanzó en cuatro columnas: traía la artillería en el centro, y su caballería cubría los costados: sus cañones graneaban el fuego lo mismo que sus fusiles, y se notaba una especie de furor nada común en aquellos soldados. Calleja se había quedado a la retaguardia en su coche, y parece que tenía por tan seguro el triunfo, que no creía que necesitase montar a caballo. Las arpías de su ejército, es decir aquellas vilísimas rameras que lo acompañaron en sus expediciones de tierra dentro, ocupadas en desnudar los cadáveres, cual aves de rapiña o halcones que se lanzan sobre la presa, fueron de las primeras en presentarse al ataque con una animosidad desconocida en su sexo; mas en breve encontraron la muerte. Aguardóse aquel enjambre de asesinos con serenidad; los americanos respondían a sus fuegos pausadamente, y todos se propusieron emplear bien sus tiros certeros lanzados desde los parapetos.

Entonces comenzó a avanzar la tropa espa-

ñola haciendo fuego con todas las armas hasta agarrarse mutuamente los fusiles. Viendo tanta energía en los americanos, se retiraron a medio tiro y volvieron a la carga con doble furor. Los indios honderos, colocados detrás de la tapia de San Diego, descargaron un nublado de pedrea que no les daba punto de reposo; ya entonces perdieron la primera formación que traían y se subdividieron en trozos por todas las casas del pueblo, que barrenaron, ejecutando en las personas inermes, mujeres y niños [...] las mayores crueldades, como lo indicaron sus cadáveres hallados después de la acción. Galeana y sus soldados quedaron reducidos a solo las trincheras, y además lo flanquearon penetrando por una tienda inmediata a la contratrinchera de la Calle Real. En este conflicto destacó a su sobrino Pablo Galeana para que los contuviese, como lo hizo, arrojándoles granadas de mano y disparando el cañoncito Niño, que Morelos mandó poner en la azotea de la casa por donde habían penetrado.

A pesar de todas estas ventajas, no faltó un

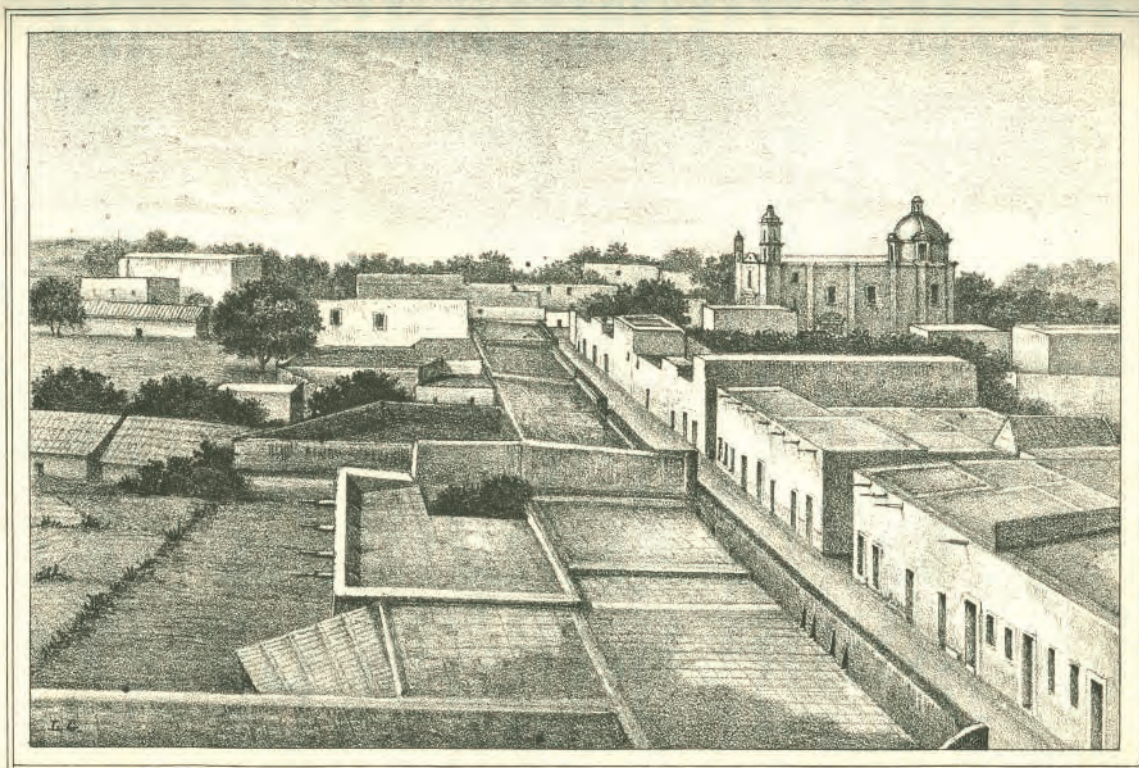
malvado que [...] esparciera la voz de que se había perdido la plaza de Galeana, por lo que salió agolpada la gente en el mayor desorden con dirección al centro. Súpolo Galeana, y montando a caballo, espada en mano, hizo a sablazos que ocuparan sus puestos los que los habían abandonado. Esta [...] falsa alarma produjo también funestos efectos en otros puntos, pues afectados de pavor sus defensores abandonaron la artillería, y la plazuela de San Diego casi quedó escueta; solo se vio en ella un muchacho de doce años llamado Narciso [Mendoza]: vínose sobre éste un dragón que le tiró un sablazo y le hirió un brazo; no tuvo este niño más refugio que afianzarse con una mano de un palo de la misma batería y con la otra tomar la mecha que estaba clavada en el suelo, dio casi maquinalmente fuego al cañón, que disparado en el momento más oportuno mató al dragón que



le acababa de herir y contuvo al enemigo que avanzaba rápidamente. Con tan fausto e inesperado suceso, volvió a su puesto Galeana, y quedó restablecido el orden. Después de la acción, Morelos hizo que le llevasen a aquel jovencito a quien asignó una pensión de cuatro reales diarios, que percibió hasta que se evacuó la plaza.

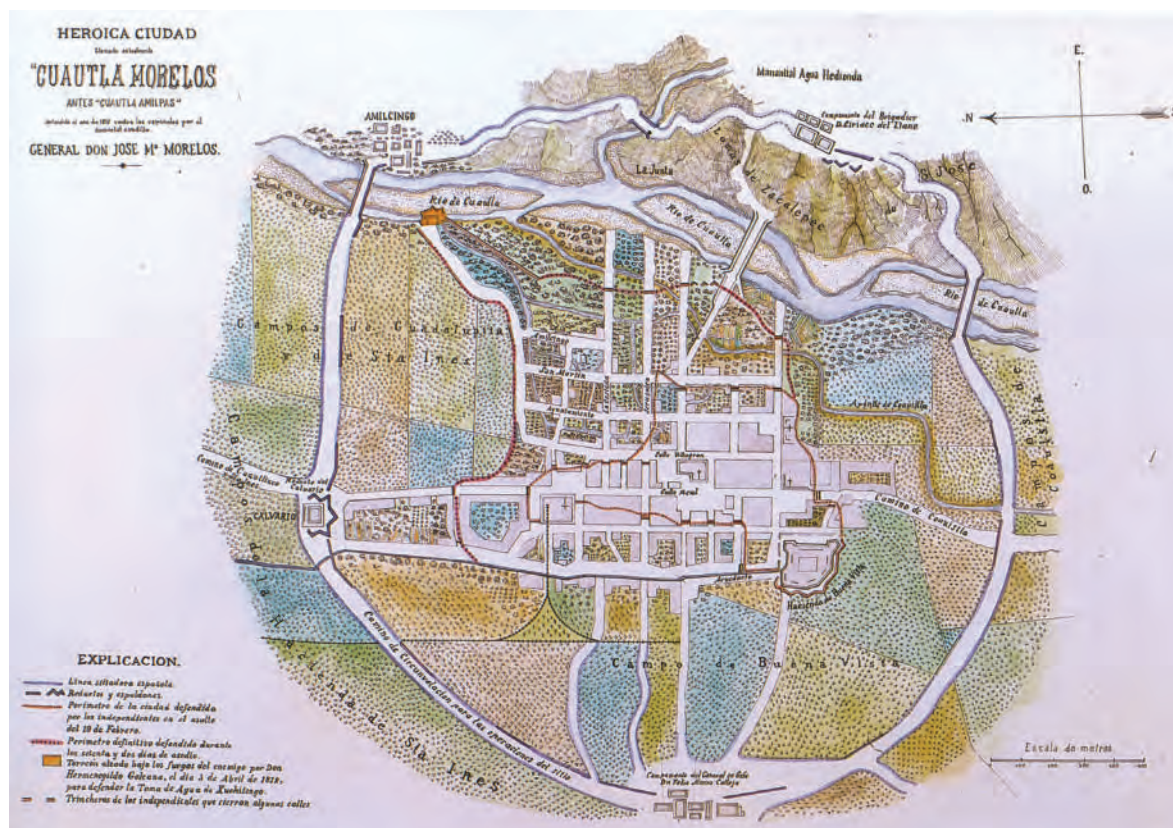
NARCISO
MENDOZA.
EL "NIÑO
ARTILLERO".

México Pintoresco. = Tomo III. = Estado de Morelos.



Vista general de la ciudad de Cuautla-Morelos, célebre por el sitio que sostuvieron en ella los insurgentes al mando del caudillo D.^o José M.^o Morelos.

LIT. DE MURQUIA.



MAPA DEL
SITIO DE
CUAUTLA
(1812).

Continuó el fuego sin intermisión hasta las tres de la tarde, hora en que avisaron a Calleja que el parque se estaba acabando; mandó, pues, que se retirara el ejército [...] Morelos [...] solo permitió reconocer el campo donde se encontraron más de cuatrocientos cadáveres [...] que mandó sepultar en la parroquia, y fuera de los reductos. Halláronse vestigios de sepulturas hechas por el enemigo, y muchos rastros de sangre con que se tiñó aquel campo. Tomóse mucho armamento y otras prendas que no vinieron mal a los americanos.

Al siguiente día de la acción [...] se interceptó un correo que llevaba el duplicado de Calleja al virrey. Leyéronse las contestaciones, y por ellas se vio la considerable pérdida que habían sufrido [...]. Pedíale que a la mayor brevedad se le socorriera de parque que necesitaba, pues temía ser atacado y no tenía con que defenderse.

[Venegas] mandó a Martín Michaus, conductor de cargas reales, que acopiase mulas, y que sin demora se llevase a Cuautla todo lo que había. Llevóse al patio de Palacio todo, y fue ciertamente bastante [...] ¡Cuánto hubiera dado Morelos porque tanto hubiese sido el suyo! Él hacía la gue-

rra con lo mismo que quitaba a sus enemigos, y esto realizará en todo tiempo su mérito.

El día 22 interceptó otro correo de México, dirigido a Calleja, en cuyo registro se leyó la orden que el virrey había dado a Ciriaco Llanos para que a la mayor brevedad se reuniese con el ejército del centro, y que permaneciese a sus órdenes por todo el [...] sitio a Cuautla.

Cuando entendió Morelos que iba a ser sitiado, procuró surtirle de toda clase de víveres; pero la premura del tiempo apenas le permitió los muy precisos para la tropa de la plaza [...] Admiróse el mismo del afán con que hacían los soldados los aprestos; parecían hormigas acarreadoras. [...] Todas las obras se concluyeron en un día y una noche. A las siete de la mañana se rompió el fuego por elevación de una bomba dirigida a la casa de Morelos, que no cayó, como ninguna de las muchas que le dirigieron durante el sitio. Grande fue la impresión que causaron las primeras que se arrojaron a la plaza [...] a las 24 horas que ya la experiencia les había enseñado el poco daño que causaban, y lo fácil que era eludirlas tendiéndose en tierra, todos se burlaban de ellas y chuleaban a los que se las dirigían. Morelos [daba] dinero

por las que le presentaban; conducta que le produjo mucha utilidad, pues [...] los empeñaba en buscarlas, y los americanos se aprovechaban de la pólvora; por tal industria sostuvieron la guerra con el mismo parque enemigo.

Viendo [Calleja] que sus bombas ya no [hacían] impresión sino que eran motivo de rechifla y burlas que escuchaba indignado, dispuso cortar el agua que entraba a la villa. Morelos [...] mandó a Galeana [echar] al enemigo del surgidero de agua, y lo consiguió; pero tornó Calleja a cortarla, y así es que hubo de salir Galeana por segunda vez con Víctor Bravo y el coronel Tapia con un destacamento de tropa, y empeñada la acción, este último oficial [...] murió. Esta desgracia obligó a Galeana a que propusiese a Morelos que se plantase un fortín en el punto preciso a mantener el agua corriente [y se ofreció] a ejecutar por sí mismo la empresa.

[...] El 13 de marzo Calleja [escribió al virrey:]

cuatro días de fuego que sufre el enemigo, como pudiera una guarnición de las tropas más bizarras sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todas las mañanas amanecen reparadas las pequeñas brechas que es capaz de abrir mi artillería de batalla: la escasez de agua la ha suplido con pozos; la de víveres, con maíz, que tiene en abundancia, y la de todas las privaciones con un fanatismo difícil de comprender, y que haría necesariamente costoso un segundo asalto que solo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta [...] Espero que Vuestra Excelencia se sirva prevenirme terminantemente lo que deba ejecutar en circunstancias que por cualesquier aspecto que se miren, ofrecen muchas dificultades para el acierto. El 24 de abril escribe [...]: Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una justa causa,

mereciera algún día un lugar distinguido en la historia.

[...] La estrechez del sitio de Cuautla, afligía menos al mismo Morelos, que a Calleja y al virrey Venegas; veían estos jefes el honor de las armas españolas comprometidas y más que éste [su] seguridad personal [...]

La peste hacía ya grandes estragos, pues quedaron en el hospital de San Diego trescientos hombres enfermos de fiebre; el calor era tan extraordinario como el hambre. Un día apareció un buey por Zacatepec, y fue causa de una acción con el enemigo muy reñida: obtuvieron en ella los americanos [...] Una caja de cigarros llegó a valer veinte reales. Chupábanse las hojas de los árboles, alfalfa, rapé y polvos colorados de tabaco y lechuguilla de jarcia; entonces se conoció el imperio que tiene el vicio de fumar tabaco. Un



gato valía seis pesos. Una iguana veinte reales. Las lagartijas, y ratas se vendían a precios altos. Acabáronse los cueros, pues remojados y tostados parecían más sabrosos que las pajarillas de puerco, y nuestros chicharrones que llaman de guitarra que en tanto aprecian los mexicanos. Acabados los cueros se comieron las patas viejas de toro, tomando su agua caliente como si fuera caldo de una rica gallina. Solo abundaba el maíz, aguardiente, azúcar y mieles corrompidas [...]

Decidido Morelos a evacuar Cuautla, dio orden el día 28 de abril para que desde esa noche no corriera la palabra en su campo. El 30 hizo Calleja seña desde el suyo para que cesara el fuego: de hecho cesó y llegó al baluarte del agua Manuel Calapiz, alférez de granaderos del provincial de México, con indulto para Morelos, Galeana y Bravo. Al reverso contestó el primero diciendo, que él por su parte otorgaba igual gracia al general español y a los suyos.

Morelos dispuso que en aquella noche se hiciera la salida [...] y saliendo la luna comenzó a avanzar la columna [...] De nadie fueron sentidos, pero al atravesar un puente [...] se hizo ruido con los pies que llamando la atención de un centinela dio el *¿quién vive?* Galeana le respondió con la muerte; ya entonces se hizo general la alarma, y se rompió el fuego en todos los puntos del campo: también se hizo general [el...] ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva la América! Voces que repitieron sin intermisión. Al pasar por el punto de Guadalupita, la columna se vio atacada reciamente por los costados, y cortada, se sostuvo el fuego una hora: entonces se dispersó ya por todas direcciones, y la lucha siguió entre las mismas tropas españolas [...] don Víctor y don Leonardo Bravo salieron por El Calvario por en



medio de las dos baterías, Santa Inés y Zacatepec, con trescientos infantes de su regimiento, con los que quitó a éste dos cañones y tres tiendas de campaña, arrojándose a comer cuanto encontraban, pues se moría de hambre.

Morelos [...] tuvo la desgracia de caerse con su caballo en una zanja, sacáronlo con no poco trabajo, y tanto, que se le hundieron dos costillas [...]pero enfrentó a sus enemigos. Galeana llegó a Tecaxaque. Don Leonardo Bravo que tan felizmente había salido, no encontrando a su esposa marchó para la hacienda de San Gabriel, donde fue preso traidoramente [...]. Morelos perdió en Ocuituco el cañoncito Niño, y siempre hablaba de esta pérdida como de una cosa importante.

Tal es, amigo mío, el célebre sitio de la villa de Cuautla [...] donde campeó el valor, la astucia, la sabiduría, la prudencia y el sufrimiento de los Morelos, Galeanas y Bravos. ¡Paz eterna y honrosa nombradía a tan ilustres caudillos!

[...] Lo que hicieron [Calleja] y sus dragones

[...] fue cebarse en la matanza de mucha gente y familias inermes de la villa, que quisieron salir con Morelos para no ser víctimas cuando entrasen aquellos asesinos en sus casas, como lo fueron los infelices que se quedaron. Calleja hizo buscar los papeles de Morelos para averiguar sus conexiones, y hacer pesquisas para cebarse en la matanza de los que apareciesen complicados: encontró muchos, pero no de los que él buscaba. [...]

La tropa de su ejército se entregó en aquel día al saqueo [...] Ignoro por ahora el número de fusilados que hubo en Cuautla, aunque sé que Calleja hizo varias ejecuciones [...] pues creía que la revolución no podía contenerse sino con derramamiento de mucha sangre [...]

Esta es la verdadera relación del ataque a Cuautla, en que se quebrantó el orgullo de Calleja por un pobre clérigo nacido para general, y que por la casualidad de la revolución desarrolló las más felices disposiciones para hacer la guerra a beneficio de la libertad de su patria.

La mirada de Alamán

Lucas Alamán fue un criollo de posición (1792-1853). Estudió en Europa. A los 20 años presencié los horrores de la guerra en Guanajuato y cuando peinaba los 50 años decidió escribir la *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente* [1840], que publicó en 1853 y cuyas páginas ofrecen la visión de un hombre que condenó la insurgencia y quiso dejar la historia de los primeros años del México independiente, el cual se deshacía en conflictos internos y externos, y no logró el progreso y la civilización por haberse alejado de los principios coloniales que consolidaron a la Nueva España como pujante posesión de la Corona española.

Morelos, avisado que Calleja marchaba contra Cuautla, tomó sus medidas para la defensa de aquel punto [...] Dio orden en consecuencia para que se le reuniesen las tropas que tenía distribuidas en diversos lugares de las cercanías [...] Tenía pues Morelos bajo sus órdenes los tres mil hom-

bres [...] Calleja en sus partes hace subir el número de los defensores de Cuautla a doce mil [...].

Don Leonardo Bravo [...] había comenzado a formar las fortificaciones de aquel pueblo, y Morelos a su regreso las hizo continuar con empeño, cierto de que sería atacado allí. La posición de Cuautla es ventajosa para la defensa: hállase situada en un bajío llano al que por todas partes domina, sin que sea dominada por ninguna, rodeada de plataneros y árboles pegados a los edificios por todos vientos [...] La fortificación se hizo con inteligencia, formando un recinto de las dos plazas y los dos conventos, circunvalados de cortaduras, parapetos y baterías amerlonadas y guarnecidas con treinta piezas de artillería de diversos calibres.

El 18 salió Calleja de su campo de Pasulco, con el objeto de atacar a Cuautla, pero habiendo hecho un reconocimiento a su rededor [...] y no encontrando lugar oportuno para el ataque, acampó en la loma de Cuautlixco [...]. Morelos intentó inquietarle con su caballería por la retaguardia, pero cargado por la de Calleja, la de Morelos huyó en desorden y él mismo, habiéndose adelantado demasiado imprudente, corrió [...] el riesgo] de ser cortado y caer prisionero [...] Al amanecer del 19 Calleja se puso en movimiento para verificar el asalto: la posición de Cuautla y los atrincheramientos del enemigo hacían de poco provecho la artillería y absolutamente inútil la caballería que eran las dos armas en que consistía la fuerza principal de su ejército: reducido pues a usar únicamente de su infantería, formó con ella cuatro columnas de ataque [...] Los granaderos de Calleja atacaron el parapeto de San Diego acercándose a él arrimados a las cercas del camino, y llegaron hasta la misma trinchera [...] El resultado de este ataque no sólo confirmó a Morelos en la resolución de sostenerse en Cuautla [...].

Calleja conocía bien toda la dificultad de la empresa, pero al mismo tiempo estaba penetrado de la necesidad de llevarla adelante [...] Él] expuso al virrey que no era posible tomar la plaza por asalto, sino con mucha pérdida y con infantería acostumbrada a este género de operaciones, pero le añade: “Si Cuautla no quedase demolida como Zitácuaro, el enemigo creería haber hallado un

medio seguro de sostenerse” [...]. Para evitar estas funestas consecuencias”, le dice al virrey, “Cuautla debe ser demolida, y si es posible sepultados los facciosos en su recinto y todos los efectos serán contrarios: nadie se atreverá en adelante a encerrarse en los pueblos, ni encontrarán otro medio para libertarse de la muerte que el de dejar las armas”.

Calleja se mantuvo a media legua de Cuautla [...] Los insurgentes [...] parapetados en la plaza y cubriendo con honderos las azoteas de las casas circunvecinas, rechazaron a los asaltantes [...] Repitióse el ataque el siguiente día 24 [...] no pudiendo penetrar en los atrincheramientos y sufriendo un fuego vivo de las troneras practicadas en las casas, se retiró al Calvario, pegando fuego a los barrios de Santiago y el Calvario. La artillería, desde la eminencia de este nombre, siguió todo aquel día lanzando granadas y balas sobre la población, que sufrió bastante de ellas.

El virrey Venegas [...] recibió el parte de Calleja en que le avisaba el mal éxito del ataque de Cuautla. No pudo disimular su desagrado y dispuso inmediatamente se aprestasen las municiones que aquel general pedía [...]. El 5 de marzo se comenzaron las obras de circunvalación [...].

No se descuidó Morelos en aumentar por su parte sus obras de defensa, pues fortificó la hacienda de Buenavista que no lo estaba cuando Calleja atacó, y formó un reducto en el platanar para defender la derecha del río, frente al campo de Llano. El 10 de marzo rompió Llano el fuego sobre la población y se generalizó en toda la línea. Los independientes no se intimidaron por esta lluvia de granadas y balas. “Cuento hoy, le decía Calleja al virrey el 13 de marzo a las seis de la mañana, cuatro días de fuego que sufre el enemigo, como pudiera [hacerlo] una guarnición de las tropas más bizarras, sin dar ningún indicio de abandonar la defensa” [...].

Morelos emplea todos los medios que se propone y son capaces de producir efecto, escopeteando todo el día a los diferentes puestos que cubren la entrada a las cuatro tomas de agua, y no hay alguno que no haga sobre ellos algún ataque vigoroso hasta llegar a las bayonetas. Estos frecuentes combates por las tomas de agua, decidieron a Ga-

leana a emprender establecer [*sic*] una fortificación que asegurase permanentemente la provisión de la plaza, y aprobado su intento por Morelos, lo ejecutó con el mayor acierto y bazaría.

[...] hizo salir Calleja el batallón de Lobera bajo el mando del mayor Enríquez, con cuatrocientos caballos [...], con dos cañones, y esta división marchando durante la noche, atacó y desbarató al amanecer del 16 de marzo a los insurgentes, que con ochocientos caballos, mil quinientos indios honderos y tres cañones, ocupaban una altura en el rancho de Mayotepec, perteneciente a la hacienda de Tenestepango. Los realistas en este encuentro no tuvieron más pérdida que un oficial herido; los insurgentes abandonaron los tres cañones que tenían, tuvieron muchos muertos en el alcance, pero dispersos en aquel punto, pocos días después aparecieron otra vez reunidos, ocupando los caminos e interceptando las comunicaciones.

La conducción de los convoyes al campo de los sitiados era por lo mismo muy difícil [...] la situación [...] cada día más crítica, pues cortada toda comunicación, no recibían víveres ningunos y se veían reducidos a todo género de privaciones. Todo lo sufrían sin embargo con admirable heroísmo. El mismo Calleja decía al virrey:

Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia. Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres con repiques en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara, bailes y borrachera, el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias o rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, que promete la resurrección temporal y después el paraíso, con el goce de todas las pasiones a sus felices musulmanes.

[...Pero además] dice al virrey: “El cobardón del cura Morelos, no sale de su casa sino al amanecer de los días de fiesta, para exhortar a su canalla” [...].

La posición de los sitiadores no era menos comprometida que la de los sitiados. Todo el

ejército era compuesto de gente nacida en los climas templados y fríos, o venida recientemente de España. El clima pues, de la tierra caliente, les era mortífero y su ruina era segura, comenzando la estación de las lluvias [...] se multiplican con exceso las fiebres intermitentes y demás enfermedades [...] Por otra parte, la reunión en aquel punto de casi todas las fuerzas disponibles del gobierno, daba lugar a que la revolución tomase grande incremento [...] Calleja, persuadido de que el resultado sería funesto, le manifestó [al virrey]: “que con el conocimiento que le asistía de sus tropas, no convenía asaltar al enemigo que lo deseaba, ni había otro partido que tomar que el del sitio” [...]

Si Morelos conseguía mantenerse en la plaza hasta que los calores apretasen y las lluvias viniesen, el triunfo era suyo, porque los realistas tenían que ser víctimas de las enfermedades, o que abandonarle el campo levantando el sitio. Todos sus esfuerzos se dirigieron pues a romper la línea de circunvalación y ponerse en comunicación con sus partidas de fuera para proporcionarse víveres [...]. Frustrado este intento y estrechando más y más la necesidad, Morelos trató de hacer el último esfuerzo para introducir un convoy de víveres y procurarse auxilios de fuera [...] Calleja, instruido [...] de que se trataba de introducir el convoy por la Barranca Hedionda y el pueblo de Amelcingo, [...] hizo levantar en el citado pueblo una batería de cuatro cañones [...] El ejército sitiador se puso al instante sobre las armas y marcharon al auxilio de los puntos atacados las fuerzas prevenidas al intento por Calleja [...] En todas partes fueron batidos los asaltantes con gran pérdida, tenien-



EL VIRREY
CALLEJA.

do que abandonar los cañones y las municiones y víveres [...] No quedaba pues a los sitiados esperanza alguna de hacerse de víveres, ni podían concebirla tampoco de ser socorridos por fuerzas de afuera. Rayón [...] se hallaba ocupado en el ataque de Toluca [...]

En [...Cauhtla], la miseria había llegado al último grado: consumidos todos los alimentos, cuyos precios habían venido a ser exorbitantes, se había ocurrido no sólo a echar mano de las más sucias sabandijas, sino que también se habían arrancado de las puertas de las tiendas los cueros viejos de toro [...] Los forrajes escaseaban todavía más, y la peste causada por los malos alimentos y por el exceso de bebida, pues el aguardiente de caña era lo único que abundaba [...] había hecho rápidos progresos. La iglesia de San Diego, reducida a hospital, tenía gran número de enfermos; las casas estaban llenas de ellos, y cada día morían veinticinco a treinta individuos. Era pues llegado

el caso de capitular honrosamente [...] pero para Morelos no podía haber capitulación [...] Calleja se había propuesto con el exterminio de los sitiados de Cuautla aterrorizar a los insurgentes [...]

El estado de los sitiadores era también muy crítico [...] el excesivo calor y las frutas y comestibles del país habían multiplicado el número de enfermos, de los cuales a fin de abril había ochocientos en el hospital, y su falta recargaba demasiado el servicio para los sanos [...] Las cosas habían llegado pues, el día último de abril, después de setenta días de sitio, a un punto tal que la decisión no podía demorarse, y ésta dependía del principio de la estación de lluvias [...]

Calleja bien instruido por los tráfugas, que eran numerosos en aquellos días, del estado de espantosa miseria a que se hallaban reducidos los sitiados, presumió desde luego que se preparaban a salir de la plaza. Redobló su vigilancia y mandó que la caballería estuviese pronta a montar [...] El primero de mayo hizo pasar a Morelos [...] dos ejemplares del bando del indulto [...]

A las dos de la mañana del día 2 estando la noche muy oscura, emprendió Morelos su salida, llevando Galeana la vanguardia con la mejor infantería armada de fusil: seguíanle doscientos cincuenta caballos, un número considerable de honderos y lanceros, y a continuación una muchedumbre de gente de todo sexo y edad, cerrando la retaguardia otro cuerpo de fusilería, en cuyo intermedio iban las cargas y dos piezas pequeñas de artillería [...]

Calleja [...] hizo que sin demora marchase el batallón de Asturias a apoderarse de la fuerte posición de Buenavista, y el de Guanajuato a ocupar la población y batir la retaguardia enemiga [...] cargando al mismo tiempo con toda la caballería sobre la columna de Morelos, y destinando un cuerpo [...] exclusivamente al alcance y persecución de los jefes.

La caballería realista desbarató fácilmente el grupo de gente inerme que salía en el centro y retaguardia [...] Entonces nadie pensó ya más que en salvarse como pudo: los jefes que iban a la cabeza de la columna se fugaron, entre tanto que

la caballería de Calleja se ocupaba en degollar a la gente infeliz que llenaba los caminos. Calleja dice en su parte al virrey, que se contaron ochocientos diez y seis cadáveres [...] siendo casi todos costños, pintos, negros y hombres decentes, y calcula la pérdida total de los insurgentes en cuatro mil, en lo que sin duda hay mucha exageración.

La dispersión fue completa [...] Según el mismo Morelos, su pérdida durante todo el sitio, no pasó de cincuenta hombres muertos de bala y ciento cincuenta de la peste, a más de los que perecieron en la noche de la salida, de los cuales el capitán Yáñez le refirió haber contado ciento cuarenta y siete, en la mitad del camino de Cuautla a Ocuituco. La de los sitiadores en el mismo periodo, según las listas oficiales [...] fue de doscientos noventa y uno entre muertos y heridos [...]

En Cuautla no encontraron los realistas habitantes sino espectros: la hambre y la miseria se echaba de ver en todos los individuos [...], sobre quienes estas calamidades habían especialmente recaído, pues en cuanto a la tropa de Morelos todavía se encontró algún repuesto de vivieres que le estaban destinados. Además, la peste había hecho terribles estragos: las casas estaban llenas de enfermos y de cadáveres, que no había quien hiciese enterrar. Este aspecto de desolación enterneció a los soldados, quienes cedían su rancho [...] pero] en el estado de desfallecimiento en que se encontraban, el alimento era veneno, pues luego que lo recibían morían. Calleja mandó se tomasen [...] las medidas convenientes para socorrer y auxiliar a aquellos desgraciados, y para evitar que el ejército se contagiase con la peste [...] prohibió que nadie entrase [...].

Entre los incidentes ocurridos [: ...] Los sitiados no se limitaban a la defensa, sino que insultaban y burlaban a los sitiadores [...] Tenía consigo Morelos [...] a su hijo mayor Don Juan Nepomuceno Almonte [...] Para su instrucción o entrenamiento, había hecho se le formase una compañía de niños de su misma edad, de que lo nombró capitán [...] conocida con el nombre de la Compañía de los emulantes.

[...] se ejercieron por una y otra parte actos continuos de inhumanidad con los prisioneros [...] El sitio de Cuautla fue muy perjudicial a la

moralidad del ejército: el ocio y fastidio de un prolongado bloqueo introdujeron en el campo el juego y todos los vicios, sin que Calleja tomase empeño en evitarlo, quizá por no descontentar a la oficialidad y al soldado, con cuya buena voluntad necesitaba contar, para que sufriesen con paciencia los riesgos y molestias de un clima abrasador [...]

Así terminó al cabo de setenta y dos días el famoso sitio de Cuautla, prolongado [...] tanto por la tenaz resistencia de los sitiados, cuanto por la falta de medios correspondientes de los sitiadores [...] si las lluvias hubiesen comenzado, hubiera sido destructora; siendo indudable, que si hubiesen podido usar artillería de grueso calibre, pues no tenían más que piezas de 4 a 8; si hubiesen contado con suficiente infantería acostumbrada a las operaciones del ataque de las plazas, Cuautla hubiera

tenido que rendirse en pocos días. Los insurgentes dieron durante todo el asedio pruebas de valor y de constancia, y en esta ocasión se demostró [...] cuan diverso hubiera podido ser el éxito de la revolución [...] En el ejército sitiador, conoció bien Calleja que no había ni los jefes ni la disciplina necesaria para la arriesgada operación de un ataque, por lo que [...] no quiso aventurarlo de nuevo, no obstante las reiteradas prevenciones del virrey, y el resultado de todas las guerras y revoluciones sucesivas ha venido a demostrar que el arte del ataque de las plazas está tan atrasado entre nosotros, que un parapeto, una pared, un campanario cualquiera, es una fortaleza inexpug-



nable para nuestras tropas. El gobierno consumió en este sitio sumas muy cuantiosas [...], que recayendo sobre un erario exhausto, obligaron al virrey a usar de medios para procurarse fondos [...] lo que aumentaba el disgusto y fomentaba más y más la revolución. A todos los males que ésta había ya causado, el sitio de Cuautla salió otro nuevo y gravísimo, que fue la epidemia de fiebres malignas, que [...] se fue extendiendo [...] Morelos [...] tuvo tiempo para rehacerse [...] Su reputación había crecido con los últimos sucesos, y aunque en el resultado del sitio de Cuautla, el triunfo quedase por parte de los realistas, la fama y la gloria fue sin duda para Morelos.

El Zócalo de la ciudad de México en los siglos XIX y XX



¿Qué ciudadano no ha caminado por el Zócalo capitalino?, ¿quién no lo ha visto por lo menos en fotografías o televisión? Aunque su magnitud se puede ver opacada por la belleza de la Catedral metropolitana o la seriedad del Palacio Nacional, allí está, siempre presente. Así lo escribió Madame Calderón de la Barca en *La vida en México*: “Hice mi debut en México yendo a misa a la Catedral... Pasamos por la calle de San Francisco [hoy Madero], la calle más hermosa de México, tanto por sus tiendas como por sus casas (entre ellas, el Palacio de Iturbide, ricamente labrado, pero ahora casi en

ruinas), y que termina en la Plaza en donde se levantan la Catedral y el Palacio”.

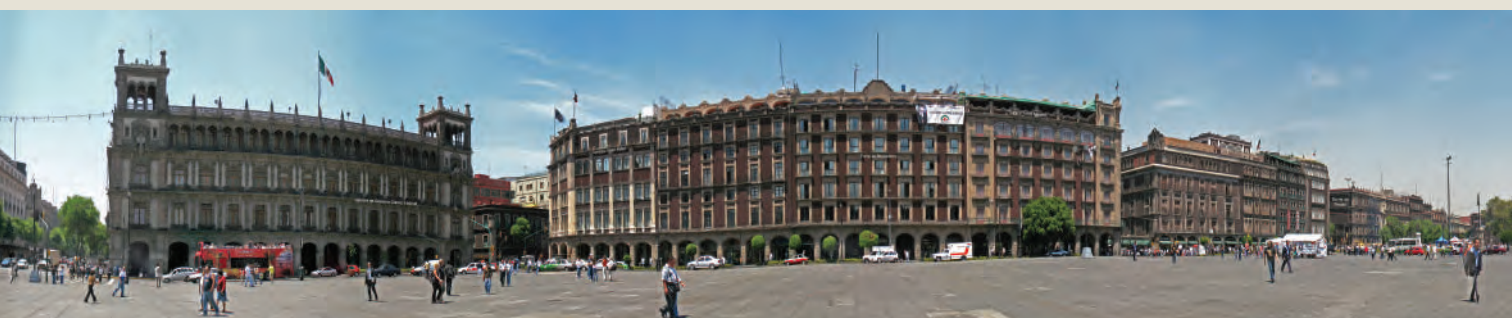
Todos tenemos en la mente la imagen de esa enorme plaza, donde en medio ondea la bandera de México en una enorme asta, pero ¿cuántos conocemos su historia? Por ejemplo, que su nombre oficial es Plaza de la Constitución, y recibió este nombre a finales del virreinato, porque ahí se juró la Constitución de Cádiz de 1812 en la Nueva España de 1813. Antes era llamada Plaza de Armas, Plaza Principal o Plaza Mayor.

De hecho, su origen se remonta a la época prehispánica, cuando era el lugar donde se realizaban las ceremonias religiosas, ya que los palacios donde habitaban los gobernantes y los templos de-



dicados a los diferentes dioses se encontraban a su alrededor. Más tarde, cuando llegaron los españoles, utilizaron esos mismos sitios para construir los edificios que representarían al poder político, civil y religioso.

A fin de conmemorar en 1843 la Independencia de México, Antonio López de Santa Anna convocó a un concurso para erigir una columna conmemorativa en el centro de la plaza. El ganador fue Lorenzo de la Hidalga, quien





ordenó construir primero el zócalo, es decir la base donde iba a ser colocada la futura columna. El monumento nunca fue construido y el *Zócalo* siguió allí por tantos años que los habitantes de la ciudad comenzaron a utilizar la palabra para referirse a la Plaza Mayor.

El emperador Maximiliano retomaría este proyecto encomendando a Ramón Rodríguez Arangoity la remodelación del Zócalo, lo cual incluía la construcción de la columna monumental del proyecto original de De la Hidalga. La columna estaría rodeada con esculturas de los héroes de la Independencia y coronada con una gran figura alada. Sin embargo, al ver los planos, el emperador decidió que en vez de una figura alada se pusiera el águila imperial rompiendo una cadena y remontando el vuelo; sus planes también quedaron inconclusos por la caída del Imperio y su fusilamiento.

Poco antes, en 1866, el alcalde municipal Ignacio Trigueros había mandado a hacer los jardines de la plaza, en vista de que los ciudadanos tenían el hábito de reunirse allí. Se plantaron árboles, colocaron bancas de hierro y construyeron fuentes y para dar seguridad a los paseantes, se pusieron lámparas de hidrógeno. Años después, en 1878, se instalaría un kiosco de hierro

en el centro —hecho en París y regalo al ayuntamiento de Antonio Escandón—, a fin de que orquestas y bandas alegraran a los paseantes. En el Porfiriato hubo otro kiosco más pequeño, colocado por las empresas de tranvías y desde el cual ellas ofrecían sus servicios.

Durante la Decena Trágica (en 1913), al ser bombardeado el Palacio Nacional, los jardines del Zócalo fueron dañados, por lo que al año siguiente

se retiraron los fresnos; también se cambió la estructura trazando nuevos caminos entre las áreas verdes, además de que en cada esquina de la plaza se plantó una palmera.

Los jardines permanecerían allí hasta 1952, cuando fue-



ron totalmente retirados. La plaza se quedó vacía, como una gran explanada, en la que años más tarde se colocó la imponente asta bandera que todos conocemos.

Tania Santa Anna Saucedo

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM



Por la borda



Silvia L. Cuesy

El Colegio de México

Al poner un pie en la cubierta del *Orinoco* desplomó toda su gordura en la silla más próxima y exhaló un hondo suspiro de alivio que se perdió en la fría noche del puerto de Cherburgo. Por fin el regreso. No sabía cómo agradecerles a Elena y a Octavio; de no ser por ellos aún estaría varado en París. Elena era una joven pendeja y engreída, pensaba, pero el músico hubo de reconocer que, pese a las ínfulas pequenoburguesas de la chica, ésta hubiera aceptado cambiar los dos boletos de clase turista que les había pagado a ella y a su esposo la Liga de Escritores por tres de tercera; debido a ese gesto, él, que a duras penas se había comprado el pasaje de ida, podría volver a México.

El camarote era un infierno de ruido y calor, pegado al cuarto de máquinas. Con gran dificultad se acomodó en la litera de abajo. *Aquí está tu relojito, mi amorcillo, ¿qué dijiste, ya se olvidó de mí?, pues no; y aquí el abrigo de nuestra geniecillo, tampoco me olvidé de la mocosita, como podrás ver.* Pujando y hablando, se agachó para guardar la maleta que resguardaba los regalos comprados a su mujer y a su hija. Los envoltijos eran las únicas pertenencias que conservaba gracias a un celoso cuidado desde las primeras semanas del viaje.

Un centenar de estalactitas le agujoneaba el corazón: haber dejado España. Una alegría indecifrible se le colaba, a veces, aleteándole en el pecho: volver a ver a Ángela y a Genio. Seis meses



SILVESTRE REVUELTAS EN UN ENSAYO MUSICAL (1935).

atrás, al ir a Europa, los sentimientos surgieron al revés: el esperado gozo por llegar a España y la suma de culpas por dejar a sus dos amores. *¿Por qué, diablos, en mi desdichada vida siempre ha de haber conflicto?*, dijo al momento de despechugarse más la camisa, secarse el copioso sudor y con mano temblorosa encender un cigarro. Desde esa primera noche, un apremio asfixiante lo obligó a iniciar una carta que iría creciendo día a día.

PUERTO DE CHERBURGO.



Diciembre de 1937

Angelucha: Voy hacia ti metido en esta prisión flotante. Mi amorcillo, zonzá, ya te lo he repetido miles, millones de veces en los últimos días, te quiero a pesar de la crueldad de tu silencio. Te quiero en esta soledad marina. Envi-



dio a la estrella polar al verla tan bien acompañada de brillantes luceros; ¿qué te parece? y yo solo, sin una mísera carta tuya en las manos. No es justo. Ese cielo, negro y profundo, poblado de astros y constelaciones y yo en la desesperanza, cumpliendo la condena de tu indiferencia y tu desamor. Seis meses sin verte; mi sexo está huérfano, privado del olor de tu piel cobriza. Seis meses anhelando tener los brazos de mi Genio alrededor de mi pescuezo y sus manos, tortitas de papa, palmoteándome los cachetes. Seis meses de rogar, suplicar, implorarte unas cuantas líneas, diciéndome “Te extraño, alma mía, te amo”. Y ya ni qué ¿verdad? Ya ni llorar es bueno. Aunque me escribas, ni modo que una gaviota ¿o quizá un ángel? me trajera el sobre. “Aquí tiene, de parte de su mujer; hace ratito se acordó de usted dos minutos, y que aquí le manda”.

Cariño, amabilidad, noticias de mi Genio, me gustaría leer en esas cartas. Aparte de las únicas dos que recibí ¿nunca escribiste otras? Dime que sí. Qué las ibas a escribir si ya me olvidaste. Ya no me quieres. Qué me vas a querer si te he dado una vida miserable. Qué va a hacerte falta este costal de

carne y de angustias. Qué vas a perder tu tiempo en garabatear unos renglones a un marido irresponsable que se lanzó a perseguir sus sueños dejándolas desamparadas a ti y a mi hija. No merezco más que tu desprecio, palabra que sí. Y me consumo al pensar qué ha sido de ustedes. ¿Está bien Genio, mi Visigodinko? ¿No se ha enfermado? Su carita, luna morena, me hace falta. Me muero nomás de pensar que el destino me la arranque como lo hizo con sus hermanitas. Si así fuera no me lo perdonaría y preferiría que el mar me devorara escondiéndome en su más recóndito abismo. La vida no podría encarnizarse tanto conmigo. Qué egoísta soy, ¿verdad?, me apropio del dolor de haber perdido a Natalia y Alejandra como si tú, su madre, la que las trajo en sus entrañas, no hubiera sentido esa pérdida cual hierro candente grabándole en el alma un dolor eterno. Soy un mamarracho, ¿a poco no?

Una tormenta interrumpió durante algunas noches la escritura de la carta a su mujer. De los pasajeros, sólo él y la compañera Elena se salvaron del mareo producido por el vertiginoso subibaja del barco. Huyendo de su vida, del calor del camarote y de los pasillos cubiertos de vómito hediondo, con unas copas de más, entre tinieblas salió a cubierta retando al océano. Dos corpulentos marineros impidieron que una ola gigante lo engullera y acabara de una vez por todas con su padecer.

Pasados algunos días, él y Octavio se divertían imaginándose que de haber zozobrado el buque los titulares de los periódicos mexicanos dirían: “Joven poeta y músico loco mueren ahogados a mitad del Atlántico”, proponía uno; “Las letras y la música mexicana se cubren de luto: grandes promesas de la cultura y el arte yacen en el fondo del mar”, interrumpía el otro, arrebatando la palabra; “El mar se tiñe de rojo: comunistas mexicanos perecen en naufragio”; al músico la risa le rebosaba por sus ojos ámbar, y al poeta por sus ojos azules.

Amorcillo, perdóname, te lo pido. Ya no seas carrascalosa. Ni yo mismo entiendo qué tengo en el corazón y en la cabeza. Quiero empeñarme por una mejor vida para ustedes y para mis compañeros de lucha, y cada vez que hago un movimiento para conseguirlo me hundo más. Por eso tu indiferencia,

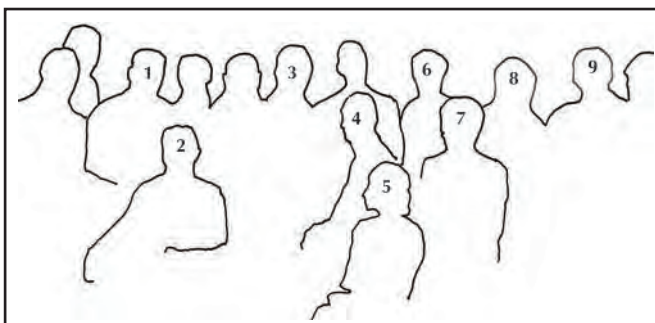
ya no quieres acompañarme en mi caída. Haces bien, sálvate, salva a nuestra hija. No importa si yo sufro, ustedes pónganse a salvo de mi destino. Total, soy un mequetrefe bueno nomás para quejarse. Ya ni para beber, te lo juro.

Mientras en el comedor se atragantaba de comida pensaba en Valencia, en Madrid. Sus camaradas estarían comiendo latas deapestoso beef y escuetas porciones de lentejas, padeciendo “fregaos” y corriendo a refugios, arriesgándose a los “paqueos” al pasar bajo un balcón o frente a una puerta, y a ser sometidos a las arbitrariedades de la *cheka* si los llegaban a descubrir.

Qué ironía, Angelucha, yo en un barco alemán. La vida es cruel conmigo y la muy canija se ensaña más —¿más?— cada vez que puede. Desde un cuadro colgado en la pared, los ojillos malignos de Hitler me ven comer varias veces al día. Seguro el Führer se burla de verme derrotado, yo que vine a este vetusto continente a combatir las injusticias del fascismo, codo a codo con los españoles, luchando hasta caer para acabar con los francos, los hitlers y los mussolinis. Nada hice, nada.

Cuando los junkers crucen el cielo no voy a estar al lado de mis camaradas españoles barriga al suelo abriendo la boca y agarrándome la nuca con las manos para evitar que la explosión de las bombas arrojadas nos truene los pulmones o la sacudida provocada nos desnueque. Los dejé solos en la trinchera; también las dejé a ustedes a la buena de Dios. No voy a estar en el momento del triunfo, en el amanecer del nuevo futuro español; tampoco estuve con ustedes, quizá en apuros, quizá en dolor.

Y Hitler se vuelve a burlar desde el muro del gran salón. No eres un buen músico, no eres un combatiente antifachista, más bien eres una facha, mírate, no eres padre y marido ejemplar, piensa él,



INTELECTUALES Y ARTISTAS ESPAÑOLES Y MEXICANOS EN ESPAÑA DURANTE LA GUERRA CIVIL. DE IZQ. A DER., ENTRE OTROS NO IDENTIFICADOS: (1) RAFAEL ALBERTI, (2) MA. LUISA VERA, (3) JOSÉ CHÁVEZ MORADO, (4) FERNANDO GAMBOA, (5) ELENA GARRO, (6) OCTAVIO PAZ, (7) SUSANA GAMBOA, (8) SILVESTRE REVUELTAS, (9) JOSÉ MANCISIDOR.

y también lo pienso yo. Y ya que más da, zonza, si me quitaste tu amor.

Octavio le aconsejaba que dejara la bebida y lo tranquilizaba en las largas conversaciones que sostenían en cubierta. Hablaban de poesía y música, pasiones compartidas. Lamentaban no haber conseguido visas en Francia para ir a Rusia. También traían a la memoria los meses vividos en España. Los murmullos de la gente, el hablar a media voz, los enormes cartelones recordando guardar silencio pues había orejas que escuchaban; los edificios con muros y fachadas arrancados luego de una tormenta de obuses.

El poema No pasarán, escrito por Octavio, fue un éxito completo, y te presumo mucho porque hubo gran aceptación de mis composiciones. Redes, Caminos y Janitzio, ejecutadas en el Palau de la Música, en Barcelona, se escucharon como para chuparse los dedos, dispensando la vanidad. Quesque soy un genio, comentan; genio no ¿de dónde sacan? genio sólo mi Genio ¿verdad, zonza? Ya no me has de querer, amorcillo. Buenas noches. Mañana te vuelvo a escribir. Son las 7:30, quedé con los amigos de platicar un rato antes de cenar. Cada vez me vuelvo más huraño, ¿tú crees? Me disgusta la bulla y tanta rebambaramba; sólo con Octavio me siento a gusto y dejo un poco la melancolía y la amargura que lleva mi alma.

Los camaradas se sentían orgullosos de haber pertenecido a la brigada 115 de los mexicanos en el frente de Juan B. Gómez y de haber padecido hambre, miedo y frío con los republicanos, durmiendo a cielo raso o bajo una *chabola* formada de ramas secas. Traían los huesos calados por el dolor de una España ensangrentada, y cuando la impotencia los sobrepasaba trabándoles las mandíbulas, se sumían en prolongados silencios envueltos por el humo de sus cigarros, con la mirada perdida a lo largo y ancho del mar.

Ángela, debías de haberme visto en París arrastrarme ante su excelencia el ilustre señor embajador Tejeda. Te habrías avergonzado más de mí. Me tomó el pelo. Cabrón, yo aguantándole sus putrefactas flatulencias a todas horas, en restaurantes y conciertos, y él, panzón como yo, carirrojizo, cabecihuevo y fatuo, paseándose conmigo por todos lados para darse aires de intelectual, bohemio de pacotilla, sin importarle mi desazón. Me dio pan y circo y yo, proletario del arte, desgarrándome el alma y echando a la basura el orgullo por un triste bocado y un pinche billete de barco que me sacara de Francia. Daba, doy, lástima.

Lo que no le dijo a su esposa fueron las numerosas borracheras que se puso, asustando a mexicanos y españoles, y que, la más prolongada de todas, por poco le impide terminar a tiempo la



música solicitada para el himno *México en España*. No la quiso preocupar y le ocultó las diarias pesadillas y la pérdida paulatina de la ropa que con tanto sacrificio compró antes de irse. Le remordió la conciencia recordar las ocasiones en que intentó algún romance, ¿qué le iba a hacer?, le encantaban las mujeres. No le platicó que gracias a la colecta que Leduc hizo entre los empleados de la embajada – excepto el embajador– pudo, a duras penas, pagar el infecto hotel parisino. *Mi amorcillo, ¿cuántas veces te he prometido dejar la bebida? ¿Cuántas has amenazado con dejarme? Ahora será diferente, verás que sí. Te lo juro, aceptaré un trabajo y lo cumpliré con disciplina para recibir abultadas quince-nas, seré un empleado del capitalismo. ¿Tú?, sé que me preguntarás sarcástica. Sí, yo. Dejaré a un lado las amistades bohemias, ya no más visitas al Riel, ya no tendrás que internarme en esos hospitales, cavernas de sombras y gritos. Ángela, Visogodinko, las sacaré de las pocilgas en las que las he tenido viviendo, podremos viajar, vestirnos bien, las llenaré de comodidades al realizar los sueños de gloria acariciados desde niño. Genio irá a las mejores escuelas, nada les faltará, menos mi amor. Seremos felices. Bueno, con que ustedes lo sean, con eso basta.*

Calor, humedad salada en el aire y en los cuerpos: el puerto de Veracruz. Ecos de música vernácula: marimba, requinto y sonos. Mulatas con breve y ceñida ropa multicolor ofreciendo caña, café, plátanos fritos, tamales envueltos en acuyo, mientras sus caderas se mueven cadenciosas al compás del mar. Revoltijo de aromas de mango, piña y coco. Antes de poner un pie en la escalerilla, recibió de golpe el bullanguerío y las fragancias porteñas que penetraban por los poros hasta llegar al alma despertándole a uno las ansias dormidas de quién sabe qué. Colocó en el piso los paquetes que traía en las manos –la maleta desvencijada por tanto abrirla y cerrarla



EL SITIO DE MADRID (1936).

para corroborar que ahí siguieran los presentes. Estorbando con su gordura el descenso de los pasajeros, buscó en una, en otra y en otra más de las bolsas del pantalón de mezclilla y sacó un montón de hojas arrugadas. Con suavidad las rompió en dos, en cuatro, en ocho, en mil cachitos y aliado... los lanzó por la borda.

PARA SABER MÁS:

EDUARDO CONTRERAS SOTO, *Baile, duelo y son*, México, Conaculta, 2000.

LUIS JAIME CORTÉS, *Favor de no disparar sobre el pianista*, México, Conaculta, 2000.

SILVIA L. CUESY, *Silvestre Revueltas*, México, Planeta, 2004.

Diálogo de resplandores: Carlos Chávez y Silvestre Revueltas, edición de Yael Beltrán y Ricardo Miranda, México, Conaculta, 2002.

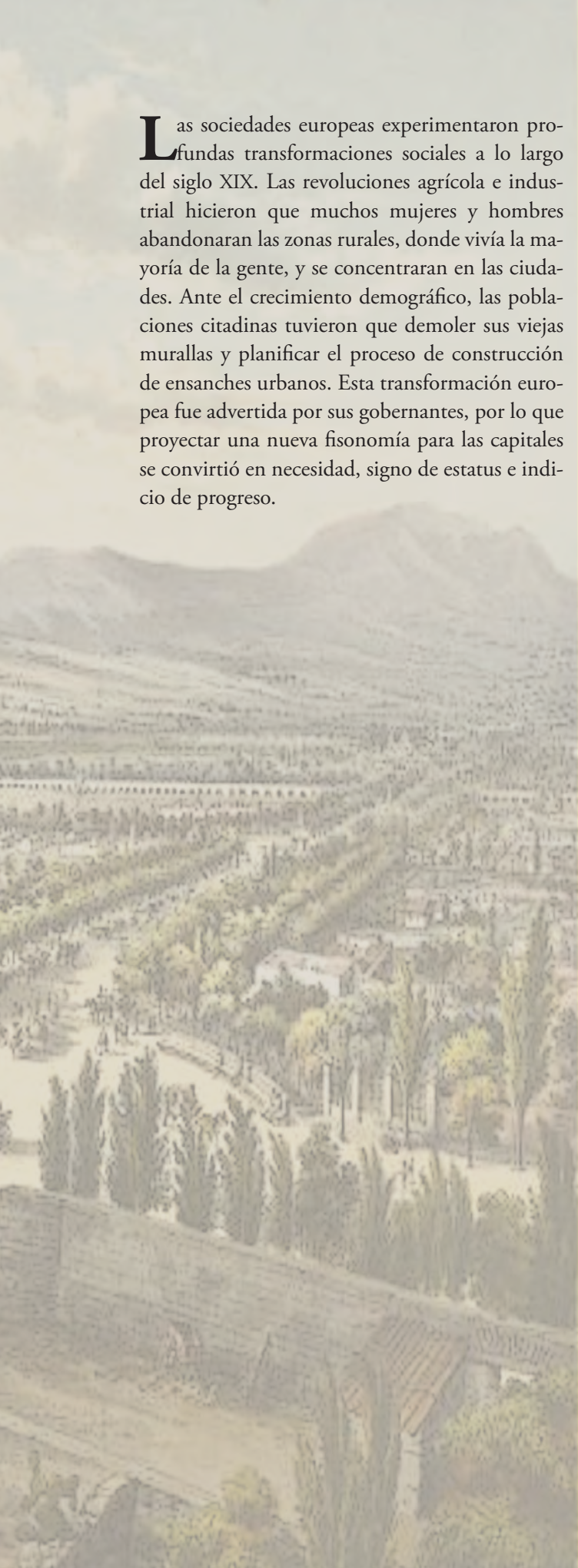
ELENA GARRO, *Memorias de España, 1937*, México, Siglo XXI, 1992.

La ciudad que soñó y proyectó Maximiliano

Sergio Estrada Reynoso

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM





Las sociedades europeas experimentaron profundas transformaciones sociales a lo largo del siglo XIX. Las revoluciones agrícola e industrial hicieron que muchos mujeres y hombres abandonaran las zonas rurales, donde vivía la mayoría de la gente, y se concentraran en las ciudades. Ante el crecimiento demográfico, las poblaciones citadinas tuvieron que demoler sus viejas murallas y planificar el proceso de construcción de ensanches urbanos. Esta transformación europea fue advertida por sus gobernantes, por lo que proyectar una nueva fisonomía para las capitales se convirtió en necesidad, signo de estatus e indicio de progreso.

Fernando Maximiliano de Habsburgo pudo ver cuando su hermano, el emperador Francisco José, mandó derrumbar las añejas murallas de Viena y construir en su lugar la avenida *Ringstrasse* (en español: Calle anillo), que no es otra cosa que un hermoso bulevar circular que rodea el centro de la capital. La nobleza y la alta burguesía vienesas se apresuraron a construir a lo largo de ella significativas obras arquitectónicas tanto públicas como privadas. Muy probablemente el archiduque de Austria imaginó un plan similar para la ciudad de México.

El Paseo del Emperador

Como es sabido, al poco tiempo de haber llegado Maximiliano a México, en 1864, dispuso irse a vivir al Castillo de Chapultepec, aunque todos los días se trasladaba al Palacio Imperial (Nacional) para el despacho habitual del trabajo, pero regresaba a comer en el alcázar del castillo y sobre todo pasaba ahí la noche.

Fue un día por la mañana, cuando se dirigía en carruaje a Palacio, bien por la calzada de la Verónica, atravesando la hacienda de la Teja hasta llegar a la glorieta con la estatua de Carlos IV, popularmente llamada *El Caballito*, bien por la vieja calzada y cañería de Chapultepec, cuando debió venir a la mente del emperador la idea de comprar los terrenos inmediatos al castillo, a fin de trazar una avenida que comunicara en forma directa la entrada del bosque con la glorieta del Caballito y formar un hermoso paseo. Se facilitaría de tal manera su diario traslado y regalaría al mismo tiempo a su capital con una vía bella y útil, muy del estilo de los bulevares y avenidas que se construyeron a lo largo y ancho de las principales ciudades europeas. Cuenta José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, que debería parecerse a la avenida de los Tilos de Berlín o a cualquiera de las hermosas arterias de París.

El paseo mexicano recibiría la denominación oficial de *Nuevo camino de Chapultepec*, si bien se le conoció popularmente como *Calzada Imperial* o *Paseo del Emperador*. Es hoy el *Paseo de la Reforma*.

Para el efecto de su construcción, en los diarios de la época apareció el siguiente aviso:

MAXIMILIANO (1865). DE FONDO: CASIMIRO CASTRO, "EL PASEO DE BUCARELI" (1856).

CONVOCATORIA

Se suplica a los señores empresarios que deseen encargarse de los trabajos del nuevo camino de Chapultepec, envíen sus propuestas antes del 27 de septiembre [de 1864] a las doce, a la oficina de la intendencia del palacio de México. El proyecto del camino, el cuaderno de cargos, la factura y el modelo de contrata están depositados en la misma oficina donde se podrá tomar conocimiento de ellos solamente hasta el día 27, de las nueve a las once por las mañanas, y de una a cuatro por las tardes.

Maximiliano no deseaba que la vía proyectada fuera un mero camino abierto entre la maleza. Por ello comisionó a su ministro Luis Robles Pezuela a ocuparse del trazo de la misma, encargando de llevarlo a cabo al Inspector de Caminos, Miguel Iglesias, y al Director de las Calzadas del Centro, Benito León Acosta.

Entonces se suscitaron algunas dificultades de entendimiento con respecto a lo que realmente quería Maximiliano, por lo que el mismo emperador, desde el claro central de la fachada del Castillo, explicó a los ingenieros que deseaba que el trazo fuera una línea recta que uniera la estatua de Carlos IV con el lugar en el que se hallaban parados. Resuelta la mala inteligencia, se emprendieron los trabajos de apertura, debiendo tener la parte central de la calzada 18 metros de ancho y nueve metros cada una de las banquetas. Como al trazo lo interrumpían 18 arcos del acueducto de la calzada de la Verónica, éstos debieron ser derrumbados para que el planeado camino real fuese una línea recta.

Concluido el trazo, que tuvo una longitud de 3,435 metros, la construcción de la calzada fue contratada con los hermanos Juan y Ramón Agea, ambos profesores de la Acade-

mia de San Carlos. Se pactó entre ellos y el gobierno que el precio fuera de \$90 mil pesos, debiendo formarse con pavimento *macadam* de cascajo de río. Los Agea emprendieron los trabajos y se avanzó mucho, de modo que la construcción de la vialidad estaba ya muy adelantada cuando el Segundo Imperio cayó y la administración de Benito Juárez volvió a la ciudad de México.

Para abrir la avenida se había tenido que indemnizar a los dueños de los terrenos, a quienes se pagó de la caja particular de Maximiliano; además, se planeaba que del tesoro público se compraran los lotes laterales al nuevo camino, que serían un par de anchas franjas en las que se vislumbraba la construcción de un total de 20 edificios de utilidad pública, cada uno de los cuales contaría con un jardín y una plaza. Asimismo, toda la calzada debería tener cuatro hileras de árboles, bancas de hierro, fuentes e irrigadores. En el centro de la avenida se proyectaba hacer una gran glorieta con una fuente monumental dedicada a Cristóbal Colón.

RETRATO DE
JUAN Y RA-
MÓN AGEA.
PINTADO
POR JUAN
CORDERO
(1847).





En realidad, el *Paseo del Emperador* era sólo parte de un gran y nuevo plan urbanístico que Maximiliano imaginaba para la ciudad. En los momentos en que se decidió la partida del ejército francés, y quedando abandonado a sus propios esfuerzos, el artista y soñador archiduque se entretenía en trazar con tinta roja sobre un *Plano general de la ciudad de México en 1866* y un mapa titulado *Plano del Pueblo de Chapultepec* las reformas que su fértil imaginación le dictaba. Ambos planos se conservan en la mapoteca “Manuel Orozco y Berra”.

Más proyectos imperiales

En la litografía del *Plano general de la ciudad de México en 1866* (ver p. 83), Maximiliano definió imaginariamente las siguientes reformas urbanísticas: partiendo del corazón de la ciudad, en la Plaza de Armas, se construiría el monumento a la Independencia, se aislaría la Catedral y en consecuencia se demolerían el Sagrario, el antiguo Colegio de Infantes (Seminario) y el edificio de la Mitra. Alrededor de la Catedral habría una plaza rectangular que concluiría en el alineamiento de la calle de Plateros. En las esquinas de la plaza, frente a la fachada de Catedral, se colocarían dos

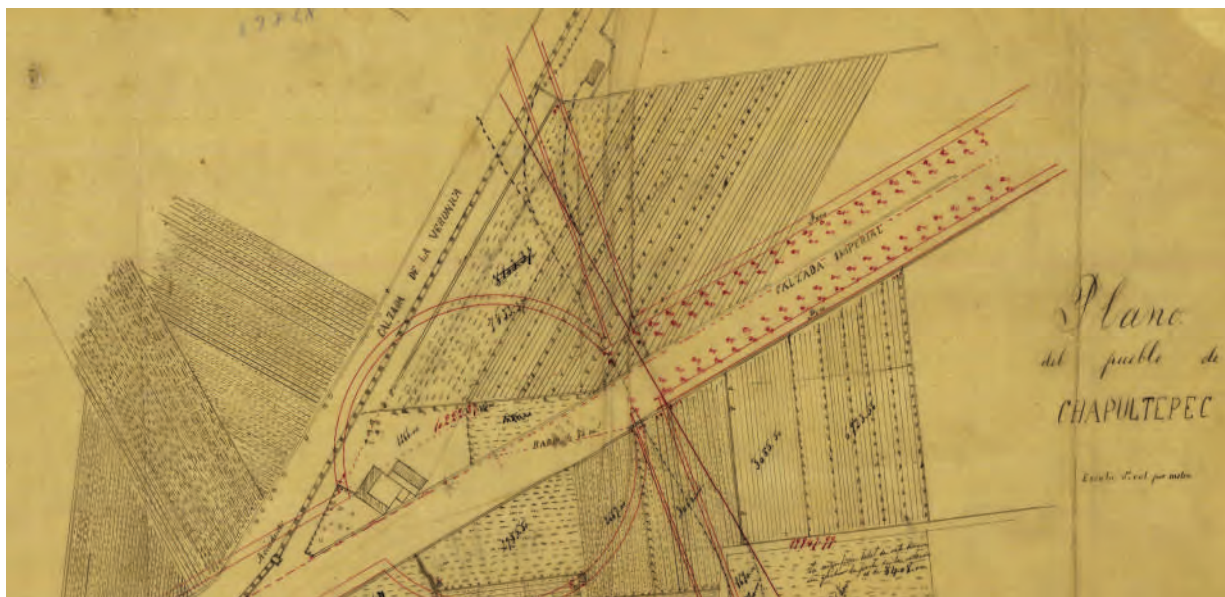
grandes fuentes al estilo de las de San Pedro en Roma. Estas reformas y otras que más adelante se apuntan, pueden observarse con claridad en otro mapa de título *Proyecto del zócalo y edificios que lo rodean* (ver p. 82 abajo), plano [de Ramón Rodríguez Arangoity] resguardado también por la mapoteca “Orozco y Berra”.

Al oriente de Catedral, a un costado de la calle de Seminario, la intención era derrumbar parte de las casas del Arzobispado, formando allí otra plaza que cedería jardín a dicho edificio. En el otro costado de Palacio, se demolería la antigua plaza del Volador (hoy sede de la Suprema Corte de Justicia) y más al este, se derribaría también el mercado de la Merced, donde Maximiliano planeaba poner una plaza de recreo para niños, con una gran fuente en el centro, muchos bancos y mucha sombra.

Detrás de Palacio, se proyectaba formar la Plaza del Correo Mayor, a fin de dar entrada a la biblioteca, museo y teatro nacionales.

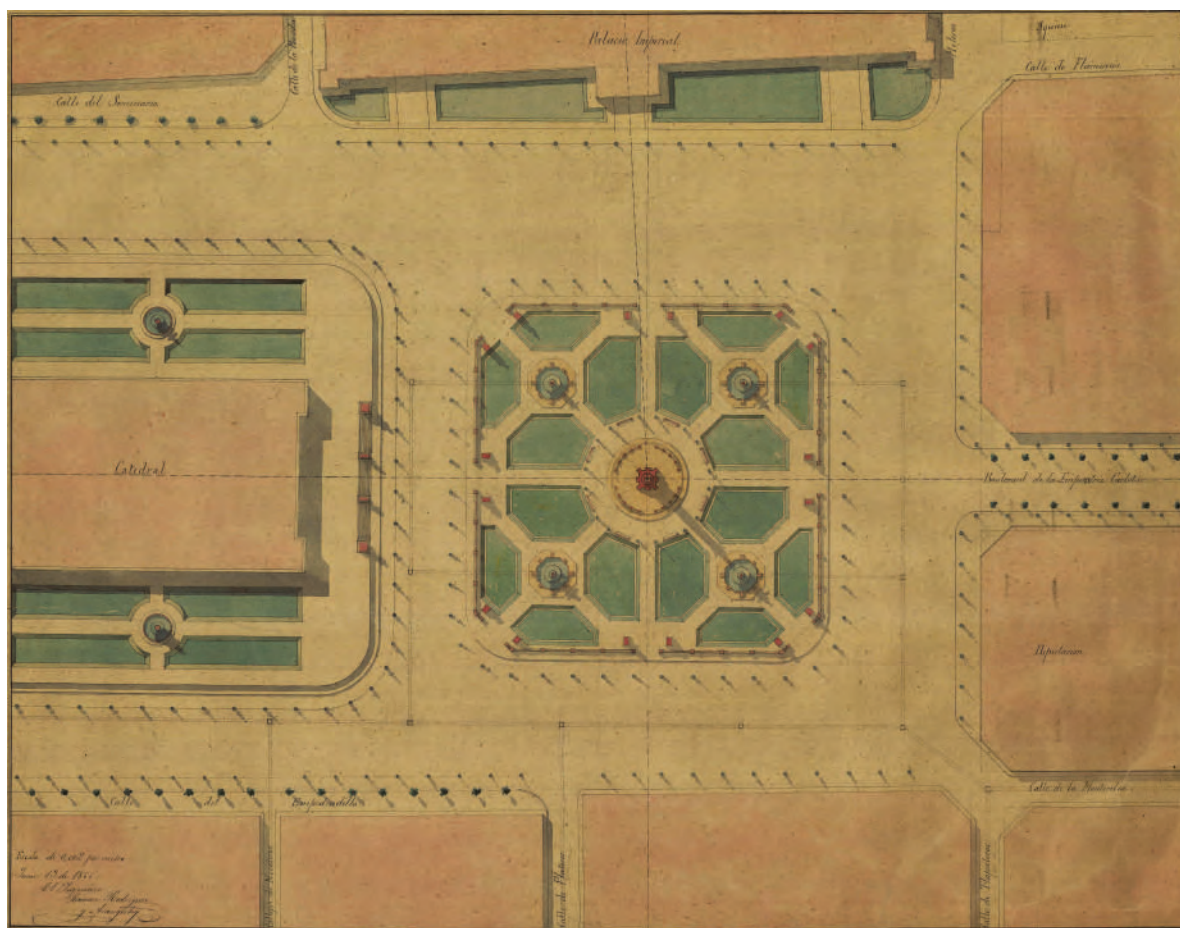
El emperador proyectaba, igualmente, la ampliación de las calles de Plateros, San Francisco, Corpus Cristi, Calvario, Hospicio de Pobres y ex Acordada (hoy Madero), para lo cual se de-

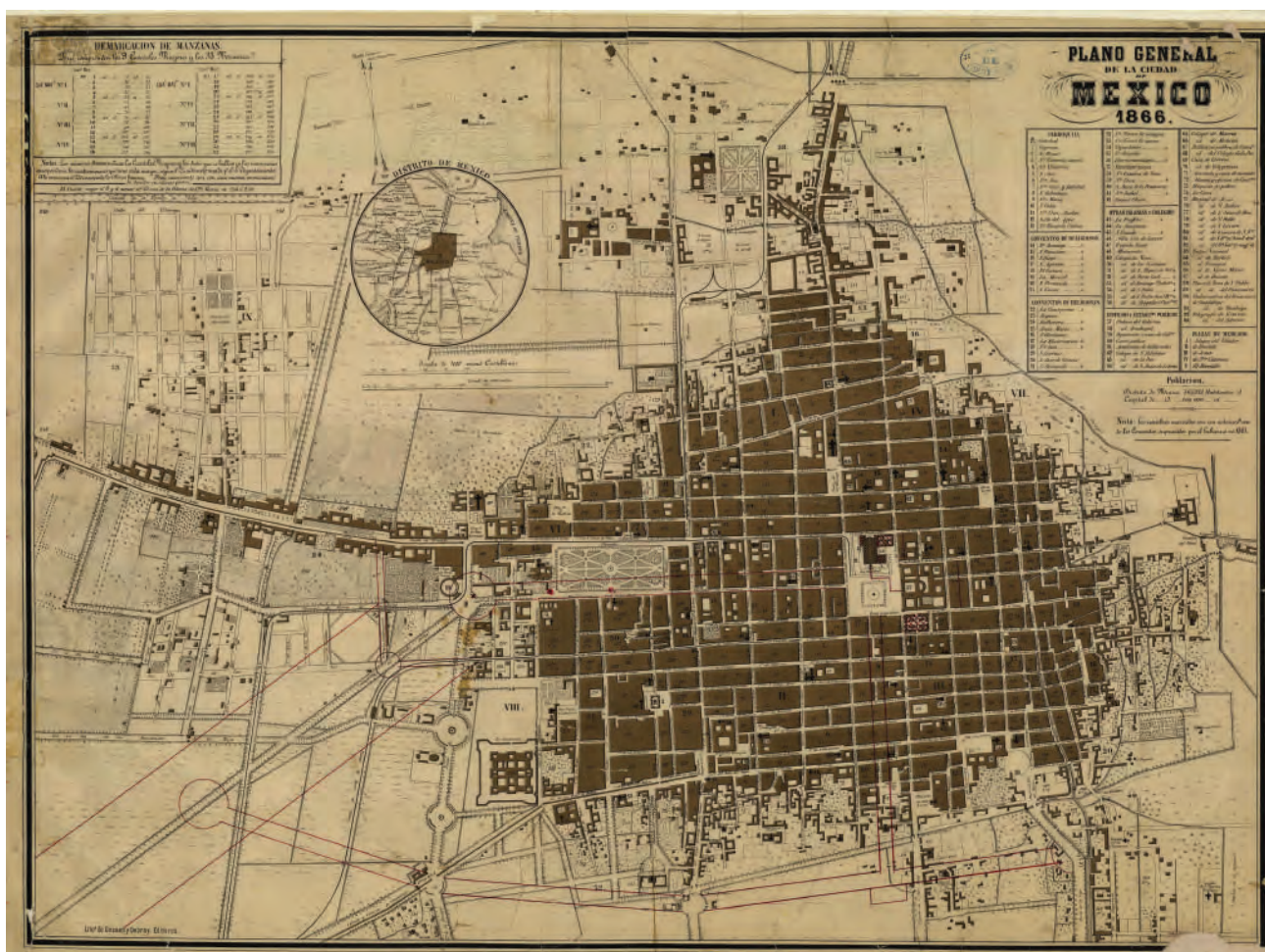
MÉXICO EN LA REVISTA “DE HO-LLANDSCHE ILLUSTRATIE” (1865).



rumbaría todo el alineamiento del lado norte y arrasarían muchas manzanas con monumentos arquitectónicos coloniales como la Casa de los Azulejos y el adoratorio de la Profesa. Asimismo, con esta ampliación se reduciría parte de la Alameda y así hasta salir al poniente de la ciudad y

llegar al *Paseo del Emperador* en el punto donde estaba la estatua ecuestre de Carlos IV, la cual se planeaba mover unos quince metros hacia el norte para que quedara exactamente en el centro del cruce de la *Calzada Imperial* y la ampliación de las antiguas calles.





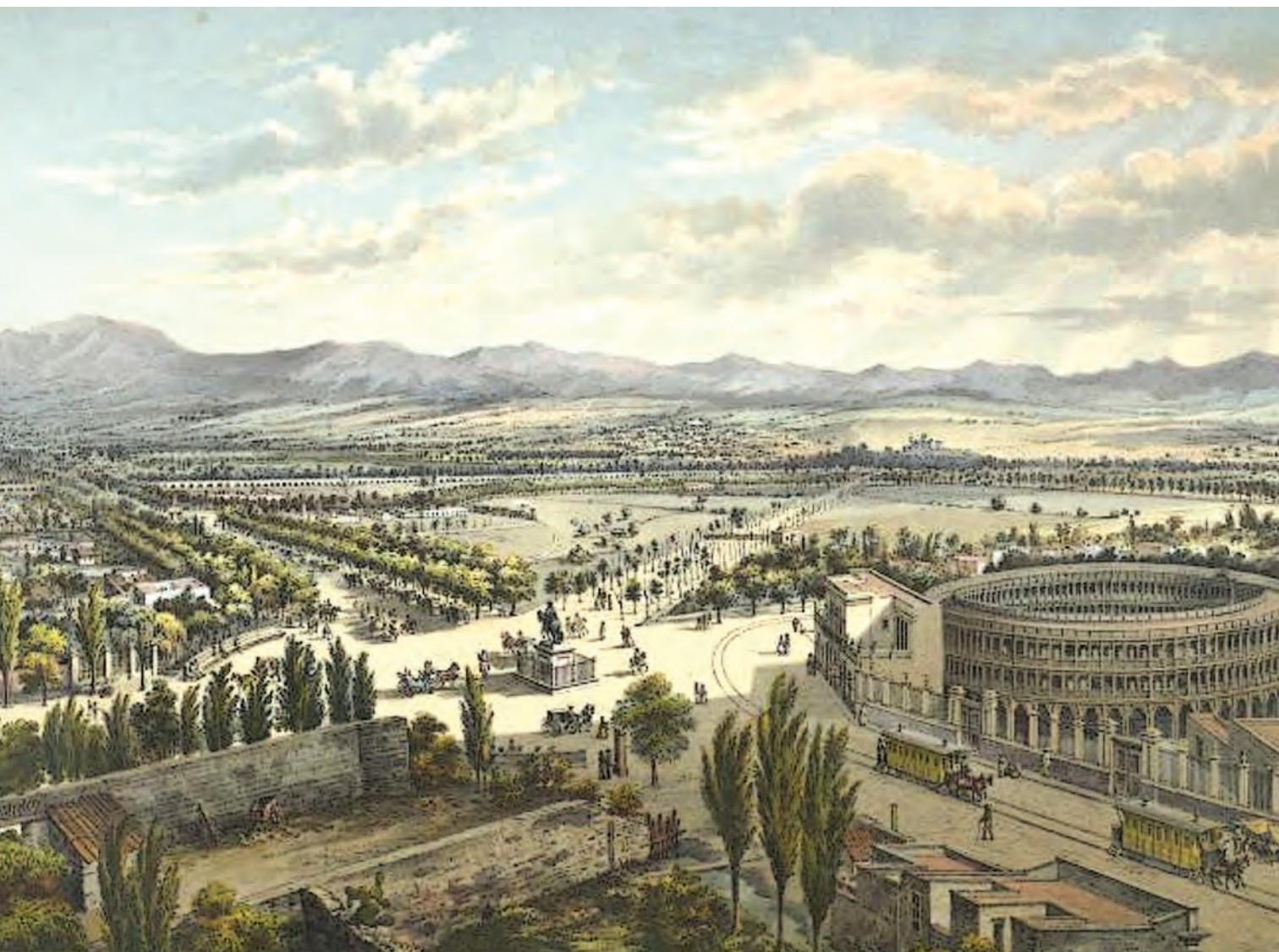
Otra avenida sería la perpendicular al sur del centro de Catedral hasta salir al Potrero del Cuarterito y llevaría el nombre de *Boulevard de la emperatriz Carlota* (hoy 20 de Noviembre). Al final de ese bulevar, se construiría un nuevo Colegio Militar. De este punto partirían otras dos avenidas, una hacia el oriente, que se conectaría con el Paseo de la Viga, la otra se prolongaría por el poniente, enlazándose y formando glorietas, primero en la Garita del Niño Perdido, luego en la Garita de Belén, finalizando y cerrando el circuito para unirse con el *Paseo del Emperador* en el punto medio de la glorieta de Colón.

En el mapa titulado *Plano del Pueblo de Chapultepec* (en la pág. 82 arriba), el emperador marcó, también con tinta roja, qué arcos del acueducto que iba por la Calzada de la Verónica habrían de derrumbarse. En rojo se ve también otra gran glorieta, de 75 metros de radio, en la cual ignoramos que se imaginaba hacer y se observa además un trazado con el mismo color, donde se señalaba

que el ancho no debía ser el señalado inicialmente en el plano, sino el marcado con rojo. Se aprecian una serie de puntos carmesíes con simulación de sombra, que son indicaciones del sembradío arbóreo que debía hacerse a los costados del nuevo camino real. Por último, se aprecia con la misma tinta que se proyectaba la unión de la *Calzada Imperial* al norte con la Calzada de la Verónica y al sur con la Calzada de Tacubaya.

La gran mayoría de los referidos ensueños imperiales se harían según proyecciones y planos del arquitecto Ramón Rodríguez Arangoity, destacado artista mexicano, quien después de diez años de haberse perfeccionado en Roma y París fue llamado en enero de 1865 por el emperador para que se encargara como ingeniero de las obras del Palacio Imperial, Chapultepec, sus casas de Cuernavaca, el Castillo de Miramar, los monumentos de Colón, Hidalgo, Guerrero, Iturbide y múltiples proyecciones urbanísticas.

Dentro de las imaginadas reformas urbanís-



CASIMIRO
CASTRO, "EL
PASEO DE
BUCARE-
LI" (1856).

ticas, el archiduque Maximiliano tenía contemplado un sistema hidráulico mayúsculo, con una gran máquina de vapor doble. El artefacto abastecería de agua al monumento de la Independencia, las fuentes de la plaza, las fuentes de la Alameda, el monumento a Colón, los irrigadores de las calzadas, los mercados, las fuentes públicas y todas las casas particulares hasta sus pisos más elevados.

Conjuntamente, se contemplaban para la ciudad un nuevo *empedrado* (con un sistema similar al de Viena o Milán con bloques de pedregal); un *alumbrado general con gas* (con faroles de ornato en las plazas monumentales y bulevares); un sistema de *relojes eléctricos* como el de Bruselas (los relojes principales estarían en iglesias y edificios públicos, serían transparentes

y alumbrados con gas y a quienes desearan un reloj se les requeriría una cuota, como en el caso del agua).

Se contemplaba que los drenajes de las casas y aguas pluviales deberían reunirse en un mismo ducto general, donde se juntarían además los tubos de gas y de agua, los hilos eléctricos, etcétera. La cañería tendría tales dimensiones como para que fuese posible hacerles limpieza al menos dos veces al año.

Finalmente Maximiliano tenía planeados sistemas para *Casas de matanza* o rastros, (que se erigirían en los puntos cardinales de la ciudad), *Lugares públicos*, *Lugares de salvación*, *Bomberos*, *Hospitales* y *Cementerios*.

Ahora bien, de todas aquellas fantasías urbanísticas y tal como saben los actuales habitantes

de la ciudad, tan sólo llegó a concretarse el *Paseo del Emperador*, con la idea y al costo del propio archiduque.

Esta avenida es hoy muestra de orgullo para los habitantes de la ciudad y muchos sienten por ella un entrañable aprecio. Pocos conocen su origen, de ello se encargaron los gobiernos liberales que sucedieron a Maximiliano y se empeñaron en borrar los vestigios del fenecido Imperio. Así, el periódico *El Siglo XIX* publicó en enero de 1872 esta curiosa nota:

LA CALZADA DEL EMPERADOR

Van a plantarse árboles en
ella y también se trata de ni-
velarle el piso. Como ya
no hay emperador y
va a ser reformada esa vía,
se llamará:
Paseo de la Reforma.

El emperador Maximiliano, al igual que otros monarcas europeos, fue impulsado por el deseo de preparar y conseguir un nuevo rostro para la ciudad de México. Con ello buscaba adaptar la capital de su imperio a las nuevas exigencias sociales y demográficas. De allí que llegaron a México sinnúmero de arquitectos europeos, pero fue voluntad del archiduque que la mayoría de las obras fueran planeadas por el mexicano Rodríguez Arangoity.

La ciudad de México crecería y adquiriría un semblante que nada tuvo que ver con lo que soñó Maximiliano.

Tal vez sea sólo por la simpatía que todo lo anterior despertó en quien escribe estas líneas, pero lo cierto es que al conocer la amplia gama de los ambiciosos designios imperiales, no podemos dejar de sentir una ligera sensación de que algo muy importante perdimos con la muerte de Maximiliano, acaecida el 19 de junio de 1867.



PARA SABER MÁS:

EDUARDO BÁEZ MACÍAS, *Guía del archivo de la Antigua Academia de San Carlos*. 1781-1910, México, UNAM, 2003.

JOSÉ LUIS BLASIO, *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte*, México, UNAM, 1996.

*Visitar la mapoteca "Manuel Orozco y Berra", avenida Observatorio 192, col. Observatorio, México D.F.

*Consultar el catálogo en línea de la mapoteca "Manuel Orozco y Berra": <http://w2.siap.sagarpa.gob.mx/mapoteca/>. Se podrán descargar gratuitamente el *Plano General de la ciudad de México en 1866*, el *Plano del Pueblo de Chapultepec* y el *Proyecto del zócalo y edificios que lo rodean*.

<http://w2.siap.sagarpa.gob.mx/mapoteca/mapas/951-OYB-725-A.jpg>

<http://w2.siap.sagarpa.gob.mx/mapoteca/mapas/831-OYB-725-A.jpg>

<http://w2.siap.sagarpa.gob.mx/mapoteca/mapas/1500-OYB-725-A.jpg>

EL
EMPERADOR
EN 1867.

Recordar para comprender:



Gilberto Bosques Saldívar

*Testimonio de un defensor
de los derechos humanos*

(1892-1995)

El testimonio de Gilberto Bosques Saldívar que, presentamos a continuación, constituye una muestra de las posibilidades de la diplomacia mexicana para la defensa de los derechos humanos y la salvaguarda de la paz internacional.

Bosques merece una página en la historia, entre otras cosas, por sus valerosas acciones como cónsul general de México en París (1938-1943) y, en particular, por cumplir la palabra del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) de auxiliar a los refugiados de la guerra civil española, en lo que tuvo un papel notable y es más conocido (1936-1939). Los desplazados emigraron de su tierra a causa de sus ideas políticas y sociales, contrarias a la dictadura de Francisco Franco, protagonista de la embestida fascista que derribó la Segunda República Española, elegida democráticamente en 1931.

Pero los actos del diplomático mexicano van más allá de su interpretación ética y moral del derecho internacional y la defensa de la libertad. Gilberto Bosques destaca también, de manera sobresaliente, por su voluntad de asistir a los judíos perseguidos durante la segunda guerra mundial, cuando la Alemania del III Reich, por razones raciales, retiró a



estas personas su nacionalidad, les limitó sus opciones de ingreso a otros países ya fuera como inmigrantes, refugiados o asilados políticos. Las víctimas perdieron un estado que representara sus intereses y respaldara hasta el final su solicitud de asilo. Esta

RUINAS
DEL CAS-
TILLO DE
BAD GO-
DESBERG.



1333. FH 3 - GODESBERG

situación los convirtió en individuos no repatriables. Frente a esta anomia jurídica, los tratados y las convenciones internacionales quedaron cortos en cuanto a la defensa de los derechos ciudadanos y humanos.

El éxodo judío, de acuerdo con la historiadora Daniela Gleizer, planteó un problema nuevo a la política inmigratoria mexicana porque, en esos años, no contemplaba dentro de su legislación la

figura del refugio, vigente en Europa y entendida como una práctica humanitaria y colectiva; incorporada en nuestra Ley General de Población hasta 1990, es diferente de la institución del asilo, extinta en el Viejo Continente pero propia del derecho interamericano desde 1823 y definida, por acuerdo de Lázaro Cárdenas, con un carácter político e individual el 1º de diciembre de 1936. El vacío legal antes descrito, según la especialista, propició la aplicación de prácticas discrecionales que dependieron de las circunstancias político-económicas, nacionales e internacionales del momento, e incluso de reservas ideológicas de sesgo antisemita que, en muchas ocasiones, prevalecieron sobre cualquier razonamiento pragmático o legal. De hecho, México acogió desde 1937 hasta 1948 a 22,123 refugiados españoles, mientras que durante el periodo nazi (1933-1945) los especialistas estiman que sólo recibió un promedio de entre 1,850 y 2,250 refugiados judíos. La comparación evidencia que el número de estos refugiados, admitidos en tierras nacionales a lo largo del periodo cardenista y avilacamachista fue muy reducido.

En ese ambiente bélico y de incertidumbre normativa, Gilberto Bosques ejerció facultades extraordinarias para otorgar el asilo a las personas que los estados totalitarios europeos amenazaban expulsar por causas políticas o raciales. Aceptó el riesgo a sabiendas de que al violar las disposiciones de México y las naciones en conflicto, sus actos serían duramen-



te sancionados. No obstante, él siempre creyó que las razones humanitarias y el derecho de gentes anteceden a cualquier impedimento legal.

El 1º de septiembre de 1938, el poblano Gilberto Bosques, maestro, político y periodista, ocupó el cargo de cónsul general de México en París. El presidente Lázaro Cárdenas le encomendó la misión específica de procurar el asilo a los republicanos españoles que a partir de enero de 1939 se habían

refugiado en esa nación mientras lograban salir a nuestro país para establecerse de forma temporal o definitiva. El mandato era difícil de instrumentar porque el gobierno galo no recibió a los republicanos españoles como amigos. Por el contrario, los internó en campos de concentración porque desconocía el derecho de asilo, además de discrepar de las ideas izquierdistas de los exiliados y por considerarlos una carga económica. Desde los primeros días de 1939, con el aval de la Secretaría de Gobernación, Narciso Bassols, jurista y ministro de la legación de México en Francia, solicitó a la Secretaría de Relaciones Exteriores autorización para que el Consulado General documentara, a la brevedad posible, tanto a los exiliados españoles como a los perseguidos políticos de diversas nacionalidades que huían de las represalias fascistas y necesitaban de un lugar para vivir. Pero las cosas se complicaron todavía más cuando en abril de ese año, la República Española fue reemplazada por el gobierno totalitario de Francisco Franco y el 1º de septiembre de 1939, Alemania invadió Polonia para dar inicio a la segunda guerra mundial.

La historia de Francia cambió radicalmente al momento que los nazis bombardearon París. El 10 de junio de 1940, el gobierno francés abandonó esta ciudad capital e invitó a los jefes de las representaciones diplomáticas a salir de la capital para instalarse en la provincia. Ese mismo día, Italia declaró la guerra a Francia e Inglaterra.

Las tropas nazis avanzaron sobre Francia y ocu-

paron París. El mariscal Philippe Pétain, quien se hizo cargo del gobierno francés, decidió que ante la derrota y la posibilidad de negociar una paz menos onerosa, lo mejor era solicitar el armisticio a Alemania e Italia, lo cual hizo el 22 de junio. Mientras, desde Londres, el general Charles de Gaulle convocaba a sus compatriotas a la resistencia contra el invasor. Finalmente, el 25 de junio a la 1:35 horas las hostilidades cesaron. Francia aceptó un armisticio que dividía su territorio en dos áreas: la Francia ocupada por el ejército alemán, que comprendió la parte norte y la costa atlántica, incluyendo París,

así como la totalidad de sus colonias, y la Francia Libre, supuestamente autónoma, que abarcó el resto y reconoció como sede de sus poderes a la ciudad de Vichy, en el centro del país. Así surgió el régimen de Vichy o Estado Francés (État Français), nombre oficial del gobierno que sustituyó a la III República, liquidó la democracia parlamentaria e instauró un sistema político autoritario pro alemán. La derecha francesa, convencida de que sus compatriotas socialistas eran responsables del desastre bélico, justificó sus tendencias fascistas y su determinación de colaborar con la Alemania de Hitler.

Luis I. Rodríguez, sucesor de Narciso Bassols en nuestra legación, se ocupó entonces de reanudar las relaciones de México con Gran Bretaña, rotas a partir de la expropiación petrolera proclamada del 18 de marzo de 1938, así como de manifestar la solidaridad nacional con el pueblo francés. Asimismo, pese a los quebrantos morales, jurídicos y materiales del momento, el gobierno de México le ordenó solicitar al general Pétain autorización para continuar con la política de asilo ofrecida a los españoles refugiados en Francia y sus colonias. Pétain consintió aunque despreciaba a los rojos por sus ideas antifascistas y por sus vínculos con la resistencia francesa



en el combate al nazismo. El éxito de la negociación se formalizó con la firma del Acuerdo Franco-Mexicano el 22 de agosto de 1940. Ahora bien, no obstante la buena voluntad, el gobierno francés no siempre cooperó ni respetó la documentación mexicana que amparaba a los republicanos. Sucedió que las autoridades locales responsables de la Francia ocupada entregaron, ya fuera a los nazis o a la policía franquista decenas de exiliados españoles para realizar trabajos forzados en su país de origen o en Alemania.

Con apoyo en el Acuerdo Franco-Mexicano, Gilberto Bosques, cónsul general en

París desde 1938 —más tarde se trasladó a Marsella—, y ministro encargado de negocios en el periodo 1942-1944, se ocupó entonces de evacuar de los campos de concentración franceses a republicanos y brigadistas internacionales, así como a luchadores antifascistas y antinazis para trasladarlos a los castillos de Reynade y Montgrad en Marsella. Bosques rentó estos lugares para documentar a la gente mientras se instrumentaba su salida a México o cualquier otro país de América dispuesto a recibirla. La protección del Consulado General de México también se hizo extensiva a polacos, austriacos, judíos y alemanes antifascistas.

Los nazis invadieron la Francia de Pétain el 11 de noviembre de 1942. Acto seguido, las tropas de la Wehrmacht establecieron su control directo sobre todo el país, aunque mantuvieron la autoridad de Pétain para garantizar la colaboración de los vencidos. Ese mismo día, por instrucciones de su gobierno, Bosques entregó la nota de ruptura de las relaciones diplomáticas entre México y Francia y se preparó para afrontar las consecuencias. El día 14, oficiales del ejército alemán asaltaron la legación de México en Vichy y aprehendieron a los diplomáticos mexicanos para trasladarlos el 30 de enero de 1943

BOSQUES Y
SU ESPOSA
MARÍA
LUISA
MANJARREZ
(LISBOA
1946).

a la ciudad alemana de Bad Godesberg, donde permanecieron prisioneros por un año hasta que se gestionó, a través de la Casa Blanca, su intercambio por un número de alemanes detenidos en Cofre de Perote, Veracruz y otros lugares de la República.

Las puertas de la legación de México en Vichy estuvieron siempre abiertas a todos aquellos que huían de la barbarie fascista, pero las acciones de Gilberto Bosques reivindicaron de una manera sobresaliente la defensa del derecho de asilo. El 4 de julio de 1995 murió en la Ciudad de México Gilberto Bosques: un hombre singular de reconocimiento universal.

En homenaje a la destacada labor que realizó el diplomático mexicano en la protección de los judíos perseguidos por el nazismo durante el Holocausto, la municipalidad de la ciudad de Viena inauguró el 4 de junio de 2003, en el distrito 22 (Donaustadt), una calle a la que le dio el nombre de Paseo Gilberto Bosques. Ahora, procede ofrecer al lector un episodio de la vida de un hombre que interesa a la historia de todos los hombres.

Graciela de Garay
Instituto Mora

La ayuda a los judíos en el exilio *Testimonio de Gilberto Bosques Saldívar*

Antes de salir de Francia, tuve conocimiento de un plan para establecer en el país colonias agrícolas con inmigrantes judíos. Hice saber al general Cárdenas que no podía ser ni estaba fundado debidamente en la realidad ese proyecto de colonias agrícolas, porque normalmente los israelitas se ocupan de negocios que no los arraigan. El arraigo a la tierra, a la tierra extraña, está fuera de la mentalidad judía. Regularmente se ocupan de asuntos industriales, comerciales, de aquello en lo que, como se ha dicho, se puede levantar la tienda y volver al país de origen. Indudablemente la meta era volver, una vez terminada la guerra, si ésta terminaba. Volver era entonces la mayor y más honda aspiración judía.

Propuse al general Cárdenas que se hiciera un plan sobre un mapa de nuestros recursos naturales, zonas de producción de materias primas, vías de comunicación, es decir, de todo ese conjunto

de circunstancias en donde pudiera caber un proyecto de desarrollo industrial. En esos momentos Europa era campo de refugiados israelitas. Había técnicos y elementos que podrían aprovecharse con miras a un desarrollo industrial congruente, de acuerdo con nuestra realidad nacional, con la realidad potencial de nuestros recursos naturales. El presidente Cárdenas me dijo que se darían las órdenes a las secretarías de Gobernación y de Relaciones Exteriores para que yo tuviera amplias facultades y al efecto se seleccionara en Europa a técnicos y hombres capaces de venir y ofrecer una colaboración importante en nuestro desarrollo económico. En esos términos quedó para mí el problema que se presentó en una solicitud de migración masiva de familias israelitas.

De Polonia, Austria, Bélgica, Rumania, etcétera, emigraron familias buscando abrigo en Francia. Pero Francia fue ocupada en parte; a la otra, se le llamó zona no ocupada. En las dos, la población judía sumaba un grupo bastante numeroso e importante. Todos fueron objeto de una persecución enconada de parte de las autoridades alemanas de la zona ocupada. En París la persecución se realizó de acuerdo con lo establecido por las autoridades alemanas en leyes y disposiciones especiales.

Para establecer un mecanismo de persecución en contra de los judíos de la zona ocupada se formuló en París un estatuto que se llamó de las cuestiones judías. El primer y desgarrador espectáculo que se produjo en París fue cuando hubo algunos atentados en contra de los alemanes, con bombas que estallaron en el Barrio Latino. Las autoridades alemanas determinaron poner a la ciudad de París una multa de 1,000 millones de francos franceses. Esta multa debían pagarla los judíos. Además se enviaron a Alemania 93 judíos en calidad de rehenes. Más tarde se expidió, ya por el gobierno de Vichy, otro estatuto calcado del de los alemanes, y por el cual se creaba un comisariado, al frente del cual se puso a un conocido abogado antisemita.

De la zona ocupada fueron deportados 5,000 judíos a Alemania; y en la zona no ocupada, bajo el gobierno de Vichy, se hizo una *razzia* de 4,000 judíos, que fueron entregados a las autoridades

alemanas. Pero en París, con motivo de otros atentados, se capturó a todos los judíos, que tenían la obligación de llevar visible, en el brazo o el pecho, una estrella de David, que identificaba su nacionalidad. A esa población judía la dividieron en campos de concentración para varones, para mujeres y para niños.

En la zona no ocupada, como decía, se había hecho una redada de 4,000 judíos; que se entregaron a las autoridades alemanas. En esta forma, se desencadenó la persecución en toda Francia. Eso motivó una protesta del arzobispo de Toulouse. Protesta con carácter de cartas pastorales para ser leídas en todos los templos y que dio una expresión del dolor latente en todos los espíritus libres de aquel país. La persecución racista adquirió tales proporciones y tal resonancia en el exterior que, por ejemplo, la Comisión Nacional Francesa, que se estableció en Londres, lanzó una declaración que se conoció en todo el mundo en contra de la persecución de los judíos decretada por Vichy en la zona no ocupada.

Entonces creí conveniente proponer al gobierno, por conducto de Relaciones Exteriores, la ruptura de nuestras relaciones con Francia, esgrimiendo un principio de resonancia universal; un principio que estaba en una de las causas profundas de la misma guerra, porque traía como una bandera la persecución judía, el exterminio de la raza judía. La Secretaría de Relaciones, por lo que recuerdo, contestó diciendo que consideraría y examinaría esa propuesta, pero que por el momento creía que no era oportuno. Lo que yo creí que era imperativo para la Secretaría de Relaciones resultó no serlo.

En ese marco punzante del drama humano,



la asistencia y la ayuda para los perseguidos israelitas tomó la dimensión de un deber de carácter humano. No había tomado México una actitud franca, abierta, categórica en el asunto. Sin embargo, el drama estaba ahí y había que ayudar a esa gente. Nuestra ayuda consistió en la ocultación de ciertas personas, en documentar a otras, darles facilidades, mejor dicho, llevarlas hacia la posibilidad de una salida de Francia, salida que era muy difícil. Con la documentación mexicana salieron muchos. Algunos de ellos contaban con la admisión previa de parte del gobierno, a otros se les documentó para que simplemente se les protegiera, y se les ayudó, como decía, al procurarles la vía de salida de Francia y salvarse. Hubo casos que presentaban muchos escollos, dificultades y barreras que sobrepasar.

GILBERTO BOSQUES EN LA AVENIDA CANEBIÈRE. MARSELLA 1941.

Sin embargo, se extendió hasta lo posible la ayuda a esas personas. Nos encontramos con que, dentro de aquella proposición, aquella iniciativa mía para el presidente Cárdenas de traer buenos técnicos, se actuó también en tal sentido. Formamos, por ejemplo, todo un cuadro completo de diamanteros de Amberes que solicitaron venir a México, pensando que trabajarían junto al mayor mercado para el diamante, Estados Unidos. Traerían aquí todos los recursos financieros; su administración bancaria; hombres preparados para las grandes direcciones; todo el mecanismo de comercialización. Aquí se haría el trabajo de la talla de diamante y se emplearía en ello mano de obra nacional, unos diez mil obreros. Se formó todo ese cuadro de acción industrial, considerando que sería provechoso para el país en aquellas circunstancias. Una industria que tendría un desarrollo indudablemente importante. Además se salvaba a toda esa gente, en su mayoría, judíos.

El gobierno de México aceptó, vio lo positivo que tenía esa iniciativa y me autorizó para documentar a todos, incluyendo a los judíos que figuraban en las listas con su respectiva clasificación. Así se hizo, pero cuando llevaba unas diez personas documentadas de la industria diamantera, recibí instrucciones de suspender las visas y de recoger las expedidas. A esto último contesté a la Secretaría que no lo haría, porque estaba de por medio el nombre y la seriedad de mi país. El nombre de México, que estábamos cuidando con mucho esmero en circunstancias tan confusas.

Rompimiento de relaciones con Vichy

Al decidirse el rompimiento de relaciones entre México y el gobierno de Vichy estaba yo encargado de la legación. [...]

Recibí instrucciones de la Secretaría en el sentido de que presentara una nota de ruptura de acuerdo con lo manifestado al encargado de negocios de Francia en México. Yo no sabía lo que le había dicho la Secretaría. En el discurso del presidente Ávila Camacho, captado por radio por mis colaboradores, fundé la nota de ruptura que presenté al gobierno francés. No estaba Laval y no se encontraba tampoco el viceministro de Relaciones, Rochat. Estaba un señor Lagarde, que

había estado en México. Le entregué la nota de ruptura, acompañada de una ampliación verbal del texto de la nota, como es de rigor. Lagarde lloró, porque tenía un gran cariño por México.

Después de la ruptura nos preparamos para afrontar aquellas condiciones. Se tuvo que quemar el archivo de la legación. En esta situación, fue asaltada la legación por los alemanes. El hecho revistió aspectos bastante serios, violentos. Un oficial del ejército alemán, encargado de representar a su gobierno, vino con un grupo de la Gestapo, muy violento y brutal. Entonces se produjo un incidente. Me dijeron que abriera la caja fuerte para ver lo que había. Les dije: “Hay dinero, nada más”. El oficial respondió: “No, eso se respeta. Nosotros no venimos por dinero, sólo queremos ver el contenido”. Abrí la caja y vieron que sólo había dinero. Pero vino la ofensiva de la Gestapo, que por teléfono pidió órdenes, hubo carreras, consultas. Todo para obligar al oficial a decomisar los fondos de la misión, una cosa bastante grave. Entonces obtuve la promesa del oficial de que se levantaría un acta en la que se haría constar mi protesta por el acto cometido. Eso no lo aceptaron los de la Gestapo. La nota que redacté era el recibo de los fondos y en la parte final venía la protesta, en términos enérgicos. Los de la Gestapo querían obligar al oficial a que no levantara el acta, menos a firmar un recibo del dinero. Entonces este señor me dijo: “Yo soy miembro del ejército. Me ordenaron esta clase de actos en comisión especial. He aceptado por disciplina. El ejército alemán se deshonorra con un acto de esta naturaleza y, como ya le di mi palabra, le voy a firmar el recibo, pero le suplicaría que suavizara la parte final de la protesta”.

Se cambió el texto final en medio de un tumulto tremendo de los agentes, que parecían dispuestos a matarnos. Estábamos los dos arrinconados en el ángulo de la pieza, tras de mi escritorio, ante la avalancha de esos señores. Gritaban, subidos en los escritorios, en una ofensiva terrible. El oficial me dijo: “Yo cumplo mi palabra”, y firmó el documento. Se consumó la ocupación de la legación. Despaché a todo el personal. Esperé a que avanzara un poco la noche para salir de ahí, casi con la seguridad de que sería despojado del documento

en el trayecto de la legación al hotel. Di un rodeo, ya conocía muy bien Vichy, hasta que me cercioré de que no era seguido. Por la importancia del documento tomé todas esas precauciones. Al llegar al hotel me dirigí a las habitaciones del ministro de Suecia. Este país se iba a encargar de nuestros intereses, pero esto todavía no estaba formalizado. Le pedí al ministro a título personal el resguardo del documento. Fue aceptada mi petición. Además, le pedí una copia certificada del mismo, para conservarla, cosa a la que accedió teniendo, como él lo comprendió, tanta importancia política esa constancia documental. Me dijo: "¿Cómo ha obtenido usted este documento? Porque esto compromete a las autoridades alemanas de una forma enorme; eso fue un robo".

Luego se hicieron gestiones para nuestra salida de Francia. Nos mandaron a Amélie-les-Bains; de ahí para Mont d'Or, y después nos entregaron a los alemanes. Hicieron gestiones muy activas, inmediatas, las autoridades alemanas, para devolver el dinero y recabar el documento. Según supimos después, el oficial fue fusilado. Claro que en el momento que llegaron estos señores y manifestaron que iban a ocupar la legación, me dirigí al ministro por teléfono. Después mandé al secretario Martínez Vaca a que comunicara lo que estaba sucediendo y pedí las garantías y que se detuviera un acto de esa naturaleza. La respuesta verbal fue que las autoridades francesas no podían hacer nada porque ellas estaban bajo la autoridad alemana, instalada en Vichy. Al día siguiente de los hechos que acabo de relatar, vino la comunicación de Estocolmo autorizando a su misión en Francia para que se encargara de nuestros intereses en ese país. Después nos llevaron a Alemania perfectamente presos.



PUERTO DE MARSELLA.

El traslado a Bad Godesberg

Como decía, de Vichy fuimos trasladados a Amélie-les-Bains, sobre los Pirineos, con la declaración oficial de que el gobierno francés había escogido ese lugar de paso en tanto se hacían los arreglos necesarios para nuestra salida de Francia y nuestro regreso a México. Era un punto de espera mientras esas negociaciones se llevaban a cabo, para lo cual comisionaron a un cónsul francés, funcionario del ministerio, y a algunos policías franceses encargados de cuidarnos. Posteriormente, nos llevaron a Mont d'Or en el departamento de Clermont-Ferrand para entregarnos allí a los alemanes.

Cuando estábamos en Amélie-les-Bains, creíamos que era posible que se cumplieran las obligaciones del gobierno francés de darnos las facilidades para salir del país. Pero cuando vimos que habían salido las legaciones de Cuba y Bolivia, y nos quedábamos el resto de las misiones, empezamos a sospechar que había una tardanza significativa.

Mientras esas negociaciones se cumplían llegamos a Mont d'Or. En el hotel ya estaban los soldados y guardias alemanes, así como oficiales



POSTAL DEL
RHEINHOTEL
DRESEN,
EN BAD
GODESBERG
(DONDE
ESTUVIERON
PRESOS LOS
DIPLO-
MÁTICOS
MEXICANOS)

de la Gestapo que se mezclarían entre nosotros para vigilar nuestros movimientos. Fue entonces cuando se nos comunicó, como lo dije en la nota que dirigí al gobierno de Laval, que seríamos trasladados a Alemania. La nota la mandé con el ministro de Suecia en Vichy. El ministro era un hombre gentil, muy buen diplomático. Antes de entregar la nota, me llamó por teléfono para decirme que creía conveniente, dados los términos enérgicos de la nota, que se presentara después de nuestra salida para Alemania. Le supliqué que la entregara inmediatamente, porque no quería que se interpretara en alguna forma indebida el retraso en la entrega, después de nuestra partida. Y así lo hizo, la llevó de inmediato. El mismo día me habló por teléfono para comunicarme que había presentado la nota, que naturalmente nunca tuvo respuesta.

A nuestra salida, todos los funcionarios contábamos con un poco de dinero, a pesar de las circunstancias del cambio. Los francos franceses no servían absolutamente para nada en Alemania. Algunos de nosotros hicimos en un banco francés una transferencia de fondos para un banco alemán. La entrega tardó en efectuarse, pero se arregló después.

Las asistencias en el hotel, comidas, habitaciones y aseo corrieron por cuenta de los alemanes. La comida era muy mala, muy reducida. Recibíamos paquetes de la Cruz Roja Internacional, que nos entregaban con mucha exactitud y que servían un poco para aliviar esas carencias alimenticias. En mi caso, las dedicábamos a mis tres hijos, para que se defendieran un poco de aquella comida deficiente.

La vida en Bad Godesberg

Suecia puso mucho empeño en nuestro caso, como en otros seguramente. Antes de que nosotros llegáramos a Bad Godesberg el conde Von Rosen, de la legación de Suecia, se encargó de apartar buenas habitaciones para los 43 mexicanos que teníamos que ocuparlas. Las reservadas a la familia Bosques eran amplias, con terrazas y baños. Solamente a mi hijo Gilberto le asignaron un cuarto muy cerca, colindando con el departamento que tenía Hitler reservado en el hotel para descansar en algunas ocasiones. Nosotros estábamos en la misma planta, pero en otra ala.

Cuando llegamos al hotel prisión, el delegado del gobierno alemán nos reunió a los jefes de misión, que para ellos sólo éramos jefes de gru-

po porque no nos concedían *status* diplomático.

El representante alemán nos leyó un reglamento al que teníamos que estar sometidos. Un reglamento que cerraba toda posibilidad de libertad, muy severo. Cuando acabó la lectura, pedí hablar con este señor. El delegado se rió, porque decía no comprender para qué quería yo hablar con él. Le manifesté que todo el personal mexicano se sometería al reglamen-

to que acaba de leernos, porque México estaba en guerra con Alemania y por ello éramos prisioneros de guerra. Que podía estar seguro de que no pediríamos ninguna excepción, ninguna gracia sobre esas disposiciones, pero que tampoco aceptaríamos ningún trato vejatorio, como acostumbraban ellos con los prisioneros. Me preguntó cómo qué podría ser. “No sé”, le contesté. “Nosotros no vamos a aceptar ningún acto vejatorio”. Me dijo entonces: “Pero precise usted”, a lo cual señalé: “Bueno, si es una cosa leve, podemos acudir al país que tiene nuestros intereses; si es una ofensa grave no sabría decirle. Los mexicanos nunca sabemos cómo vamos a reaccionar a una ofensa. Mientras mayor sea, mayor será la defensa de nuestra parte”. Y de pronto, como una reflexión un tanto tardía, me dijo: “Bueno, no creo que se presente el caso”. Por otra parte, le dije: “Las relaciones entre usted y yo se van a hacer por conducto de un funcionario de la legación, que será el primer secretario Gabriel Lucio. Solamente que haya algo muy importante lo trataremos usted y yo. Pero para el movimiento de personal o cosa parecida no hablaré con usted, sino que usted hablará con el primer secretario de la legación”. Y así quedó establecido. Finalmente aceptaron todas esas condiciones. Claro, a la larga representaron cierto respeto, cierta consideración personal para el grupo.

De parte de todo el personal mexicano se



PLACA-
HOMENAJE
EN VIENA.

mantuvo una actitud definida, cortés en los límites; una cortesía de cierta distancia, nada más. Nadie pidió una sola gracia o excepción del reglamento. Se mantuvieron todos con mucha dignidad. Tuvieron que reconocerlo los alemanes. Tal conducta se conoció en Suecia, que felicitó a la misión mexicana. [...]

Fragmento extractado del libro de Graciela de Garay, *Gilberto Bosques: el oficio del gran negociador*, 2ª edición, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Instituto Matías Romero, 2006 (“Historia oral de la diplomacia mexicana”, 1), pp. 71-81.

PARA SABER MÁS:

Gilberto Bosques Saldivar, México, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, 2010, pp. 111-115 (Biográficos).

DANIELA GLEIZER, *El exilio incómodo: México y los refugiados judíos, 1933-1945*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos/Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, 2011.

SHULAMIT GOLDSMIT y NATALIA GURVICH, (coord.), *Sobre el judaísmo mexicano. Diversas expresiones de activismo comunitario*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia-Programa de Cultura Judaica, 2009.

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN, *“Duras tierras ajenas...”*: *un asilo, tres exilios*, México, FCE, 2002.

PABLO YANKELEVICH (coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, INAH/Plaza y Valdés, 2002.

* *Visa al paraíso*, documental dirigido por Liliana Liberman, México, Producciones Nitya/Foprocine/Bambú Audiovisual/1,2,3 Producciones/ Ibermedia/ Shottama, A.C., 2010, duración 108 minutos.

FUENTES Y CRÉDITOS DE LA ICONOGRAFÍA

Nota: las imágenes que ilustran los textos de este número tienen las autorizaciones requeridas para su reproducción, otorgadas por sus distintos propietarios. En el Instituto Mora se abrió un expediente con los permisos tramitados para tal efecto.

* P. 4: “Carmelita Romero Rubio”, en P. F. Martin, *Mexico of the 20th Century*, E. Arnold, London 1907; “Prisión militar de Santiago Tlatelolco en 1913”, en *La Semana Ilustrada*, 28 febrero 1913; Reloj de Zacatlán, Pue., Col. Laura Suárez de la Torre; “Tren de mulas”, Topochico, Monterrey, s/f., Col. Graziella Altamirano.

* Pp. 22 y 23 arriba y abajo: Col. Adoración Trigo;

* Pp. 1 y 26: “Pancho Villa en prisión”, 1912, Col. ECVISA; p. 28 abajo: Col. ECVISA; p. 29 abajo: Col. ECVISA; p. 30: “Cartas de Villa a Madero”, Col. ECVISA; p. 32 abajo: “Billete con imágenes de Madero y Abraham González”, Col. Ramón Aureliano Alarcón.

* P. 37: “Salvador Lutteroth”, Col. Elsa Lutteroth; p. 36: portada de la revista de José G Cruz, “El Santo enmascarado de plata”, Col. Ramón Aureliano Alarcón.

* Pp. 1 y 46-51: portadas de la revista *Siempre!* (1960-85), fotografiadas por la autora del artículo, Lara Campos Pérez.

* P. 53 arriba y abajo: Col. Ramón Aureliano Alarcón; pp. 1 y 55, arriba, en medio y abajo: fotografías de Mariano Aparicio; p.56 arriba y abajo: Museo de Arte Popular.

* P. 58: Claudio Linati, “Morelos”, en *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, 1828, Col. Ramón Aureliano Alarcón; p. 59: MNH; p. 61 arriba: “Narciso Mendoza...”, México s/f, Col. Ramón Aureliano Alarcón.

* P. 70: José Ma. Fernández, “Plaza Mayor de México”; A. Gallice, “Plaza del Seminario”, ca. 1880; A. Gallice, “Catedral de México”, las tres de la Col. Ramón Aureliano Alarcón.

* P. 75: foto de grupo en España, ca. 1937, en Elena Garro, *Memorias de España, 1937*, Siglo XXI, México 1992.

* P. 78: Jean Adolphe Beaucé, “Maximiliano a caballo”, 1865, MNH; fondo pp. 78-79: Casimiro Castro, “El Paseo de Bucareli”, ca. 1856, Col. Ramón Aureliano Alarcón; p. 80: Juan Cordero, “Retrato de los hermanos Agea”, 1847, Fundación Fomento Cultural Banamex; p. 82 arriba: Anónimo, “Plano del pueblo de Chapultepec (ca. 1865-66)”; p. 82 abajo: Ramón Rodríguez Arangoity, “Proyecto del Zócalo y edificios que lo rodean (1866)”; p. 83: “Plano general de la ciudad de México (1866)”, Litografía de Decaen y Debray, 1866; los tres planos están en la Mapoteca “Manuel Orozco y Berra”/Sagarpa; p. 84: Casimiro Castro, “El Paseo de Bucareli”, ca. 1856, Col. Ramón Aureliano Alarcón.

* P. 89: “Bosques y su esposa”, 1946, Col. Laura Bosques Manjarrez; p. 90, de fondo: dibujo de Leopoldo Méndez, 1958, Col. Laura Bosques M.; p. 91: “Caminando en Marsella, 1941”,

Col. L. Bosque M.; p. 95: “Placa –homenaje en Viena”, 2012, fot. de Laura Suárez de la Torre.

*INAH-Fototeca Nacional/Archivo Casasola:

P. 5, “Retrato de Félix Díaz vestido de traje...”, fot. Casasola, ca. 1908; p. 16: “Ignacio Mariscal”; p. 27 arriba: “Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León”, ca. 1905, fot. Casasola; p. 27 abajo: “Pascual Orozco”, ca. 1912, fot. Casasola; p.28 arriba: “Félix Díaz en su oficina...”, ca. 1905-1907, fot. Casasola; p. 29 arriba: “Lecumberri”, fot. Nacho López; p. 31: “Madero con su secretario particular”, Cd. Juárez 1911; p. 71: “Plaza de la Constitución”, ca. 1945, fot. Casasola; p. 73 arriba: “S. Revueltas...”, ca. 1935, fot. Casasola; p. 76: “Revueltas...”, ca. 1926, fot. Casasola; p. 86: “Gilberto Bosques pronunciando un discurso...”; pp. 1 y 87 arriba: “G. Bosques”, ca. 1950-55, fot. Casasola.

*Dominio público:

Portada y p. 52: di_EGO, Blog Arte & Fotografía, 2012; p. 5: Logotipo México 68; p. 5: “Virrey Venegas”, en Rivera Cambas, *Los gobernantes de México*, 1872 (y en p. 11 arriba); p. 5: “Matías Romero”, en Albert S. Evans, *Our Sister Republic*, San Francisco 1870; pp. 1 y 6: “José Ma. Fagoaga”, en *México a través de los siglos*, 1887-1889; p. 7: “Acta...”; p. 8: “Caricatura de José Bonaparte”, ca. 1808-13; p. 9 arriba: Carle Vernet, “Napoleón at the gates of Madrid in 1808”, 1810; p. 9 abajo: “Cintillo”, periódico *El Español*, 1810; p. 10: Fco. de Goya, “Fernando VII”, ca. 1814-15; p. 11 abajo: “Virrey José Iturrigaray”, en R. Cambas, *op. cit.*; pp. 1 y 12: Edouard Manet, “The suicide”, ca. 1880; p. 13: Paul Cezanne, “The card players”, 1893; p. 14: Pavel Fedotov, “Gamblers”, 1852; p. 15: Paul Cezanne, “The card players”, 1893; p. 17: Carlos Romero, “Retrato ecuestre de Porfirio Díaz”, ca. 1900, MNH; p. 18: Alexandre Benois, “At the gambling house”, 1910; pp. 18-19: J. G. Posada, detalle de “Corrido de la muerte de Manuel González”, 1893; pp. 1 y 20: “Sunset over Catemaco”, 3, fot. ElectroChip, 2011, Flickr Creative Commons; p. 24: “Salto de Eyipantla, Ver.”; p. 25: “Sunset over Catemaco”, 2, fot. ElectroChip, 2011, Flickr Creative Commons; p. 32 arriba: “Huerta, Delgado y Ratner”, Library of Congress; p. 33: “Mural de Villa en el palacio de gobierno de Chihuahua”; pp. 35, 38 arriba y 39: carteles; p. 41: “Lázaro Cárdenas del Río”, 1934; p. 42: “GDO”, 1967; p. 43: “Sicarta”; pp. 44-5: “Río Balsas...”; p. 44: “Bandera del TLCAN”; p. 54: “Afilador”; pp. 60 y 61 abajo: Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, tomo III (Edo. de Morelos), Litografía de Murguía, México 1883; p. 62: “Mapa de Cuautla, 1813”; pp. 1 y 63: “Morelos”, Biblioteca del niño mexicano, 1901; p. 65: “Lucas Alamán”, en *México, su evolución social*, México 1900; p. 67: “Calleja”, en *México a través de los siglos*, México 1887-89; p. 69: “Morelos”; pp. 70-71: “Panorámica del Zócalo”; p. 71: “Zócalo”; pp. 1 y 72, “Violín con partitura”, Library of Congress; p. 73 abajo: “Puerto de Cherburgo”, LoC; p. 74: “Cartel de la guerra civil española”, 1937, LoC; p. 77: “No pasarán”, ca. 1936-37; p. 81: Anónimo, “de Hoofstad van het keiserrijk Mexico”, en *De Hollandsche Illustratie*, Ámsterdam 1865; pp. 1 y 85: Anónimo, “Maximiliano”, 1867; p. 87 abajo: “Ruinas de Bad Godesberg”, LoC; p. 88: “Hitler en París 1940”; p. 93: “Puerto de Marsella”.